

JOSE DURAND

El INCA GARCILASO DE AMERICA



SERIE PERULIBROS

SERIE DE DISTRIBUCION GRATUITA EDITADA POR LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERU.



PARAMONGA

AL SERVICIO DE LA CULTURA

El INCA GARCILASO DE AMERICA



biblioteca
nacional
del Perú

JOSE DURAND El INCA GARCILASO DE AMERICA



SERIE PERULIBROS

SERIE DE DISTRIBUCION GRATUITA. EDITADA POR LA BIBLIOTECA NACIONAL DEL PERU.



biblioteca
nacional
del Perú

La Biblioteca Nacional, con el auspicio de los Distribuidores de Productos de Consumo de Sociedad Paramonga Ltda. S.A., aúnan esfuerzos para la publicación de la "Serie Perulibros", con la finalidad de difundir gratuitamente a las bibliotecas y colegios nacionales del país las obras de nuestros grandes escritores.



biblioteca
nacional
del Perú

© Biblioteca Nacional del Perú por esta edición 1988.
Carátula: *Carlos González.*

Índice

I.	El Inca Garcilaso, historiador apasionado	9
II.	Garcilaso el Inca, platónico	22
III.	El Inca Garcilaso, clásico de América	31
	Complejidad de espíritu	34
IV.	Introducción a los <i>Comentarios Reales</i>	39
	Los años de la redacción	39
	El Inca y los estoicos	41
	El influjo neoplatónico	46
	Concepción histórica y concepción literaria	50
	La mirada al futuro	53
V.	La idea de la honra en el Inca Garcilaso	56
	Honra-nobleza	57
	Honra-fama-virtud	61
	Honra-rey	64
	El rey en Indias	69
	Observaciones finales	70
VI.	El duelo, motivo cómico	73
VII.	Un rasgo humanístico del Inca Garcilaso	78
	Lengua: arcaísmo y renovación	79
	. . . y nada humano le es ajeno	81
	El Inca y la música	83
	También la arquitectura	85
	Huellas en su obra histórica	86

Se reúnen aquí trabajos escritos a partir de 1947, manteniendo con mínimos retoques la forma original. Algunos, como "El Inca Garcilaso, platónico", hoy resultan la primera versión de textos posteriores ya impresos. No sólo queremos conservarlos como recuerdos de juventud, sino también porque en esa forma inicial fueron aprovechados por otros; y en fin, como me insiste Ernesto Mejía Sánchez, representan el ánimo entusiasta —y crítico a la vez— con que empezamos a adentrarnos en el espíritu del peruano Garcilaso. Se mantienen, pues, estas viejas páginas, con virtudes y defectos, sin despojarlas de sus arrestos mozos.

Vemos ya próxima la impresión de un libro orgánico que intente una interpretación más madura del primer gran mestizo indiano, puerta de nuestra América y nuestra cultura. También verán luz estudios monográficos sobre el proceso de redacción de todas las obras del Inca y sobre su formación humanística. Parte de ello lo hemos publicado ya, durante los últimos quince años.

Así necesiten revisión, generalmente menor, creemos que los presentes trabajos conservan vigencia; al reunirlos, pensamos que valen como una útil introducción a esta apasionante figura, cada vez más leída y estudiada en ambos mundos. Al final de cada artículo se dan entre corchetes las fechas de redacción y de primera impresión en revistas. Cuando es posible, nos remitimos al trabajo posterior, ya publicado, que expone o adelanta nuestro punto de vista actual.

Garcilaso Inca atrae y apasiona a lectores interesados en muy diversos aspectos: literarios, etnológicos, de historia incaica y de la conquista, lingüísticos, de ideas. Ni el autor ni su obra pueden limitarse al campo que cubre una sola disciplina. Aquí no se tratará la cuestión, por lo demás harto compleja, del valor historiográfico de su obra; importa en cambio Garcilaso como encarnación y expresión de una época histórica, de la que fue testigo sorprendente: la época de la conquista y del originario mestizaje cultural y racial. Esa época gravita aún y gravitará muy largo sobre nuestro destino.

Algunos de los presentes trabajos iniciaron el estudio del Inca dentro de la historia de las ideas; con lo cual, y mediante el conocimiento de sus lecturas, podrá apreciarse su cultura humanística y cortesana: típica del Renacimiento tardío y nacida en el mundo hispánico, pero puesta al servicio de ciertas preocupaciones mayores; principalmente la de presentar e interpretar el mundo incaico; también la de dar ejemplo y estímulo a los peruanos del futuro.

J.D.

University of California
Berkeley



biblioteca
nacional
del Perú

I. El Inca Garcilaso, historiador apasionado

VISTA la obra del Inca Garcilaso desde ciertos importantes hechos de su vida, advertimos cómo se acentúan sus rasgos hasta adquirir inesperada hondura, cuando las grietas de su realidad humana de carne y hueso —digámoslo un poco a lo Unamuno— se abren para dejarnos vislumbrar un espíritu que quiso ser superior a su propia existencia. Fue el Inca historiador. Para él la historia es una apasionada contemplación del destino de su pueblo, del de su misma sangre india y española, del suyo individual. Hasta que llega un momento en que la historia se nos ha convertido en autobiografía. Pero todo ello, este detener el curso de su existencia personal para contemplarla, viene de su convicción, nacida al parecer de un desaliento extremo, de que ya se había cumplido en su fortuna una ley adversa, porque, como él mismo nos dice, “lo más de la vida es pasado” y “ya no hay para qué”.² Pasión por revivir ese pasado, desengaño del mundo presente, será la condición espiritual de su edad madura.

Podrá la obra rebasar la vida, la rebasará en muy buena parte de los casos, al menos en los grandes casos. Siempre irá la intuición creadora más allá de la experiencia vivida. Pero aunque todo esto sea también lo que ocurre en el Inca —en quien muere la vida al alumbrar su obra— siempre será aquí la biografía cifra insustituible para descubrir la más profunda intención de sus escritos. Porque, como veremos, todo hace pensar que el Inca se fue convirtiendo en historiador movido por la íntima necesidad de hacer un poco de luz sobre su propia vida.

¹ Conferencia dictada en el Instituto Francés de la América Latina, México, el 9 de noviembre de 1949. En ella se resumen investigaciones más amplias que por algún tiempo no verán luz. Sobre la importancia del tema del desengaño como punto de partida para interpretar la obra del Inca, hemos insistido desde nuestro primer trabajo sobre el Inca, una reseña publicada en la *Revista de Historia de América*, en diciembre de 1947; por esta razón, en ocasiones será necesario citar nuestros propios trabajos, cuando en ellos se tratan con mayor detenimiento asuntos que aquí sólo esbozamos. A fin de evitar llamadas a pie de página, para las afirmaciones que hacemos y no documentamos, nos remitimos a José de la Riva-Agüero, *Elogio del Inca Garcilaso de la Vega*, vuelto a imprimirse recientemente como prólogo a una antología del Inca, *Páginas escogidas*, París, 1938, y en la edición de los *Comentarios* de Angel Rosenblat, Buenos Aires, 1944, vol. III.

² *Comentarios reales*, parte II, lib. v. cap. XXIII, ed. de Angel Rosenblat, vol. v, p. 216.

Garcilaso Inca de la Vega es el nombre con que aparecerá cuando se haya dedicado a las letras; pero en el siglo, en el siglo de los no-literatos, se había venido llamando Gómez Suárez de Figueroa, desde que nació en el Cuzco, en 1539. Fue uno de los primeros mestizos de aquella tierra. Su padre, el capitán Sebastián Garcilaso de la Vega Vargas, descendía de una ilustre familia extremeña. Su madre, manceba del capitán, se llamaba Isabel Chimu Ocllo y fue sobrina carnal del inca Huaina Cápac. Garcilaso Inca permaneció en el Cuzco hasta 1560. Allí transcurren, pues, su infancia y mocedad, entre las crueles guerras civiles que año tras año ensangrentaron las tierras del ya sojuzgado imperio incaico. Sus parientes indios lo iniciaron en las tradiciones de su raza, su padre cuidaba de que recibiese la debida instrucción; aprovechado debió ser, pues, mozo aún, le servía de amanuense a su padre, entonces corregidor. En la primitiva sociedad cuzqueña de los conquistadores, el joven Inca participaba de todos los festejos y ceremonias, como aristócrata que era. Su padre el conquistador fue hombre rico y distinguido, amante de la esplendidez y del boato. Pero un día la buena estrella del futuro cronista hubo de sufrir su primera adversidad: todos los encomenderos recibieron orden conminatoria de contraer matrimonio, bajo pena de perder sus posesiones. El capitán prefirió hacerlo con mujer española y se separó de la princesa india, casándola a su vez con un español de baja condición.³ De un momento a otro, el Inca se encontró con que había perdido su hogar, irremediablemente. Era cosa de su destino más oculto: años después sería también, de manera inexorable, un hombre sin patria.

Al morir Sebastián Garcilaso, dispuso que su hijo mestizo fuese a estudiar a España.⁴ Y, en efecto, vemos que a los veintidós años de edad, el Inca se embarca para el Viejo Mundo. A él le tocaba ser uno de los primeros colonos americanos que partieron a descubrir Europa para nuestra naciente cultura. Pero el Inca se llevaba de América los más tristes recuerdos: un país convulsionado sin cesar por luchas intestinas, a poco de terminada la guerra de conquista. Nace cuando las guerras entre almagristas y pizarristas. Muy niño aún, presenció la formidable sublevación de Gonzalo Pizarro. Luego, las de Sebastián de Castilla y Francisco Hernández Girón. Por esa misma época sobrevino la separación de sus padres y, debido a ello, cuando llega la paz a la Nueva Castilla en la vida del Inca está la cruel amargura de no ser ya el heredero de su padre. Después, a la muerte de éste, el Inca se encuentra con que ha concluido definitivamente su vida cómoda y asegurada. Se halla necesitado, y quiere que su viaje a España le sirva para obtener mercedes del rey, en atención a los servicios militares de su padre y a la calidad de princesa real que su madre tenía. El Inca llega a España falto de recursos,

³Cf. Aurelio Miró Quesada S., *El Inca Garcilaso*, Lima, 1947, pp. 88-90, 348-361.

⁴Cf. Luis E. Valcárcel, *Garcilaso el Inca*, Lima, 1939, pp. 52 y subsiguientes.

pero lleno de ilusiones. Esperaba sin duda que sus ilustres parientes lo ayudasen y protegiesen. No fue así, por desgracia: sólo su tío carnal Alonso de Vargas lo acogerá debidamente y le prestará eficaz ayuda;⁵ pero su tío vivía en la campiña cordobesa, muy alejado de la capital. En Madrid, en cambio, su pariente el duque de Feria es uno de los hombres más poderosos de la corte de Felipe II; ninguna noticia hay de que el duque hubiese tenido con él la menor deferencia. Y Garcilaso Inca, el aristócrata mestizo que en el Cuzco jugaba cañas en compañía de los más opulentos y linajudos conquistadores,⁶ en Madrid se alojará en un pobre mesón, donde paraban artesanos y gentes de inferior calidad.⁷ No le servirá allí su sangre real de inca para ser mirado como príncipe de reinos extraños, sino más bien como bárbaro mestizo⁸. Y el inca, hombre naturalmente tímido no sabrá desenvolverse convenientemente para que se le otorguen las tan deseadas mercedes. Tras mucho batallar, tras años de espera en antesalas, obtiene un fallo adverso y se ve totalmente desengañado en sus pretensiones. Sabemos que quiso volver a Indias, pero el hecho es que permanece en España.⁹ Se encuentra necesitado, falto de recursos. Un pariente lejano, el marqués de Priego, lo ayuda a alistarse en el ejército y, años más tarde, lo vemos peleando en la guerra de las Alpujarras, con el grado de capitán. Pero sus penurias continúan y de esas guerras sale "desvalijado y adeudado", según propia confesión. Muere su tío Alonso de Vargas y lo deja por heredero.¹⁰ Tenía entonces Garcilaso treinta y un años de edad.

Por aquel mismo tiempo, aunque lo hubiera querido, ya no le hubiera sido posible a Garcilaso retornar al Perú. El virrey Toledo ejecutó al último inca. Túpac Amaru, que se mantenía refugiado en las montañas de Vilcabamba. Luego siguió una dura política de represión contra todos los de la sangre real incaica, inclusive los mestizos como Garcilaso, a quienes deportó fuera del reino. Quizás por esto, quizás porque la herencia en bienes raíces que le dejó su tío le hacía conveniente su permanencia en España, el hecho es que Garcilaso se quedó en Europa para no volver jamás.

⁵Y a través de sus tíos, los marqueses de Priego. De esto trato detenidamente en "La idea de la honra en el Inca Garcilaso", *infra*.

⁶Cf. L. E. Valcárcel, *op. cit.*, p. 16.

⁷Cf. *Comentarios*, parte I, lib. VIII, cap. XXIII, vol. II, p. 209.

⁸Sobre este rasgo de timidez, peculiar en el carácter del Inca, cf. Raúl Porras Barrenechea, *El Inca Garcilaso de la Vega*, Lima, 1946, pp. 7-8, 23-24.

⁹Cf. Miró Quesada, *op. cit.*, 2ª ed., Madrid, 1948, cap. IV, y nuestra reseña de la primera edición de ese libro en *Revista de Historia de América*, México, núm. 24, 1947, pp. 426-428.

¹⁰Inca Garcilaso, *Genealogía de García Pérez de Vargas*, ms. 18109 de la Biblioteca Nacional de Madrid, fol. II, rº; José de la Torre y del Cerro, *El Inca Garcilaso de la Vega. nueva documentación*, Madrid, 1935, doc. núm. I.

En su alma de tímido, el desengaño sufrido en la corte lo conmovió profundamente, hasta el punto de cambiar todo el curso de su vida.¹¹ Si hubiese obtenido del rey la pensión que ambicionaba, habría podido volver al Perú, y vivir según la dignidad de su estirpe. Ahora se veía obligado a permanecer en un mundo que le era ajeno y en donde no pasaba de ser un hidalgo oscuro. Tenía, gracias a su tío, un pequeño caudal que le permitía vivir con holgura. Pero no quiso volver a la corte. Dejó la carrera de las armas y se retiró a Montilla —un pueblecito de la provincia de Córdoba—, con ánimo de dedicarse al estudio y alcanzar por las letras la honra ambicionada. Era ya un hombre desengañado del mundo. Tal debía ser por entonces la situación de su vida, que un solo fracaso bastó para que se sumergiese, de una vez por todas, en una amarga visión de la vida humana.

Es que era la época de los desengaños, así en España como en América. En la primera mitad del siglo XVI los españoles se habían sentido la nación para quien no había imposibles. Vencidos los moros, ganada la supremacía en Italia, descubierta y conquistada la América. Las letras se encontraban en pleno florecimiento. La lengua castellana era ya la lengua de la *Celestina*, de los poemas de Garcilaso, Fray Luis y San Juan de la Cruz; del *Lazarillo*, los *Nombres de Cristo* y las *Moradas*. Los espíritus se encontraban rebosantes de optimismo renacentista. Todo eran venturas para España. Pero en la segunda mitad del XVI este gran sueño de poderío tocaba ya a su fin. Las guerras de la Reforma iban de mal en peor. Las Indias daban oro, pero se llevaban los mejores soldados castellanos. El país se había desangrado por tantas y tan continuas guerras. El tema del desengaño del mundo iba a ser recogido obstinadamente en la obra literaria de los contemporáneos del Inca. Igual pesimismo dominaba en América. Los conquistadores, los que ganaron cien imperios, habían sido postergados para que nuevas autoridades recién llegadas ocupasen sus lugares y heredasen sus preminencias. ¡Mal pudieron gozar del fruto de sus hazañas los grandes capitanes del Nuevo Mundo! Luchas intestinas, mala recompensa por sus servicios, rivalidades con los funcionarios del rey hicieron dura e ingrata su existencia. El desengaño del mundo empañaba densamente el ámbito espiritual del XVI. Este mismo eco resonará en las páginas del Inca Garcilaso. ¿Será simplemente por influjo de la época?

Suele haber en los grandes espíritus ciertos procesos de ósmosis que los hacen particularmente sensibles a las circunstancias de su ambiente. Pero en el Inca hay más: hay una oculta correspondencia entre los rasgos peculiares de su propia vida y los de la vida española o la vida americana de entonces. El desengaño del Inca era, como vamos a ver, producto de las desgracias históricas que había sufrido su patria. Todas fueron a parar derechamente al

¹¹Para Garcilaso, este contratiempo se convierte en una verdadera obsesión, y alude a él reiteradamente en las páginas de su obra.

destino personal de Garcilaso. Muy explicable es que, al llegar a España, resonase en él también el tono de amarga tristeza que invade la Península a partir del reinado de Felipe II.

No era que la vida exterior le hubiese hecho mirar con amargura la suya propia. Ni tampoco que sus desgracias personales le hiciesen mirar, sombríamente teñidos, los sucesos del mundo y de las gentes. Eran las dos cosas a un tiempo. El eterno círculo vicioso, en quien algunos filósofos emanatistas creían ver encerrada la verdad más oculta.

Vimos ya que el Inca, desde su mocedad, era hombre sin hogar: su padre, casado legítimamente con doña Luisa Martel. Su madre, casada legítimamente con Juan del Pedroche. El Inca, sin tener lugar propio donde vivir. Dijimos también que el Inca fue además hombre sin patria. Pues bien: lo fue hasta el extremo. Para Garcilaso desapareció su Perú. El Perú que dejó ya no existía a los pocos años de llegado a España. Sabido es que el Inca se sentía íntimamente vinculado al mundo de los conquistadores, al mundo de su padre, y también al mundo del perdido imperio incaico, del imperio en que reinaba sus antepasados. Cuando Garcilaso vivía en el Cuzco, los incas caídos todavía gozaban de estima y distinciones. En las montañas de Vilcabamba los herederos del trono se mantenían aún, acompañados de una pequeña corte. Los que vivían en tierras dominadas por los españoles, merecían consideración y eran tenidos por nobles. Muchas de las princesas, al igual que la madre del Inca, se amancebaron con los más distinguidos conquistadores. Sus hijos mestizos eran los niños aristocráticos del Cuzco. Vivía aún no sólo el recuerdo del gran imperio sojuzgado, sino muchas de sus costumbres. Lo sabía el mismo Garcilaso: "Demás de habérmelo dicho los indios —escribe—, alcancé y vi por mis ojos mucha parte de aquella idolatría, sus fiestas y supersticiones, que aún en mis tiempos, hasta los doce o trece años de mi edad, no se habían acabado del todo. Yo nací ocho años después que los españoles ganaron mi tierra y, como lo he dicho, me crié en ella hasta los veinte años, y así vi muchas cosas de las que hacían los indios en aquella su gentilidad, las cuales contaré diciendo que las vi".¹²

Era imposible, por lo demás, que en tan breve plazo como es el período de la conquista fuese a extinguirse radicalmente el impulso vital de aquella gigantesca civilización. Tampoco lo habían querido los conquistadores, quienes, por regla general, fueron partidarios de una política de buen entendimiento, y ellos mismos daban el ejemplo al convivir con las indias de sangre real. Inclusive se procuró sacar a los incas de Vilcabamba, y se consiguió que Sairi Túpac,

¹² *Comentarios*, lib. I, cap. XIX; vol. I, p. 48; sobre las postrimerías del Tahuantinsuyo, se encontrarán datos de interés en Ella Dunbar Temple, "Azarosa existencia de un mestizo de sangre imperial incaica" en *Documenta*, Lima, núm. I, 1948, pp. 112 a 156.

el heredero, viniese al Cuzco a coronarse como rey, aunque aceptando la supremacía del monarca español. Pero a la muerte de Sairi Túpac, su hermano Túpac Amaru, a quien correspondía la sucesión, se negó a salir de su reducto. (Esta es la época en que Garcilaso parte a España). Por entonces, Francisco de Toledo se afanaba por instituir sólidamente la organización virreinal que luego se mantuvo durante dos siglos y medio. Nada le importaba tanto al virrey Toledo como evitar el peligro de nuevas sublevaciones y quería arrancar de la memoria de los indios el recuerdo de su orgulloso pasado. Decidió someter a Túpac Amaru y lo descuartizó en la Plaza de Armas del Cuzco. Luego ordenó desterrar a todos los indios y mestizos de sangre real. No fueron muchos los que se salvaron de esta dispersión, y hasta después de escrita la primera parte de los *Comentarios*, cuando pasaba los sesenta años, Garcilaso creía que sus parientes maternos se habían extinguido por completo.¹³ La situación del Inca en el Perú, y él lo sabía muy bien, había cambiado radicalmente.

Tenemos, pues, que la extinción definitiva del imperio incaico ocurre poco después de que Garcilaso abandona el Perú. Pero por esos mismos años concluye también otra época de la historia peruana: la conquista. El soldado había sido por mucho tiempo amo y señor de la tierra. El conquistador pasó a encomendero, y sus ricas posesiones le daban la más amplia potestad económica. El conquistador se subleva contra el mismo rey, como es el caso del levantamiento de Gonzalo Pizarro en el Perú, y luego los de los Contreras en Tierra Firme y Martín Cortés en México. El conquistador había constituido una sociedad de rasgos peculiares, donde valía menos la nobleza de sangre que la fama de las hazañas o la antigüedad en la tierra.

Pero este período en que el soldado es el amo termina en un abrir y cerrar de ojos. Las encomiendas de que gozaban los conquistadores eran sólo por dos vidas. Muertos éstos y sus primogénitos —o sus mujeres en caso de no dejar sucesión—, perdían bienes y poder. Así ocurrió, por ejemplo, con el padre del Inca: muere en 1559, y cuando el Inca parte a España, al año siguiente, ya había fallecido su hermano, el hijo legítimo primogénito y con él se extinguió la encomienda. Casos como éste empezaban a ser frecuentes por entonces. La sociedad de guerreros cada día perdía sus poderes, y las autoridades virreinales aseguraban su dominio cada vez más. Y a los soldados que no gozaban de encomienda y que por méritos de armas pedían recompensa, los enviaban a nuevas conquistas para “desaguar la tierra”, para alejarlos de los dominios ya establecidos. El virrey Hurtado de Mendoza fue aún más enérgico y deportó a España a muchos ilustres pedigüños, que con toda justicia solicitaban mercedes por sus hazañas durante la sublevación de Gonzalo Pizarro o en la de Hernández Girón.¹⁴

¹³Cf. *Comentarios*, parte I, lib. IX, cap. XL; vol. II, pp. 295 y ss. Para los mestizos, cf. parte II, lib. VIII, cap. XVII; vol. v, pp. 244 y ss.

Así, de pronto, fenecieron juntamente dos épocas, casi sin dejar rastro: la de los incas, raza materna de Garcilaso, y la de los conquistadores, que fue el mundo en que vivió durante su permanencia en el Perú. Entonces se encuentra con que, trasplantado a España, la tierra que dejó ya no existía. Había en su lugar algo nuevo, el virreinato, en donde las cosas marchaban de otro modo y no se podía vivir ya según las costumbres de los conquistadores. El Inca desde entonces ni residía en su patria, ni podía pensar siquiera en que, allende el océano, estaba la tierra de sus recuerdos, la tierra de su mocedad.

Desde entonces, el suelo desapareció bajo sus pies. En España, en un pueblecito provinciano, se dedica al estudio, en completa soledad. El tiempo se detiene para él y, cada vez más, se encuentra con que se ve obligado a vivir de recuerdos. Historiador por necesidad, acude al pasado por la sencilla razón de que ya no tiene presente.

Se dedica con gran ahínco a perfeccionar sus estudios. Lee a los humanistas italianos y a los clásicos de la antigüedad. Lee también a los españoles, prosistas, poetas y también a los grandes humanistas de la España del XVI. Nebrija, Vives, Vitoria, Domingo de Soto, Osorio da Fonseca. Más tarde tratará personalmente en Córdoba a Bernardo de Aldrete, quizás el más eminente filólogo que hubo en Europa hacia 1600.¹⁵ Pero si mucho le preocupa la cultura general y el buen estilo del idioma, no por eso su atención dejará de centrarse, cada vez más, en el reino de la historia. El Inca comprende que su deber es el de ofrecer una visión exacta y profunda de la vida de su pueblo. Sus trabajos anteriores serán un puro ejercicio. Un ejercicio de grandes dimensiones, como es su clásica traducción española de los *Dialoghi d'Amore*, del filósofo judeoespañol, radicado en Italia, León Hebreo. Más tarde dará a luz la *Florida del Inca*, historia de la desgraciada expedición de Hernando de Soto, en la cual participaron muchos soldados que también vivieron en el Perú. Y por último, sus *Comentarios reales de los incas*, obra maestra de la historiografía indiana. La primera parte se ocupa del extinto y colosal imperio incaico. La segunda, del descubrimiento, conquista y guerra civiles del Perú.

¹⁴Entre los despedidos figuraba Gonzalo Silvestre, íntimo amigo del Inca que influye poderosamente en su obra; cf. *Comentarios*, parte II, lib. VIII, cap. VII; vol. V, p. 201. Sobre las relaciones entre Silvestre y Garcilaso, cf. Porras Barrenechea, "Una joya bibliográfica peruana", en *El Comercio*, Lima, 15-17 de septiembre de 1948; Rubén Vargas Ugarte, "Nota sobre Garcilaso", en *Mercurio Peruano*, Lima, núm. 137-138, pp. 106-108.

¹⁵Cf. J.D., "La biblioteca del Inca", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. II, 1948, núm. 3, pp. 239-264; Bruno Migliorini, Giulio Cesare Olschki y J.D., "Sobre la biblioteca del Inca", en *ibid.*, vol. III, 1949, núm. 2, pp. 166-170. Acerca de su amistad con Aldrete, cf. Miró Quesada, "Un amigo del Inca Garcilaso", en *Mar del Sur*, Lima, vol. I, 1948, núm. 2, pp. 20-26; y J.D., "Dos notas sobre el Inca Garcilaso", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, vol. III, 1949, núm. 3, pp. 278-290.

En ningún lugar como en esta segunda parte, póstuma, de los *Comentarios reales*, se expresa tan de manifiesto el desengaño del mundo de Garcilaso. Y no es cosa inconsciente. Es algo que adrede nos quiere comunicar y que motiva expresamente la estructura de su obra. Cada uno de los hechos desgraciados que ocurren en Nueva Castilla se destaca con manifiesta intención. Y así, cuando al final de su libro nos relata la ejecución de Túpac Amaru, para que de este modo, con la muerte del último soberano indígena, concluyan las páginas de su historia, dice bien claramente:

Ejecutada la sentencia en el buen príncipe, ejecutaron el destierro de sus hijos y parientes a la Ciudad de los Reyes, y el de los mestizos a diversas partes del nuevo Mundo y Viejo, como atrás se dijo, que *los antepusimos de su lugar por contar a lo último de nuestra obra y trabajo lo más lastimero de todo lo que en nuestra tierra ha pasado y hemos escrito, por que en todo sea tragedia, como lo muestran los finales de los libros de esta segunda parte de nuestros Comentarios.* Sea Dios loado por todo.¹⁶

No puede ser más explícito. El Inca descubre la oculta trama de su obra para que no quede lugar a dudas de que su deseo es expresar el destino trágico, el *fatum* inmisericorde de su pueblo. Y sin embargo, aunque parezca mentira, la crítica no ha reparado hasta hoy en este importantísimo sentido de la obra de Garcilaso. Es que en el Inca tanto la vivacidad del relato como el gusto por lo anecdótico y pintoresco, hacen pasar inadvertidas muchas de sus ideas. Pero no nos equivoquemos: siempre que el Inca desee expresar su propio pensamiento, sus ideas serán lúgubres y desesperanzadas.

Y aunque Garcilaso ame la vida menuda y bullente de cada día, y se deleite contando graciosos sucesos, cuando su enfoque no va al detalle pequeño, sino hacia los grandes hechos, o hacia la vida humana mirada en su totalidad, o hacia el conjunto de la época histórica que le tocó vivir, nunca dejará de escucharse en él una voz trágicamente desengañada.

Declara el Inca escribir los *Comentarios reales* para honrar la memoria de su madre india, y la *Historia general del Perú*, segunda parte de los *Comentarios*, para enaltecer el recuerdo de su padre el conquistador.¹⁷ Pero es claro que la obra del Inca va mucho más allá de estas modestas intenciones nacidas del amor filial. No las elevemos, pues, a fórmula simplista. Quiere el Inca glorificar a sus dos estirpes, pero la gloria que les dé se hallará empapada en amargura. Muy lejos está de sus propósitos el cantar sucesos felices. "Se canta lo que se pierde", como decía el gran Antonio Machado. Se canta un imperio destruido hasta la extinción. Por eso, aludiendo a la sublevación de

¹⁶*Comentarios*, parte II, lib. VIII, cap. XIX; vol. V, p. 250; cf. J.D., "El Inca Garcilaso, platónico", en *Las Moradas*, Lima, núm. 7-8, 1949, pp. 121-129.

¹⁷*Comentarios*, parte II, lib. VIII, cap. XXI; vol. V, p. 254.

Atahualpa contra su hermano Huáscar, legítimo heredero del trono, dice que poco antes hubo "agüeros y pronósticos que amenazaban muy afina otra rebelión mayor [la de Atahualpa], que sería causa de la enajenación y pérdida de su imperio y de la total destrucción de su real sangre".¹⁸ Pero no sólo quería el Inca cantar las glorias de un pueblo en desgracia; quería salvarlo, además, de las imputaciones de muchos cronistas, dañosas para el buen nombre de los soberanos cuzqueños. Por eso Garcilaso idealizará la historia de sus antepasados, no sólo movido por la fuerza poética del recuerdo, o porque las informaciones de la historia incaica que le dieron sus parientes eran demasiado parciales,¹⁹ sino ante todo porque su obra es una natural y violenta reacción contra las informaciones y crónicas que continuamente llegaban al Consejo de Indias, con ánimo de presentar a los reyes cuzqueños como señores bárbaros y crueles.

"Se canta lo que se pierde." También fue una pérdida la ganancia del Perú. ¿Cuáles eran los motivos de la conquista? Para muchos historiadores de la época podían resumirse así: 1º la conversión de los infieles —éste es el único motivo que Garcilaso parece aceptar sin vacilaciones—; 2º el aumento de la corona de Castilla; 3º la honra y provecho de los propios conquistadores.

Ahora bien: la queja más continua de la *Historia general* es la de que no es posible cristianizar a los indios porque en el Perú no hay paz, porque los ánimos belicosos de los conquistadores no conocen tregua y las guerras civiles se suceden sin cesar.

El demonio —escribe el Inca— procuraba con todas sus fuerzas estorbar la conversión de aquellos indios; y aunque no pudo estorbarla del todo, a lo menos la estorbó muchos años. Todas estas guerras [entre Francisco Pizarro y Almagro el viejo, entre Almagro el mozo y Francisco Pizarro, entre Vaca de Castro y Almagro el mozo; y luego las de Gonzalo Pizarro y el virrey Núñez Vela, de Gonzalo y el pacificador La gasca; y, en fin, los levantamientos de Sebastián de Castilla y Francisco Hernández Girón. Todas estas guerras] ejerció el demonio sucesivamente, por espacio de veinticinco años. Por estos impedimentos no se predicó el evangelio como se predicara si no las hubieran, que ni los fieles podían enseñar la fe, por los alborotos que cada día tenían, ni los infieles recibirla, porque en todo aquel tiempo

¹⁸Comentarios, parte I, lib. IX, cap. XI; vol. II, p. 241.

¹⁹Estos puntos de vista, sostenidos hace años por Riva-Agüero, continúan siendo los mismos de los críticos más distinguidos de la actualidad. Frente a tal criterio Pedro Henríquez Ureña se pregunta si no sería la pérdida civilización incaica más semejante a como la pinta el Inca que lo que se piensa generalmente al respecto (cf. *Las corrientes literarias en la América Hispánica*, México, 1949, trad. de Joaquín Díez-Canedo, pp. 69-71).

no hubo sino guerra y mortandad, a fuego y a sangre, de la cual no participaban menos los indios que los españoles.²⁰

Este fue el Perú que se llevó el Inca a España, prendido en la memoria.

Tampoco pudo cumplirse debidamente el segundo fin de la conquista. Ciertamente que los conquistadores dieron a su rey tierras riquísimas en oro y plata, y que a costillas de las minas de Potosí pudieron mantenerse los tercios españoles. Ciertamente que el Inca se enorgullece de todo el oro y plata que el Perú regaba año tras año por Europa entera. Sin embargo, veamos de qué ha servido ese oro indiano. El mismo Inca lo dice: desde que el Perú se ganó hay más oro en el mundo. Pero la vida se ha encarecido, y los pobres siguen siendo pobres.²¹

Los conquistadores ganaron las Indias para obtener honra y provecho (tercer motivo). Ciertamente; pero, a fin de cuentas, nada obtuvieron. Los conquistadores eran caballeros "dignos de imperios". Sus hazañas, comparables a las de César o Alejandro. ¿Qué honra ganaron? Casi ninguna. Sólo se concedieron títulos para unos pocos de los grandes capitanes, y ninguno de ellos —al menos en el Perú— pudo disfrutar en paz de los privilegios recibidos. El soldado de América que volvía a Castilla, después de haber consumado proezas superiores a las de los héroes medievales de la Reconquista, no era mirado como un nuevo héroe. Se le llamaba *indiano* y se mofaban de él. Poca honra recibieron. Y a los del Perú ni siquiera les fue posible gozar de sus riquezas, tan duramente ganadas. No hay conquistador que muera de muerte natural. Y cuando el Inca logra saber que hubo cuatro que sí murieron en su casa y en sus propios lechos, se sorprende y advierte enfáticamente: "No sé si se hallarán por la historia que hayan fallecido otros cuatro conquistadores a semejanza de éstos, sino que los más acabaron con muertes violentas, como se podrá notar en el discurso de lo que se ha escrito".²² Especialmente desgraciadas fueron las muertes de Francisco y Gonzalo Pizarro, Diego de Almagro y demás grandes soldados. "Cómo paga el mundo": he aquí la frase en que se resuelve cristianamente ese oscuro sentimiento pagano, estoico, del hado adverso, que el Inca sentía en toda su dramática profundidad.

"Se canta lo que se pierde". Toda la obra de Garcilaso irá enderezada a salvar del olvido ese imperio muerto y mal recordado, esos heroicos conquistadores que no pudieron gozar del fruto de su esfuerzo. Este es el mundo que Garcilaso deja en el Perú y ya no querrá saber más de otra cosa.

²⁰Comentarios, parte II, lib. II, cap. VI; vol. III, pp. 124 y ss. Así expresa el Inca, con hondo dramatismo, algo que ya había observado Gómara, pero al desgaire. Cf. este capítulo de los Comentarios, íntegro, y también Gómara, *Historia de las Indias*, cap. CXCI.

²¹Comentarios, parte II, lib. I, caps. VI y VIII; vol. III, pp. 30-35; cf. también lib. VIII, cap. XII; vol. v.p. 217. cap. XXIV; vol. II, p. 213.

²²Comentarios, parte II, lib. VIII,

Se encierra en una aldeíta cordobesa, solo con sus recuerdos. Lo que hay ahora en su patria es distinto. Serán tiempos de bonanza, pero le son ajenos y no le interesan. Por eso afirmará categóricamente que aun cuando después de su partida a Europa hayan venido años de paz y prosperidad, él no se ocupará de ellos. "Mi intención —subraya— no es sino escribir los sucesos de aquellos tiempos, y dejarlos presentes para los que quisieren tomar el trabajo de escribirlos."²³

¡Qué extraordinaria lucidez! Admira ver con qué certeza ha intuido el Inca el vuelco absoluto que ha dado la historia en su país. ¡Y qué grandeza de espíritu, qué hondura humana la de este hombre que es capaz de sentirse el hombre sin patria! Sobre esta segura intuición, en la que el afecto puede más que todo raciocinio, el Inca edificará su obra. Impulsado por ella, quizás ciegamente en algunos momentos, se ve llevado a escribir la historia de su pueblo porque así hará la historia de su propia vida. Historia es, para el Inca, autobiografía. Terminará su obra con hechos contemporáneos a su viaje a España. Y es curioso advertir que la crítica considera unánimemente que lo menos valioso de sus escritos, tanto desde el punto de vista histórico como desde el literario, son los primeros capítulos de la *Historia general del Perú*. ¡Rara coincidencia! Son precisamente aquellos en que narra sucesos ocurridos antes de su nacimiento, en los que su padre, recién llegado, tuvo poquísima participación. Lo que no atañe a su propia vida, poco relieve tendrá en su obra.²⁴

Autobiografía menuda, confidencial, la hay también frecuentísima en sus escritos, sazonados por continuos recuerdos personales, muchos de ellos de encantador dejo lírico, otros llenos de gracia y vivacidad.²⁵

Se ha discutido muchísimo el valor de cada uno de los aspectos de la historia de Garcilaso. Quizás haya inexactitud en algunos de los datos que ofrece, o falta de imparcial objetividad en ciertos momentos de su relato. Pero hay dos cosas, por cierto de las que más se relacionan con su propia vida, en las que el Inca es sencillamente inobjetable: en su visión del ambiente, del clima espiritual de los sucesos que narra, y en su vigoroso sentimiento de todo lo que significó el tránsito cruel entre dos épocas. En esto, sin lugar a dudas, no hay quien pueda comparársele. Ser capaz de percibir hechos de tanta magnitud, ser testigo, único testigo, de sucesos de tan colosal importancia humana, supone algo más que un cronista. Suponen a un verdadero genio de la historia, como lo fue el Inca Garcilaso de la Vega.

²³Comentarios, parte II, lib. VIII, cap. I; vol. V, p. 185.

²⁴Cf. *La biblioteca del Inca*, p. 240; para la Florida, cf. *ibid.*, nota 7.

²⁵Porras subraya el carácter "confidencial" de muchas páginas del Inca; cf. *El Inca Garcilaso de la Vega*, pp. 17, 23 y 32.

Su vida es una encrucijada histórica. Su destino, una extraña expiación de las desgracias de su patria. Y este mismo hombre fue el primer americano que dio a las prensas un libro, el primero en producir una obra de significación universal. ¿Cómo fue este hombre, en quien fecunda, y no por azar, el fruto primigenio de la cultura americana? El primero, también, en padecer la lucha entre dos herencias, la india y la española. Hasta que acaba por ser un desemparedado. Será indio para lo indio, español para lo español. También podrá ser español para lo indio o indio para lo hispánico. No es ni lo uno ni lo otro, ni es tampoco que su manifiesta complejidad espiritual sea una especie de doble personalidad enfermiza. Garcilaso podrá serlo todo, indio, español o lo que sea, porque es el hombre que ha perdido su patria. Ya no tiene puntos de vista comunes con otros hombres. Vive en soledad y todo lo ve desde la estrella lejana de su propia soledad. Vive en soledad física y también en soledad temporal. Para él, el tiempo se detiene en su remanso cordobés. Allí vive de sus recuerdos y permanece ajeno a las preocupaciones del gran mundillo literario. El Inca, gran estilista, gran prosador castizo, el mayor que haya tenido América según Menéndez Pelayo, jamás mencionará en sus escritos a los grandes ingenios de su tiempo: a Góngora, a Lope, a Cervantes. Cervantes utiliza al Inca como una de las fuentes de su *Persiles* y cita a León Hebreo según la traducción del Inca. Góngora vive a pocas calles de Garcilaso, en la ciudad de Córdoba. Tienen amigos comunes como Francisco del Corral, Bernardo de Aldrete, Francisco de Castro. Pero el Inca nunca menciona a Góngora. Y a Lope, al *Monstruo de la Naturaleza*, ¿cómo no lo iba a conocer? En el catálogo de los libros que Garcilaso dejó al morir, tampoco hallamos escrito alguno de estos geniales españoles, ni de ninguno de los célebres autores literarios de aquellos años. Todos los libros de ficción que entonces posee son los que leyó en su juventud. Según pasan los años se hace cada vez más austero. Le preocupan las lecturas morales o de devoción, y las lecturas históricas. Su interés ya no está en las modas literarias de su época, porque, como dijimos, el tiempo se ha detenido en su soledad.²⁶

Angel Rosenblat considera que "la lengua del Inca Garcilaso representa la lengua culta de mediados del siglo XVI".²⁷ Pues bien: esta obra se escribió en los últimos años del XVI y los primeros del XVII.

Así, detenido el tiempo, viviendo de revivir el pasado, engendra el Inca sus *Comentarios* y su *Florida*. Serán obras maestras de la historiografía indiana, dignas de figurar junto a las de los grandes historiadores de la época. Y el nombre de Garcilaso Inca sólo se compara en América con el de Juan Ruiz de Alarcón, el dramaturgo mexicano, y con el de la *décima musa*, Sor Juana. El Inca, clásico de América, lo es no sólo por su calidad formal: sus problemas,

²⁶ Cf. *La biblioteca del Inca*, pp. 240-241. Cf. también Henríquez Ureña, *op. cit.*, p. 67 [Hoy moderaríamos, en 1976, estas afirmaciones.]

²⁷ Cf. su edición de los *Comentarios*, vol. II, p. 306.

su situación histórica desde un punto de vista cultural, son absolutamente semejantes a los de muchos ilustres americanos de nuestros días. Atendamos a estas palabras: aquel hombre insigne padeció la tragedia, propia de nuestros escritores, de tener gustos europeos y seguir siendo americano de sentimiento. Por ello sufre al no hallar en su propia patria la tradición literaria, la elevada cultura que su espíritu reclama. Extranjero en Europa, también lo es en su tierra. Soledad del escritor que en América se tenía a sí mismo por un extranjero y que era en el Viejo Mundo un desconocido.

Así escriben Ventura García Calderón y Gonzalo Zaldumbide de otro gran americano de tres siglos después, Rubén Darío.²⁸

Como lo fue el Inca en último grado, seguimos siendo los hombres sin patria, sin patria cultural, viviendo con la mirada vuelta hacia el recuerdo — ¡qué rasgo tan de la América hispanoindígena éste de la nostalgia!—. Pero al evocar y escudriñar el pasado busca el hombre su porvenir. Y si hoy, después de unos centenares de años, hemos resuelto confiar en el futuro, será también como lo hizo el Inca, cuando, allá por el año de 1612, por encima de toda amargura y desaliento, al ver terminada su obra pensaba que América no tardaría en dar espléndidos frutos literarios, puesto que tan pronto se habían logrado obras como ésta. Y entonces, salvada su vida por su obra, ganada gracias a ella una nueva fe en el destino humano, explota en un arranque de entusiasmo, y en un tono altisonante, desusado en él, dirige el prólogo de su *Historia general del Perú* “a los indios, mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquísimo imperio del Perú, el Inca Garcilaso de la Vega, su hermano, compatriota y paisano: salud y felicidad”.

Nacimos bajo la advocación de un desengaño y, aun cuando muy a la manera del Inca, hoy como ayer nos sea difícil vivir el instante presente, como el Inca también, por encima de nuestro nostálgico pesimismo, continuamos con nuestras esperanzas muy firmemente puestas en el porvenir. Hacer y esperar, contra todas las adversidades de la realidad presente. Es lo que hizo el Inca Garcilaso y eso es lo que importa.

[1947-1948. Publicado en *Cuadernos Americanos*, México, núm. 60, 1951, pp. 153-168. Tocamos luego aspectos afines en “Les deux univers de l’Inca Garcilaso”, en *Annales de la Faculté des Lettres d’Aix*, Aix-en-Provence, XXXVI, 1964, pp. 23-55.]

²⁸Cf. Ventura García Calderón, *Semblanzas de América*, Madrid, c. a., p. 49.

II. Garcilaso el Inca, platónico

GARCILASO INCA DE LA VEGA, príncipe de la historia indiana, fue hombre de amplia cultura en temas filosóficos. Más aún: su primer libro, también el primer libro impreso por un americano, es la traducción de la obra clásica del platonismo florentino, los *Dialoghi d'Amore* de León Hebreo. Garcilaso leyó a buena parte de los platónicos renacentistas, quienes de buena fe entendían a Platón según Plotino, y conjugaban el platonismo con otras corrientes filosóficas, entre ellas la estoica, viva en Italia gracias a la obra de Petrarca. Vemos, en efecto, que, a más del gran discípulo de Pico della Mirandola, León Hebreo leyó al maestro de la Academia Florentina, Marsilio Ficino, y a otros escritores platónicos como Castiglione, el cardenal Bembo, Alessandro Piccolomini y muchos más. Luego, entre los representantes del Pórtico, a Séneca y a Petrarca —seguramente leyó toda su obra, y por tanto los *Remedios contra próspera y adversa fortuna*—. Su formación filosófica, en fin, comprendía otros autores: Aristóteles —la *Retórica*, la *Dialéctica*—, Cicerón —*Los deberes*—, Vives —la *Introducción a la sabiduría* entre otros escritos más—, Alberto Magno,¹ y también a teólogos como el padre Vitoria y su discípulo Domingo de Soto. Esto, de lo que positivamente sabemos que leyó el Inca.

Hace ya algunos años, Mariano Iberico insistió en el carácter platónico de las ideas del Inca. Antes, salvo alguna pasajera referencia de Riva Agüero, nadie se había detenido a tratar tan interesante tema. Ciertamente es que Menéndez Pelayo, así en la *Historia de las ideas estéticas*, como en su *Discurso de las vicisitudes de la filosofía platónica en España*, elogia calurosamente la traducción de los *Dialoghi*, presentándola como un valioso ejemplo de platonismo español; pero investigar qué influencia pudo tener el espíritu platónico en la obra histórica del Inca es cosa que a nadie le había preocupado. En su *Discurso sobre el Inca Garcilaso de la Vega*² —que en realidad es un agudo ensayo, fuertemente intuitivo—, Mariano Iberico sostuvo que los *Comentarios* son “la forma ideal del imperio”, de la civilización incaica; “forma esencialmente estética y platónica,

¹ Imposible decir si en obra original o en uno de tantos escritos apócrifos que se le atribuían por entonces. Cf. mi artículo “La biblioteca del Inca”, en *Nueva revista de Filología Hispánica*. México, vol. II, núm. 3, pp. 239-261.

² En *Revista Histórica*, Cuzco, 1939, núm. 73.

en el sentido de que es arquetípica y perfecta, y frente a cuya radiante majestad pierden toda importancia así las confirmaciones como las rectificaciones de la historia. Porque esa forma la creó Garcilaso gracias a la intuición genial de la esencia obtenida en las fuentes vivas de la tradición y no por el mero conocimiento externo de elementos abstractos y dispersos".

Nuestros historiadores parecen haber acogido con cierta frialdad esta hipótesis de Iberico. Tenían razones para ello, a más de la desconfianza, natural en todo historiador positivista, por cuanto sea *intromisión* filosófica en el campo de la historia; razón principal: ciertas afirmaciones de Menéndez Pelayo, que Riva-Agüero se encargó de rectificar. En su *Historia de la poesía hispanoamericana*, el gran erudito español había sostenido que los *Comentarios*, más que historia, eran utopía a la manera de las de Campanella o Tomás Moro; Riva-Agüero, en respuesta que aceptó Menéndez Pelayo, demostró que los *Comentarios* eran historia verdadera, aun cuando contuviesen fábulas dentro de sí —fábulas que Garcilaso las daba como tales—, y su visión del Tahuantinsuyo estuviese idealizada tanto por la fuerza poética del recuerdo como por las versiones parcializadas de los hechos históricos que recibió de sus parientes cuzqueños. Desde Riva-Agüero, pues, todo historiador peruano tenía que desconfiar de hipótesis que nuevamente miraban a los *Comentarios* como una utopía. Sin embargo, no ha dejado de aceptarse esta rica sugerencia del doctor Iberico. Porras Barrenechea, aunque con reticencias, subraya su importancia: "*Exagerando quizás la posición especulativa del Inca y desvalorizando excesivamente su exactitud histórica*, Mariano Iberico Rodríguez ha calado sutilmente la esencia idealista de la obra de Garcilaso al tratar el imperio incaico". Y agrega, comentando el pasaje del *Discurso* arriba transcrito:

Podrían citarse textos de los *Comentarios* en apoyo de esta tesis, en los que el Inca demuestra poco interés en dilucidar menudas discrepancias de versiones atribuidas a un Inca u otro y en que abandona la rígida discriminación histórica. También podría agregarse su falta de interés o su instintiva inhabilidad para la cronología, que resalta sobre todo en su relación de la conquista. Pero nada de esto arguye falsedad o ficción. El relata lo que le atrae o interesa, lo que ha guardado avaramente en la memoria, para narrarlo después. En esa selección inconsciente de los recuerdos no hay malicia ni adulteración.³

Porras se muestra justamente celoso de salvar la veracidad histórica del Inca. Se encuentra en la línea de Riva-Agüero: negar que los *Comentarios* sean utopía. Equilibrado como siempre, Porras de otro lado acepta el acierto sustancial de Iberico; Miró Quesada, por su parte, acoge con menos reservas esta lúcida

³ Cf. *El Inca Garcilaso de la Vega*, Lima, 1946, pp. 23-24.

tesis.⁴ Porras piensa que Iberico quizás exagera "la posición especulativa del Inca"; más adelante veremos los motivos que hay para pensar que no exageró. En cambio, que Iberico *desvaloriza excesivamente* la "exactitud histórica" del Inca es un reparo justo, más aún cuando el mismo Porras, con gran flexibilidad de comprensión, insiste en el acierto de la tesis general; es decir: hay idealismo platónico en el conjunto de la obra y, asimismo, hay exactitud —o al menos intención de exactitud— en los pormenores históricos.

Iberico presenta al Inca Garcilaso como un poeta:

Por su capacidad de configuración y creación, Garcilaso es un poeta, y más exactamente es el poeta del alma incaica en toda la rica variedad de sus posibilidades, puesto que el admirable escritor no sólo describió con emoción y relieve los grandes aspectos de la vida social, política y religiosa de la cultura imperial, sino que supo captar en su más íntima vibración, su más espontánea frescura, la poesía encantada y anónima del alma popular. Y además, porque sintió la magia del paisaje, la resonancia mística de esa callada música del cosmos que, especialmente en nuestra sierra, adquiere una tan grandiosa y misteriosa solemnidad.

Ahora bien: el historiador-poeta, híbrido detestable a ojos del científico positivista, resultaba casi un ideal durante el Renacimiento. Por toda Europa prendió la polémica sobre un tema de la *Poética* de Aristóteles: la supremacía de la Poesía sobre la Historia.⁵

El tema vive en los días de Garcilaso; como historiador que era, le interesaba vivamente, y vemos que él también nos da su opinión:

Los indios araucos... estaban muy soberbios y altivos con las victorias que de los españoles habían ganado, la primera de Pedro de Valdivia y otras que hubieron después, según las escriben en verso los poetas de aquellos tiempos, que fuera mejor escribirlas en prosa, porque fuera historia y no poesía, y se les diera más crédito. [*Historia general del Perú*, lib. VII, cap. XXII]

⁴ Cf. *El Inca Garcilaso*, Lima, 1947, cap. IX.

⁵ "No es el oficio del poeta —escribe el filósofo— contar las cosas como sucedieron, sino como debieron haber sucedido, o como fuese necesario o verosímil. Porque no está la diferencia entre el poeta y el historiador en que el uno escribe en verso y el otro en prosa; ...diferéncianse en que el uno escribe las cosas como han sucedido, y el otro como deberían haber sucedido. De donde es que la poesía tiene más de lo filósofo y de agudeza que la historia, porque la poesía trata las cosas más en lo universal, y la historia las trata más en particular." Sobre la polémica que este tema despertó en el Renacimiento, particularmente en España, Cf. Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes*, Madrid, 1925, cap. I; Castro desarrolla allí ideas de Toffanin.

Significativo pasaje. El Inca dice, clarísimamente, que la *Araucana* —y quizá también el *Arauco domado* de Pedro de Oña— debió ser historia a secas, para que se le “diera más crédito”. Argumento de historiador. No es que el Inca menosprecie la poesía, ni que crea que la índole de la historia cuadre mejor en el marco de la verdad; su punto de vista es más sencillo: la experiencia cotidiana nos enseña que la historia, así fuese menos apegada a la esencia de la verdad que la épica, es la irremplazable relatora de los hechos tal y como son. El Inca, con intuición de rara modernidad, percibe que historia y poesía tienen sus propios temas, o al menos una peculiar manera de enfocarlos que hace que los resultados sean intransferibles entre sí. Ahora bien: puestos en otro orden de cosas, encontramos que el Inca, buen historiador al fin, prefiere ver los hechos históricos como pura historia y no como epopeya; esta posición del Inca es tanto más importante cuanto muchas de sus fuentes, entre ellas su queridísimo León Hebreo,⁶ eran partidarios de la tesis de Aristóteles. Pero tal estima de la historia no implica en Garcilaso desestima de la poesía, a la cual juzga, siguiendo a Aristóteles, como superior a la historia. Esto puede verse claramente en este pasaje:

Considerando que para decir verdad no es menester mucha retórica, me atreveré, con el favor de V. S. a no volver las espaldas a las dos empresas que deseo ver acabadas. Que habiendo hecho en ellas todo lo que pudiere, mostraré lo que deseaba poder, que no me será de poca gloria siquiera haber deseado lo que no puede haber, y consolarme he con que estas son las cosas en quien propiamente cuadra el dicho: que es mejor hacerlas mal que dejallas de hacer, pues son historias y no poesía, la cual no sufre medianía alguna.⁷ [*Dedicatorias de los Diálogos de amor*]

La poesía queda en el plano de la perfección; la historia le resulta a este Garcilaso Inca, tantas veces desconfiado ante sus propias fuerzas, más familiar y a su alcance. Prefiere la historia, como vemos, por razones prácticas. Pero en el fondo, nadie le ha dudado. Garcilaso era una naturaleza esencialmente poética; más aún: se ha exagerado su condición de poeta. Primero, Menéndez Pelayo; luego, recientemente, *Azorín* dudaba de la veracidad histórica del Inca por considerarlo sólo poeta. El artículo de *Azorín*, si bien influido por Menéndez

⁶ Sabido es que León fue casi tan aristotélico como platónico. Sobre este punto, cf. el moderno estudio de Carl Gebhardt, “León Hebreo. Su vida, su obra”, traducción española en *Revista de Occidente*, Madrid, junio-agosto de 1934, núm. CXXXII-CXXXV.

⁷ En la carta-dedicatoria a Maximiliano de Austria, marzo de 1587. Escribe Horacio: “Pero que los poetas sean medianías no lo toleran los hombres, ni los dioses, ni los libreros”, *Arte poética*, vv. 372-373.

Pelayo, revela elaboración personal.⁸ Testimonios de hombres de tan fina sensibilidad siempre merecen tenerse en cuenta. En pocas ocasiones se nos revela tan nítidamente el temperamento estético de Garcilaso como cuando habla de los motivos que lo llevaron a traducir los *Dialoghi d'Amore*: nada dice de su valor filosófico, que conocía muy bien. Lo tradujo, afirma "por las muchas lindezas de que trata".

El Inca, historiador de espíritu poético, en esta polémica mantiene una posición de equilibrio: es superior la poesía, sí, pero también es incapaz de sustituir la veracidad objetiva de la historia. Sin duda siente que los grandes hechos llevan en sí su propia belleza, que transparece en la obra del historiador. A este propósito convendría recordar una frase feliz de Ventura García Calderón, para quien la *Florida* es una "*Araucana en prosa*". Garcilaso quiere, precisamente, que la *Araucana* sea historia en prosa, para que se le "diera más crédito"; pero en su condición de historiador renacentista, el calor literario de la historia es para él cosa de capital importancia.

Como recuerda Américo Castro, los moralistas italianos "censuraban la literatura puramente imaginativa, entre ella los libros de caballerías; hacía falta una literatura verdadera y al mismo tiempo ejemplar". También se une el Inca a esta condena de los libros fantasiosos: "Toda mi vida —escribe—, sacada la buena poesía, fui enemigo de ficciones, como son libros de caballerías y otros semejantes."⁹ De ese "toda mi vida" debe exceptuarse su mocedad, en que gustó mucho de ellos, según confiesa en el mismo pasaje. Pues bien: en vez de cambiar ficciones por esa épica que idealiza lo acontecido para buscar una realidad más honda, prefiere quedarse con la historia, realidad fidedigna de lo acontecido, pero llenando esa historia de virtudes poéticas, haciendo una *epopeya en prosa* que no deje de ser historia. La idea de la *epopeya en prosa*, por lo demás, andaba muy viva entonces, y como tal se juzgaban, precisamente, los libros de caballería.¹⁰ Ya ha observado Miró Quesada cuánto de caballerías hay en la *Florida*;¹¹ pero Garcilaso, moderado siempre, no se sale de los linderos de la historia, aunque la idealice un tanto imprimiéndole los moldes poéticos de la *epopeya*. Por eso, aunque sus libros sean "historias y no poesía, la cual no sufre medianía alguna", su espíritu poético de gran historiador salva su obra histórica de la medianía espiritual común a casi todos los cronistas de Indias.

⁸ "El Perú y la fantasía", en *ABC*, Madrid, 3 de noviembre de 1948. Al día siguiente, Porras Barrenechea respondió con la publicación de páginas de su opúsculo ya citado, que dejan a salvo, bien claramente, la veracidad histórica de Garcilaso.

⁹ *Florida*, lib. II, parte I, cap. XXVII.

¹⁰ Los preceptistas del siglo XVI "consideraban a Heliodoro y al autor del *Amadís* como poetas "epicos", Castro, *loc. cit.* Garcilaso leyó a Heliodoro, a más de las novelas de caballería que luego repudió, pero que tanto influyeron en él.

¹¹ *Op. cit.*, cap VII.

En los *comentarios* vemos que una y otra vez se muestra enfadado por la monotonía de la historia política que narra. No puede falsear los hechos — así los recibió de la tradición —, pero se queja a menudo, más conforme avanza el relato, de la uniforme repetición de conquistas incruentas, o de fatales derrotas de los enemigos del imperio incaico, siempre solucionadas en el más benévolo perdón. Para la composición de los *Comentarios* el Inca tropieza con este difícil problema: salvar la amenidad del relato. Por eso nos dice él mismo —Y Riva-Agüero recoge esta observación— que entre la historia de las conquistas que hicieron los Incas quiere intercalar la gustosa descripción de sus costumbres, religión y riquezas.

Ya vemos que los *Comentarios* constituyen para Garcilaso un problema artístico que resolverá con el mayor cuidado. Pondrá en juego toda su habilidad literaria para mantener vivo el interés del lector. Los dos sucesos bélicos que mejor podía explotar literariamente, la rebelión de los chancas y las guerras civiles entre Huáscar y Atahualpa, serán tratados morosamente. Aún más: detendrá el relato de la sublevación cuando sea mayor su intensidad dramática, en instantes en que el príncipe Viracocha se decide a presentar batalla contra los chancas, dueños ya de la situación. Es como la lucha de don Quijote con el vizcaíno, cuando, al final del primer libro, Cervantes los deja con las armas en alto, prontos a asestarse la mortal herida. Entonces intercalará Garcilaso hasta dieciséis capítulos sobre la vida económica del imperio incaico, para gran impaciencia del lector. Las guerras entre los hijos de Huayna Cápac son el extenso y dramático final de los *Comentarios*. Se nota que Garcilaso respira al tener sucesos de la historia política incaica dignos de relatarse al pormenor, ricos en matices que escapan a la versión de los amautas, rígida y uniforme.

No menor era el problema histórico. Garcilaso, ante la absurda historia política que imponía la tradición imperial, ningún recurso tenía sino transcribirla tal y como. Además, la materia misma del relato lo obligaba a poetizar. Ese imperio agonizante que vio en su niñez, ese glorioso pasado de que tan apasionadamente oyó hablar a sus parientes indios, tenía que convertirse en materia poética. Con los datos de que disponía el Inca, era sumamente difícil hacer una historia puntual y pormenorizada. Se veía llevado, pues, a generalizar los grandes rasgos fisionómicos del imperio y a destacar su más hondo espíritu, vivo en las antiguas tradiciones. Por eso, en frases que recuerdan ideas de Unamuno, Iberico dice que Garcilaso, sus *Comentarios*, “es un contenido no tanto de historia, que es tiempo, movilidad, proceso, cuanto de tradición, que es eternidad y profundidad, que no es la transcripción de lo leído, sino la transmisión de lo oído en una atmósfera de emocionada rememoración, en que el pasado, a la vez que se conserva, florece, y en que al propio tiempo que se difunde, se configura y condensa”.

Pensar que estas ideas atentan contra la veracidad histórica de los *Comentarios* es cosa que se podría discutir. Pues, en la historia legendaria, ¿qué más histórico que la tradición? Ciertamente es —en esto estamos con Porras— que la actitud general

de Garcilaso como historiador es la de ofrecer los hechos puntual y objetivamente. En los *Comentarios* mismos, siempre se nos muestra celoso de referir pormenores y confirmar sus asertos con testimonios de cronistas españoles. Pero a pesar de tanta puntualidad en lo particular, Garcilaso tiende irresistiblemente a ofrecer una utópica idea general del imperio, que penetra en el lector no sólo por su continua insistencia en la bondad de los incas y la sabiduría de sus leyes, sino porque esta idea es la atmósfera entera del relato. Garcilaso convierte el Tahuantinsuyo, es innegable, en una verdadera *edad de oro*.

Así como la *Ciudad del sol* de los griegos se forja a influjo de la expedición a la India de Alejandro Magno, así el descubrimiento de América influye en el Renacimiento para reavivar las utopías de la antigüedad. El platonismo influye también, y durante el Renacimiento tardío es causa de que en España se siga escribiendo sobre la utópica edad de oro.¹² Es lo más verosímil que Garcilaso, platónico de la mejor cepa, sufriese a su vez tan general influencia. Esto en nada va contra la honradez histórica de los *Comentarios*. Veraz en los hechos, veraz al transmitir fabulosas tradiciones tal y como se las dieron, su plena visión del imperio supone una síntesis panorámica que rebasa la suma de tanto dato menudo. Garcilaso, al componer adrede su historia para que el lector saque tal o cual visión de conjunto, eso que quiere comunicarnos trasciende, claro está, el valor total de los pormenores históricos que ofrece, y lleva dentro de sí toda su capacidad creadora, recreadora del pasado, y toda su cultura de humanista. Garcilaso, historiador platónico, al otear panorámicamente la plena realidad del pasado incaico, tenía que verla idealizada, como indio que era y también como platónico que era. No en vano bebió su cultura humanística de una fuente luminosa, irreal y utópica: el platonismo; y dentro del platonismo, de lo más irreal, los *Dialoghi d'Amore*.¹³

El momento de la creación literaria es muchas veces para el historiador también el momento de la intuición histórica, pues tiene que conformar armónicamente

¹² Cf. Américo Castro, *op. cit.*, pp. 177 y ss.; Karl Vossler, *Introducción a la literatura española del Siglo de Oro*, Buenos Aires, 1946, cap. V.

¹³ Cf. Esta lúcida exposición de un rasgo peculiar de las ideas renacentistas que hace Dámaso Alonso: "Sabida es la duplicidad de visión que del mundo tiene el Renacimiento: de una parte se fortalece o reanuda la tendencia a la huida de la realidad y al acercamiento a la belleza como principio absoluto, y de otra, la aproximación a lo real humano, a lo particular, a lo fluctuante; a lo concreto. Y junto a estas dos, la de contraste de una y otra. La primera dirección produce una literatura aristocrática e idealista (novela sentimental, bucólica, *diálogos de amor y belleza*); . . . la segunda, una literatura naturalista que se complace en describir los vicios, las necesidades cotidianas y las fealdades de la vida (comedia prostibularia, novela y poesía picaresca, etc.)." *La lengua poética de Góngora*, Madrid, 1935, pp. 16 y ss.

la una con la otra. Ambas forcejean, influyen entre sí hasta compenetrarse. El material histórico de los *Comentarios*, muy distinto del de la *Florida*, y ambos muy distintos también del de la *Historia general del Perú*, provoca la creación literaria de una obra histórica literariamente muy distinta de esa epopeya que es la *Florida* y esa tragedia que conscientemente compuso en la *Historia general*.¹⁴ El material histórico de estos tres libros difiere esencialmente: la *Florida* es para Garcilaso el relato de una conquista en tierras que nunca vio. La escribe a petición de un amigo suyo, Gonzalo Silvestre, quien para ello le proporciona gran parte de los datos utilizados. Los *Comentarios* narran el pasado fabuloso de la tierra en *Comentarios* narran el pasado fabuloso de la tierra en que nació y el fin de un imperio que en parte alcanzó a conocer, y al cual se sentía ligado por su sangre materna; utiliza recuerdos, tradiciones que escuchó y datos que le envían del Perú o que encuentra en los cronistas americanos. La *Historia general* narra los sucesos que presencié en su niñez. Razones literarias y razones históricas confluyen para que, así en lo literario como en lo histórico, sean estas obras muy distintas entre sí.

El platonismo no es sólo una tesis filosófica. También es un modo, platónico, de pensar. El Inca pensaba "en platónico", no tuvo otro, por cierto, para trazar la pauta general de sus obras. En un caso, los *Comentarios*, la idealización será una utopía; en la *Florida*, epopeya, y tragedia en la *Historia general del Perú*, segunda parte de los *Comentarios reales de los incas*.

Hasta qué punto influyeron en Garcilaso sus lecturas filosóficas es cosa que aún no se puede decidir. Querríamos subrayar, sin embargo, algo que vemos como un rasgo de sincretismo en la obra de Garcilaso. Sánchez Alonso ha reparado en el espíritu conciliatorio del Inca, que trata de armonizar el imperio cuzqueño con la conquista, como etapas de un mismo proceso: los incas sacan a los aborígenes del salvajismo y, de hecho, los preparan para recibir la religión católica.¹⁵ Este rasgo de Garcilaso tiene que ver, a nuestro juicio, con el espíritu sincretista de las ideas que bebió. Sabido es que todo el Renacimiento está impregnado de sincretismo: sincretista es la Academia Florentina, deseosa de

¹⁴ "Ejecutada la sentencia en el buen príncipe [Túpac Amaru], ejecutaron el destierro de sus hijos y parientes a la Ciudad de los Reyes, y el de los mestizos a diversas partes del Nuevo Mundo y Viejo, como atrás se dijo, que lo *antepusimos de su lugar por contar a lo último de nuestra obra y trabajo lo más lastimero de todo lo que en nuestra tierra ha pasado y hemos escrito, por que en toda sea tragedia, como lo muestran los finales de los libros de esta segunda parte de nuestros Comentarios*. Sea Dios loado por todo." *Historia general*, lib. VIII, cap. XIX. Este importantísimo texto, clave para descubrir la composición de esta obra y, por tanto, de la intención que tuvo su autor al escribirla, no ha merecido aún la atención de nuestros historiadores. [Posteriormente han recogido el texto A. Miró Quesada, J. B. Avallé—Arce y otros.]

¹⁵ Benito Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española*, Madrid, 1946, vol. II, pp. 254 y 266.

conciliar a Platón y Aristóteles, al dogma con la filosofía. Sincretismo hay en toda la filosofía judeoespañola y arabigoespañola, empeñadas en conciliar la verdad filosófica y la verdad revelada. Los averroístas de Padua, que tanto influyen en Pico della Mirandola, eran otra vertiente más por donde el espíritu conciliatorio llegaba al Renacimiento. León Hebreo, como unido a la tradición de Maimónides y, más lejos aún, de Filón de Alejandría, así por judío como por platónico era sincretista. Por eso escribirá en los *Diálogos* y lo traducirá el Inca: "...y como una verdad no puede ser contraria de otra verdad, es necesario dar lugar a la una y a la otra, y concordarlas".¹⁶ Espíritu conciliatorio llegaba existe también en Luis Vives, que Garcilaso leyó. Eclecticismo es la filosofía del padre Suárez y de los jesuitas españoles a quienes trató en Córdoba y Montilla. Sincretismo, en fin, cree ver Menéndez Pelayo en el espíritu mismo de la filosofía española: "¡Siempre la misma tendencia al armonismo —exclama— en todos los grandes esfuerzos de la metafísica española, lo mismo en Abén Gabirol que en Raimundo Lulio, lo mismo en Sabunde que en León Hebreo o en Fox Morcillo!".¹⁷

A esta conciliación de la Conquista y el Imperio Incaico lo llevaba, cierto es, su propia condición racial y familiar. Pero este natural impulso, al tener que trasuntarse al campo de las ideas, tenía necesidad de un apoyo puramente ideológico. El espíritu ecléctico de la época debió influir, decisivamente a nuestro juicio, en esta importantísima parcela de la ideología de Garcilaso. Ya hemos visto la amplitud, bastante considerable, de la cultura filosófica del Inca. Conociéndola, bien puede hablarse de que en su obra existen temas estrictamente especulativos. Es más: ya vimos que la *Historia general del Perú* se compone adrede para transmitir una vivencia trágica general, que unifica y da sentido a los hechos narrados. Iberico no ha "exagerado", en lo mínimo, la "actitud teórica" del Inca.

Mientras se quiera juzgar la obra de Garcilaso por sólo su valor historiográfico, sin atender a que es también obra literaria y obra de quien, a más de literato, es un humanista dotado de una apreciable formación filosófica, se tendrá una versión parcial y parcializada. Porque en historiadores como él —baste el ejemplo de la trágica *Historia general del Perú*—, el conocimiento del fenómeno literario de la composición es indispensable para el conocimiento perfecto del valor histórico de la obra misma.

¹⁶ Ed. de A. Bonilla San Martín en Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela*, vol. IV, p. 301 a.

¹⁷ En su discurso *De las vicisitudes de la filosofía platónica en España*.

[1948. Aparecido en *Las Moradas*, Lima, 1949, núm. 7-8, pp. 121-129. El tema se reelabora en "Historia y poesía en el Inca Garcilaso", en *Humanismo*, México, núm. 6, 1952, pp. 25-28; y en "Garcilaso, entre el mundo de los incas y las ideas del Renacimiento", en *Diógenes*, París-Buenos Aires, núm. 43, 1963, pp. 23-46.]

III. El Inca Garcilaso, clásico de América

EN Córdoba andaluza, al parecer el 23 de abril de 1616, murió el Inca Garcilaso de la Vega, príncipe de los escritores del Nuevo Mundo y uno de sus más grandes clásicos. El mismo día que murió Cervantes y casi el mismo que Shakespeare. Hoy la posteridad hispano indígena mira en el Inca Garcilaso el anuncio y la esperanza de un cultura en formación; mira también, al ilustre prosista, quizá el mayor de su historia; al hombre que supo encarnar en vida y obra los rasgos de una raza nueva, los enigmas, las virtudes, las limitaciones, el ansia. Al hombre cuya existencia cifró una época, clave a su vez de la historia americana.

Fue una figura de importancia extraordinaria, como todas las que marcan un comienzo. El Inca Garcilaso, uno de los primeros mestizos nacidos en el Cuzco, abrió las puertas de la cultura de América y quiso, consciente, dar el ejemplo. A él se debe la primera obra de valor literario —y alto valor— impresa por un americano: *La traducción del indio de los tres Diálogos de amor*, del filósofo renacentista León Hebreo. El Nuevo Mundo se incorpora así a la cultura europea, y Garcilaso subraya este hecho tanto en el título como en las dedicatorias a Felipe II. Si no se engaña, dice, sus páginas son las primicias literarias de Indias, y declara haberlas escrito para animar con su ejemplo a los del Perú. La versión de Garcilaso, que supera en calidades de estilo al propio original toscano, se publicó en Madrid, en 1590. Las obras de gran talla aparecieron después: primero, *La Florida del Inca*, bellísima relación de la jornada de Hernando de Soto, hasta su muerte, entierro bajo las aguas del Misisipí, y vuelta de los sobrevivientes de la expedición a tierras de españoles. Si en la portada de los *Diálogos* quiso presentarse como el *indio*, en la *Florida* querrá aparecer como *Inca*, siempre orgulloso de mostrar su condición de hombre nuevo. Más tarde publica las dos partes de los *Comentarios reales de los incas*, obra maestra, de la historiografía indiana, comparable a los mejores frutos de la española. Continúa lleno de interés porque sus paisanos se lancen a la conquista de las letras y se enorgullece del elegantísimo latín que escribe el jesuita Blas Valera, mestizo peruano como él. Hasta que ese afán estalla y entonces dedica la segunda parte de los *Comentarios* a “los indios, mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquísimo del Perú, el Inca Garcilaso de la Vega, su hermano, compatriota y paisano: salud y felicidad”.

Amor a los suyos, sin distinción de raza; asimilación de lo español y lo europeo:

el Inca se hallaba henchido de un sentimiento comprensivo, en parte por la filosofía armonizadora que profesaba, en parte por la necesidad de conciliar dos herencias muy distintas y, sobre todo, por su experiencia vital. No fue hombre aventurero, pero llevó una existencia zarandeada por mil vientos (más tarde leería *los Remedios contra próspera y adversa fortuna*, de Petrarca, y otros libros del pensamiento estoico). Por voluntad del destino más que por la propia, Garcilaso vivió en una sola vida la de muchos. Conoció las más distintas situaciones sociales, desde la opulencia hasta la humillada escasez; a veces mereció el desdén, a veces la estima de los poderosos, pero raras veces la ayuda. De mozo se ejercitó en las armas, de viejo en las letras; hijo del Nuevo Mundo, pasó en España la mayor parte de sus días; fue americano el linaje de su madre, español el paterno; nació en la ciudad de los incas y murió en la de los califas. Alcanzó a ver los últimos momentos del imperio incaico ya vencido, el esplendor de los conquistadores, sus guerras civiles y el ocaso de su poder; los comienzos de una época virreinal que él detestaba; las glorias de Lepanto y el duelo de la Armada Invincible. Participó con don Juan de Austria en las guerras contra los moriscos granadinos, escollo postrero de la Reconquista.

Le tocaron los últimos días del apogeo español y los primeros de la decadencia. Se instruyó en los moldes de la cultura renacentista y sufrió el desengaño del mundo propio de los tiempos barrocos, justamente cuando aparecieron sus libros. Por entonces, las prensas españolas editaban a Cervantes, Góngora, Quevedo, Lope, en pleno Siglo de Oro.

Los intrincados sesgos de una época movediza cruzaron por su espíritu calmo, dejándolo convertido en verdadera carta de marear, y hoy en el alma del Inca se puede estudiar la historia. Eso hizo él, en cierta medida, pues sus páginas nostálgicas, decepcionadas pero aún amantes del mundo, revelan tener mucho de autobiografía. Hijo de un conquistador y de una princesa inca, la historia que narra no es otra que la de esas dos estirpes. En sus escritos asoma continuamente la confidencia personal, el recuerdo de las cosas que vio, de los hechos en que estuvo presente, de los indios y conquistadores "que yo conocí", según solía puntualizar, lleno de complacencia. El Inca fue testigo de esa escena memorable —una de las más hermosas que escribió— en que los primeros bueyes y el primer arado surcan tierras peruanas, ante el regocijo de los españoles y la mirada atónita y las bocas balbuceantes de los indios.

Pero este espíritu tan cargado de historia, afectado en lo íntimo por los acontecimientos de su época, vivía con la mirada vuelta hacia el pasado.

Primero en Montilla, luego en la misma Córdoba, lejano y solo vivía Garcilaso para recordar y escribir. Esa ciudad, que encierra como pocas el pasado español, representaba su vínculo con España, y Garcilaso sentía por ella verdadero patriotismo. Hoy sus huesos yacen allí, en la vieja mezquita y catedral. Córdoba es la ciudad de Séneca y Lucano, de Averroes y Maimónides, de Juan de Mena,

de Luis de Góngora. La antigüedad latina, la dominación musulmana, el arraigo de judíos y conversos, la España del Siglo de Oro produjeron allí obras espléndidas. También florecieron notables historiadores durante el siglo XVI, como el maestro Fernán Pérez de Oliva, Baltazar de Morales, el célebre doctor Ambrosio de Morales, cuyos consejos escuchó el Inca; Bernardo de Aldrete, con quien mantuvo excelentes relaciones y uno de los humanistas europeos más ilustres de principios del siglo XVII. Garcilaso acudía a menudo a casa de los jesuitas, en donde había gentes de notable cultura y autores de obras muy difundidas; de ellos el padre Francisco de Castro fue un espléndido amigo. En cambio, no parece que Garcilaso llevara buena amistad con Góngora, hombre tan difícil como gran poeta. Eran los años de la fama, pero que llegaron tarde, cuando su vida se hallaba madura en el dolor. Todavía al escribir las dedicatorias de los *Diálogos* parece mostrar esperanzas de alcanzar el favor del rey y mejorar su suerte. En el texto de la *Florida*, escrita prácticamente antes de que se imprimiesen los *Diálogos*, se advierte una obra llena de pujanza épica, gozosa en el relato. Pero cuando termina la *Florida* y la dedica al noble Garcí Pérez, parece encontrarse lleno de amargura, de una amargura que, escondida en el fondo del alma no lo abandonaría jamás. En el *Proemio* definitivo, confiesa vivir acogido "a los rincones de la soledad y pobreza", único "puerto y abrigo de los desengaños". Desde entonces adquiere un tono definitivamente triste y resignado, que va acentuándose en su obra hasta que en la segunda parte de los *Comentarios reales* se convierte en motivo fundamental y base de su concepción histórica.

El infortunio del Perú, ensangrentado por siete guerras civiles encadenadas una tras otra, hacía pensar en un sino fatalista y trágico como en algo natural. Esa impresión flotaba en el ambiente y aparece en los relatos escritos por testigos oculares. También la recogen otros que escribían en México, como el buen misionero Motolinía (fray Toribio de Benavente), o en España, como el inteligentísimo Gómara. De otro lado, el estoicismo fatalista —pensamiento muy extendido por aquella época— daba fundamento filosófico a esa visión espontánea de los hechos. Más tarde, cuando la obsesión del desengaño del mundo marcó el fin del Renacimiento, tanto en Europa como en América, la idea del infortunio del Perú se asoció a la idea del desengaño. Pedro Gutiérrez de Santa Clara, cronista mexicano de las guerras civiles del Perú, representa este momento.

Pero en el Inca —como se verá más adelante— el sentimiento del sino adverso adquiere una profundidad extraordinaria y un acento de absoluta sinceridad. Lo sentía él por haber sufrido en persona las guerras civiles, y porque ellas formaron la imagen de su niñez; por conocer las doctrinas estoicas y porque, como indio, llevaba el fatalismo en las venas; y, en fin, porque la suerte de su vida lo hacía quejarse muy de veras contra la diosa fortuna, que "con sus disfavores y persecuciones —escribe con amarga ironía— me ha forzado a que, habiéndolos yo experimentado, le huyese".

En el Inca se presenta, pues, una imagen decepcionada de la historia —o al menos de su historia— y, sin embargo, nunca llegó a caer en una visión

enteramente negativa del mundo. Espíritu complicado como la mayoría de los espíritus ricos —no usemos el rótulo de *acomplejado*, receta vil— juntaba a su desengaño un afán de armonía estética y de conciliación intelectual. Aunque para él la historia, vista en panorama o entendida a fondo, resultara cosa esencialmente trágica, miraba la vida cotidiana como algo empapado de encanto, y así supo narrarla y describirla, recreándose en ella con la mayor delicia. Esta capacidad de equilibrio, propia de un alma creada en el Renacimiento, tiene a la vez mucho de la capacidad de dolor propia del indio quechua. Además, por otra parte, Garcilaso parece alimentarse en ese sentimiento indígena de la duda, sabiamente irracional, en ese casi metafísico ¡quién sabe!, lleno de resignación y secreta esperanza.

Sereno en el sufrimiento y el desencanto, Garcilaso fue acentuando en sus últimos años su carácter religioso. Tomó hábitos de clérigo —aunque sin llegar a ser clérigo de misa— y la devoción, el estudio y la pasión por su obra llenaban sus horas. El testimonio de gentes que lo conocieron recoge esta imagen del viejo Garcilaso, justamente por los tiempos en que escribía los *Comentarios*. Según el padre Vásquez de Espinosa, murió “cargado de días, dejando fama de su virtud y santidad”; don Iñigo de Córdoba lo describe como hombre de mediano cuerpo, color trigueño, “muy sosegado en sus razones”, de santa vida, sabio y prudente. Don Diego de Córdova, padre de Iñigo y buen amigo del Inca, completa y resume la imagen al decir con enfática gravedad: “vivió como filósofo”.

Complejidad de espíritu

El Inca Garcilaso parece haber sido hombre por demás complicado, y hasta contradictorio. Tal visión de su espíritu no aparece a primera vista, sino llega a advertirse como fruto de experiencia y análisis. Escritor admirablemente claro, limpio y de sencilla elegancia, el Inca puede dar lugar a que se equivoque el incauto, al atribuirle un alma también sencilla. Pero Garcilaso, hasta en sus ideas, resulta engañoso y escurridizo, y vemos que sostiene con frecuencia dos tesis sobre un mismo tema, las cuales corresponden a puntos de vista opuestos; por ejemplo, cuando niega el valor de toda nobleza que no provenga de la virtud, y muestra a la vez su aprecio por la nobleza de sangre; o bien al ponderar la fabulosa abundancia de oro en el Perú, para luego añadir que las mercancías han subido de precio por culpa de ese oro y que “los pobres siguen siendo pobres”. Del mismo modo, se queja, lleno de decepción, de “cómo paga el mundo”, pero continúa mostrando su grande amor por los hechos y las cosas de la vida.

En realidad no se trata de verdaderas contradicciones, sino de diversas actitudes, o variados criterios en un asunto. Recordemos que Garcilaso, por la historia de su propia existencia, se veía obligado a sostener diversas actitudes;

una como americano, otra como español y otra como humanista y filósofo. Ciertamente es que en el pueblo hispánico, la teoría y la práctica andan reñidas muchas veces, pero si eso ocurría también en Garcilaso, había además un segundo conflicto, el de su doble condición de español e indio, y hasta un tercero, proveniente de su carácter personal, reservado y dubitativo: *el ¿quién sabe!*

"Español en Indias, indio en España: he ahí el dilema de Garcilaso", palabras de Raúl Porras Barrenechea.

Al igual que ciertas ideas centrales de su obra, las peculiaridades de su espíritu revelan también rasgos complicados, un tanto inestables y contrapuestos. El Inca demuestra timidez y audacia, reserva e inclinación a la confidencia, firmeza en el trabajo y repetidos desalientos, melancolía y gracia jovial, ingenuidad y astucia: todo ello regido por un sentido poético y religioso de la vida, por un inquebrantable amor a la verdad, y por una dulzura y suavidad contrarias a toda rudeza o grosería.

Era tímido, sensible hasta el exceso. Cuando joven, fue a España a solicitar mercedes al rey en atención a los servicios guerreros de su padre conquistador y a la sangre real de su madre inca; después de mucho aguardar, lo despiden de mala manera y el contratiempo aquel lo afecta atrozmente: abandona en el acto sus pretensiones y nunca más vuelve a pisar la Corte. Cuarenta años más tarde todavía se conmueve al recordar el hecho. Otra anécdota reveladora: ya en sus años maduros, cuando publicó su traducción de León Hebreo, mereció el aplauso de las gentes, y un personaje de la catedral de Córdoba lo mandó llamar para conocerlo y felicitarlo, pero el Inca, según cuenta él mismo, no osaba comparecer ante dicho personaje, el cual tuvo que porfiar muchas veces para que su invitado se decidiese. Última anécdota: el Inca pasaba necesidades, y no conseguía cobrarle al marqués de Priego una deuda muy cuantiosa, que por rentas sin pago crecían cada vez más. Al cabo de largos años las esperanzas de cobro mejoraron, y también sus relaciones con Priego; entonces el Inca editó un opúsculo y lo dedicó al marqués, como sugiriéndole muy delicadamente que le pagase, y así logró sus deseos.

Bien se ve que tales sistemas de cobranza resultan muy extraños a menos que se recuerde la cortedad de ánimo del Inca. Por otra parte, Raúl Porras Barrenechea estima que la tardanza en la vocación literaria del Inca (empezó a publicar después de los cincuenta) es señal de timidez, de una timidez que distingue al indígena peruano. Pero Garcilaso al mismo tiempo era audaz, como muchos tímidos suelen serlo, y se atrevió a expresar ideas sumamente peligrosas acerca del poder del rey, o bien sobre los súbditos rebeldes; incluso llegó a insinuar que se podía ganar honra peleando contra el rey. Un concepto de tal naturaleza escandaloso y disolvente para la mentalidad de la época.

Era reservado. El Inca guarda completo silencio respecto a ciertos hechos relacionados con su vida —el matrimonio de su padre con doña Luisa Martel

de los Ríos, el de su madre con Juan de Pedroche, la existencia de Diego de Vargas, su hijo natural— y es igualmente discreto en relación con la vida ajena. Procuraba no difamar nunca a nadie en su historia, salvo los grandes traidores que merecían baldón de la posteridad. Continuamente calla y olvida narrar los hechos desdorosos, a los cuales sólo alude a medias, advirtiendo: “Dejamos esto en confuso por ser materia odiosa”. Al escribir la genealogía de su familia española decide borrar de ella a “los descendientes viles y bajos” y dejarlos “en perpetuo olvido”. Sabemos que Garcilaso leyó los tratados de fray Bartolomé de las Casas, la obra clásica en contra de los conquistadores, y sabemos también que hasta concordaba ese libro; pero Garcilaso jamás lo cita en sus escritos y finge ignorarlo por completo, seguramente porque en el fondo no aprobaba la conducta vehemente de Las Casas. “Prudente y reservado” lo llamaba José de la Riva-Agüero. Rodeos, omisiones, silencio, olvido, son rasgos que se presentan de continuo en la obra de Garcilaso. Y quizá no fuera inútil apuntar que esos mismos rasgos también se presentan, por lo general, en el indio americano, bien conocido por su reserva, recelo y desconfianza.

Pero a la vez, el Inca era un hombre que necesitaba comunicar su intimidad. Sin poderlo resistir, informa al lector de todo género de asuntos personales: sus penas y alegrías, su desgracia en la Corte, su estrechez económica. Habla también, incesantemente, del mundo de su infancia y —como observa Aurelio Miró Quesada— resultan abundantísimos en sus páginas los pasajes escritos en primera persona. Anécdotas pintorescas, frutos o animales exóticos, costumbres de indios y conquistadores, todo lo narra y describe al pormenor. Un sentido certero lo encaminaba a dar fe en su historia de cosas y hechos aparentemente triviales, pero cargados de vida, de lozanía y oculto sentido.

Poeta de la vida cotidiana remansada en el recuerdo, Garcilaso ofrece un pasado lleno de grandes sucesos a la vez que de sencillo encanto, de aquello fugitivo que “permanece y dura”, hasta que acaba sorprendiéndose a sí mismo en plena locuacidad y ofrece excusas: “Perdónenseme estas particularidades —escribe—, que parecen niñerías; pero pasaban así y por ser yo testigo de ellas, las cuento”.

Era un trabajador lleno de empeño. Con minuciosidad increíble corrige sus originales, pide datos, busca y escucha consejos. Cuando escribía la *Florida*, viaja frecuentemente de Montilla a Las Posadas, con el exclusivo objeto de obtener las relaciones verbales del conquistador Gonzalo Silvestre, grande amigo suyo y coautor de esa obra. Pulía y limaba el estilo hasta lograr la deliciosa fluidez, la fresca suavidad que lo distingue. Si hoy cotejamos los pocos borradores de la *Florida* que llegaron a nosotros con el texto definitivo, advertiremos muchas variantes, señales de lo mucho que el Inca corregía sus páginas. Esos borradores, a su vez, tienen tachaduras y enmiendas. Así se esforzaba el Inca cuando ya se encontraba viejo y fatigado. Luego, en sus últimos días, el pulso llegó a

temblarle y escribía con dificultad. Durante mucho tiempo tuvo que usar a su hijo Diego como amanuense y, no obstante tales dificultades, puede decirse que el Inca murió escribiendo. Su última obra la dio a las prensas, según parece, poco antes de su muerte, y apareció como póstuma.

Con razón habla Julia Fitzmaurice-Kelly "de su formidable capacidad de trabajo". La vocación histórica del Inca había adquirido ese tesón admirable que suelen tener las decisiones del hombre maduro. Pero también, a veces, caía en honda desazón, si no en franco abatimiento. En el proemio de la *Florida*, cuando se queja de su mala fortuna, se muestra resignado, pero decaído. Y en varios pasajes de los *Comentarios* expresa la angustia que lo dominaba de morir sin terminar su obra y declara que abrevia algunos pasajes "por ir a otra parte, a cuyos términos finales temo no llegar". Aquella su mala suerte —o poca experiencia o habilidad— en la Corte, lo abatió por muchos años. Y más tarde Garcilaso vuelve a sentir el mismo desaliento cuando piensa en aquel suceso amargo.

Era ingenuo, aunque no tanto como han creído algunos. Hombre emotivo, Garcilaso se dejaba arrastrar por la simpatía, o por la pasión de defender cosas queridas. Lo hacía de buena fe y sin llegar nunca a falsedades o a artimañas torcidas. Cuando recibe la historia manuscrita de Blas Valera, se entusiasma al saber que era obra de un mestizo peruano como él y al ver que, como él, Valera defendía a los indios sin mostrarse por ello demasiado severo con los españoles. Entonces el Inca otorga su adhesión a su paisano y lo usa como fuente inmejorable, hasta el punto de sobreestimarle (por ejemplo, en la narración de la captura de Atahualpa). Del mismo modo, fiado en los datos de sus parientes indios, sostiene cosas alejadas de la verdad como la existencia de sacrificios humanos entre los Incas.

Pero, por otra parte, mostraba agudo sentido crítico y hasta verdadera astucia en la exposición de sus ideas. Dueño de una apreciable cultura humanística —filosófica, histórica, literaria—, conocía ampliamente las ideas de su tiempo y de la antigüedad, y sabía usarlas con acierto y sentido personal. Gracias a ello, su traducción de los *Diálogos* pudo ajustarse a la precisión filosófica, sin afectar la soltura del lenguaje. Y además, para la exposición de su pensamiento sabía manejar hábilmente la alusión velada o la sugestión maliciosa, a fin de poder expresarse sin dar lugar a la censura inquisitorial. De este modo pasaron libres de reparo muchas opiniones audaces de Garcilaso acerca de la conducta de los reyes o incluso juicios adversos sobre la política de Felipe II.

Era melancólico y nostálgico, buen mestizo al fin. El Inca vivía de recuerdos y con la tristeza que siempre, en el fondo, acompaña al ayer. Llegaba a embriagarse en la evocación, lo mismo de las grandes batallas que del vuelo de un pájaro, lo mismo de los hechos de señores poderosos que de una flauta india. Se dolla en lo íntimo del fin desventurado, aciago, que tuvieron muchos conquistadores, y supo comunicar al lector el sentimiento lastimero de esas muertes. Y recordaba, en un pasaje célebre, la congoja de sus parientes incas al verse desposeídos de su reino y convertidos en vasallos.

Del mismo modo sabía mostrarse jovial, lleno de gracia, amigo del donaire, como cuando refiere el caso de don Antonio de Ribera, quien trajo los primeros olivos al Perú. Celoso de "que nadie pudiese haber ni tan sólo un hoja de ellos, para plantar en otra parte, puso un gran ejército, que tenía más de cien negros y treinta perros, que de día y de noche velasen en guarda de sus nuevas y preciadas posturas. Acaeció que otros, que velaban más que los perros, o por consentimiento de alguno de los negros, que estaría ya cohechado según se sospechó, le hurtaron una noche un planta de las tres, la cual en pocos días amaneció en Chile, seiscientas leguas de la Ciudad de los Reyes (Lima), donde estuvo tres años criando hijos con tan próspero suceso de aquel reino, que no ponían renuevo, por delgado que fuese, que no prendiese y que en muy breve tiempo se hiciese muy hermoso olivo".

Y así narra infinitas anécdotas, como la de una granada que se dio en Lima, grande como una botija sevillana de aceite, la cual llevaron en una anda en la procesión de Corpus. También sabía de burlas, y cuenta las muy célebres de Francisco de Carbajal el *Demonio de los Andes*.

Espíritu amplio y lleno de riqueza, aunque variable y complicado, el Inca sabía engrandecerse en sus limitaciones. Llevaba un conflicto en el alma, como lo tenía entonces la historia de su pueblo: el Perú y América. Garcilaso representa un época de manera admirable, no obstante haber vivido en la soledad y el recuerdo. Se logró a sí mismo en su obra, nacida de una necesidad interior, la de buscarse. Hoy es posible encontrar en él mucho del pasado de Hispanoamérica, porque la existencia trágica del Inca resultaba misteriosamente parecida a la del Perú de su tiempo. En su vida y en su obra, queda vivo por siempre un símbolo profundo y una vieja esperanza en nuestro propio destino.

[1952. Publicado en *Américas*, Washington, 1953.]

IV. Introducción a los *Comentarios reales*

In memoriam
Raúl Porras Barrenechea

LIBRO lleno de vida escrito para morir, la *Historia general del Perú*, segunda parte de los *Comentarios reales*, cae por instantes en el desaliento y al punto recupera la animación, la pujanza, aquel saboreo del por menor que caracteriza el arte narrativo del Inca Garcilaso. La obra entera, sin embargo, se alza convertida en una gran tragedia, ligada íntimamente a la existencia del autor: por ello nos conmueve y nos persuade. La escribe a sabiendas de que será lo último. Tardará unos ochos años, entre 1603 y 1611, pero en todos ellos el autor siente la muerte próxima; tan cierta, que llegó por los mismos días que las prensas editaban el libro, en 1616. Antes, en 1612, ya había comprado su propia tumba, la Capilla de las Animas de la vieja mezquita cordobesa. Pero el Inca se iba dejando el testimonio de una época, cuyo sentido percibió quizás como ninguno. Y aunque los eruditos de hoy suelen tener en menos los datos que allí se ofrecen,¹ casi siempre de segunda mano, el edificio mismo de la *Historia general* aparece como una formidable visión de los hechos que narra —trágico advenimiento de un mundo nuevo, su lejano Perú.

Los años de la redacción

Cuando comenzó a escribir la segunda parte de los *Comentarios*, allá por 1603, vivía momentos muy amargos, según lo confiesa él mismo en el proemio de la Florida y en el libro VII de los *Comentarios*.² Tiene ya sesenta y cuatro años, se halla enfermo y sin ilusiones; teme no concluir su obra y morir frustrado.

¹ Este ha sido el punto de vista general, no sólo entre autores adversos del Inca, sino también entre aquellos que lo reivindicaron: cf. José de la Riva-Agüero, la historia en el Perú, Lima, 1910, Examen de la segunda parte de los *Comentarios*, y Raúl Porras Barrenechea en Nuevos estudios sobre el Inca Garcilaso (actas del simposium), Lima, 1955, pp. 145 y 180 y ss. Nuestro punto de vista, aceptado por los estudiosos reunidos en ese symposium (cf. op. cit., pp. 131 y ss.), se halla en el artículo "El Inca Garcilaso, historiador apasionado", en Cuadernos Americanos, México, julio-agosto de 1950, pp. 143 y ss. Dicho texto se reproduce en el estudio preliminar que antecede a la primera parte de los *Comentarios*, en esa misma edición, Lima, de 1959.

² Cf. infra, Cronología, y nuestro artículo "La redacción de la Florida del Inca, cronología", en Revista Histórica, Lima, 1955, pp. 288 y ss.

Muchas viejas esperanzas se han desvanecido. Orgullosa de su estirpe incaica y española, El pobre mestizo ha anhelado largamente la honra y ha esperado alcanzarla por diversas vías: ya ninguna le queda. Su dedicatoria a Felipe II de los Diálogos de amor, primicias literarias indianas, no le ha valido la recompensa soñada. Otros bienes que aguardaba no le lucen, pues aunque a la muerte de doña Luisa, viuda de su tío Alonso de Vargas, ha entrado en plena posesión de la herencia de éste, no consigue cobrar normalmente sus rentas y hasta sufre estrechez. Vive en Córdoba, en lo que él mismo llama "pobre casa de alquiler".³ Las prendas más queridas, sus propios libros, tardan en ver luz por razones "tiránicas".⁴ Lleva largos años esperando la aparición de la Florida, ha concluido ya la primera parte de los Comentarios y ninguno de ambos libros tiene cuándo salir. Cierta resignación, india, estoica y cristiana. Habla en él por instantes; en otros, Garcilaso parece caer en el más absoluto desaliento. En tales circunstancias se inicia la composición de la segunda parte de los Comentarios.

Aquel brío que tuvo al emprender la Florida, mezcla de fuego y lozanía, ha desaparecido ahora. El mundo evocativo cuya dulce nostalgia preside los Comentarios, tampoco ha de prevalecer. Titubea al principio, hasta llegar al fin a componer su libro más extenso y aquel cuya tesis histórica aparece más lúcida y definida. Las notas literarias embellecerán el relato, basado por lo común en textos ajenos, pero una concepción personalísima de los hechos, llena de madurez, dispondrá la estructura y encaminará al lector hacia aquello que el Inca quiere comunicar: la tragedia del mundo paterno de los conquistadores peruanos, unida a la ruina final de la estirpe incaica, su linaje materno. Y así, pues, dentro de esa característica manera suya, que entiende la historia como autobiografía, declara en el proemio de los Comentarios, que "otros dos libros" de la segunda parte "se quedan escribiendo de los sucesos que entre españoles, en aquella mi tierra, pasaron hasta el año de 1560, que yo salí de ella". El Inca, pues, siente unidas la existencia de su pueblo y la suya propia; por ello la historia concluye para él, salvo algunos cabos significativos que queden por atar, en el momento que él abandona su tierra.⁵

Cuando escribía esas palabras, Garcilaso no tenía clara idea de la obra empezada. Dudaba de sus fuerzas y creía no poderla concluir, por lo cual parece haber pensado en reducirla y dejarla en algo que sería el simple resumen de la forma actual. Años más tarde, entre 1606 y 1609, hasta llega a detener la redacción. Y cuando al fin, con arrestos renovados, llega a terminarla, su único pensamiento será despedirse de este mundo y así compra, a los pocos meses,

³ Al firmar la Genealogía de Garci Pérez de Vargas.

⁴ Cf. Comentarios, lib. II, cap. VII.

⁵ Cf. El Inca Garcilaso, historiador apasionado, loc. cit.

su propia tumba. Son los mismos tiempos en que pide licencia para imprimir su obra. Ya no la dedicará, como las otras, a reyes ni príncipes terrenos, sino "a la limpiísima Virgen María, madre de Dios y señora nuestra". Ha concluido el testimonio de su propio pasado y lo deja, pensando en el futuro, a aquellos que quedan en su tierra y a aquellos que vendrán. Por eso, al cabo de su vida, sólo pocos meses antes de morir,⁶ escribe el prólogo dirigido "A los indios, mestizos y criollos de los reinos y provincias del grande y riquísimo imperio del Perú, el Inca Garcilaso de la vega, su hermano, compatriota y paisano". Y las palabras finales de este hombre que va a morir, serán las de desearle a los suyos "salud y felicidad". Verdadero testamento espiritual, hecho por quien se va con la tranquilidad de haber cumplido su misión, y por quien ha escrito pensando en el futuro. Con palabras que él mismo escribió, traduciendo el León Hebreo, recordemos que "la escritura no es para servir a los presentes, sino a los que están lejos en el tiempo y ausentes de los escritores".

Cuando se piensa que, siglos después en pleno XVIII, los rebeldes peruanos que acompañaron al segundo Túpac Amaru leían los *Comentarios*, por lo cual las autoridades españolas prohibieron su lectura, y cuando se recuerda que el general San Martín dispuso su reimpresión, por juzgarla conveniente a la causa emancipadora, podrá advertirse que el legado espiritual del Inca Garcilaso logró sobrevivir.⁷ Y si esa obra sirvió a la posteridad para robustecer los sentimientos nacionales, ello no fue por azar, sino según extrañas intuiciones, surgidas de manera a un tiempo luminosa y oscura, como fruto de geniales atisbos de su autor.

El Inca y los estoicos

Hay, pues, una superación final del pesimismo, pero la obra en sí tiene un sentido eminentemente trágico, cargado de fatalismo y desengaño del mundo. Un desengaño que proviene de la experiencia personal y humana del autor, pero que también resulta característica de la época. Lo importante aquí será advertir cómo este rasgo general se tipifica, personalísimamente, en la obra del Inca, hasta servir de nervio y hueso a la interpretación de la historia. Más aún cuando tal interpretación proviene del primer gran mestizo nacido en el Nuevo Mundo.

⁶ Según palabras que aparecen hacia el final del prólogo, éste se escribió "ahora veinte y cinco años, recién venido yo a vivir a esta ciudad" de Córdoba. Aunque el Inca se trasladó definitivamente en 1591, ya parece haber residido en 1590. Cf. Porras Barrenechea, *El Inca Garcilaso de Montilla*, 1955, p. XXXI. Según esto, podemos calcular que el prólogo data de 1615.

⁷ Cf. El prólogo de Ricardo Rojas a la edición de Angel Rosenblat de los *Comentarios*, Buenos Aires, 1943-1944; y Carlos Daniel Valcárcel, "Prohibición de los *Comentarios reales*", en *Letras*, Lima, primer semestre de 1960. Tengo noticia de que existen otros datos, encontrados por J. H. Rowe.

España entera vivía por entonces tiempos sombríos: duro para toda la Europa del Barroco, pero especialmente amargos en tierras castellanas. Unos pocos años atrás, en 1598, se ha perdida la Invencible Armada, golpe moral y material que simboliza el comienzo de la Decadencia. Perdida la confianza renacentista en el mundo, las artes y las letras del Barroco, retorcidas en dorados artificios, llevan en su misma raíz el desengaño.

Nace entonces la obra final del Inca y ella justamente se destina a narrar una materia por esencia trágica. Consciente de ello, el Inca dispone la obra a partir del ajusticiamiento del inca Atahualpa hasta llegar al que, años después, recibe el inca rebelde Túpac Amaru. Entre el uno y el otro, reyes que llevan en sus venas la misma sangre del autor, desfilan los Pizarros, los Almagros y en general, los conquistadores del Perú, compañeros de su padre el capitán: la desgracia de esos guerreros españoles será el asunto principal de la historia. Todo se junta así para que el desencanto y el pesimismo fatalista adquieran carta de naturaleza en estas impresionantes páginas.

En lo personal, al Inca lo llevaban allí varios caminos. Si el alma indígena lo movía al fatalismo, las lecturas estoicas lo inclinaban en igual sentido. Buen vecino de Córdoba, conocía y admiraba a Séneca;⁸ buen renacentista, frecuentaba los *Remedios* de Petrarca, cuya memoria está próxima en muchos pasajes de sus escritos. No sólo leía a esas figuras del viejo y el más cercano estoicismo, sino también obras pertenecientes al estoicismo cristiano español. Lo más significativo es que se trataba de autores que fueron maestros o amigos suyos. Allí están, en primer lugar, los *Discursos de la paciencia cristiana*, del agustino fray Fernando de Zárate, con quien tuvo estrecha relación en Montilla y a quien cita en las dedicatorias de los *Diálogos*, como hombre cuyo consejo escuchaba. Al mismo espíritu neosenequista pertenecen también los *Comentarios al libro de Job*, del jesuita Francisco Pineda. Más aún, a Pineda le rogó Garcilaso que ambos rehiciesen juntamente la versión prohibida que el poeta Garcilaso Sánchez de Badajoz compuso a lo humano, del libro de Job. Y no sería extraño, en fin, que el Inca también hubiera leído el *Tratado de la tribulación*, del padre Rivadeneyra, otro jesuita a quien el Inca citaba y al parecer conocía.⁹

⁸ Sus Tragedias se contaban entre los libros que dejó al morir; cf. J. Durand, "La biblioteca del Inca", en Nueva Revista de Filología Hispánica, México, 1948, vol. II, núm. 3, p. 256. El propio Inca, como buen vecino de Córdoba, escribe en el prólogo de la Historia general del Perú: "...los sabios Sénecas de Córdoba, flor de saber..."

⁹ Las referencias a Garci Sánchez y a la fallida empresa en unión de Pineda se hallan en la Genealogía de Garci Pérez (ms. 18109 de la Biblioteca Nacional de Madrid, cf. fols. 4^o r^o y ss.); respecto al padre Rivadeneyra, el Inca lo cita en el último capítulo de la Florida; cf. también nuestro artículo "La biblioteca del Inca", loc. cit., p. 249, y asimismo "La idea de la honra en el Inca Garcilaso", en Cuadernos Americanos, México, noviembre-diciembre de 1951, pp. 208 y ss.

Cristianismo y estoicismo, para tranquilidad de conciencias españolas, armonizaban muy bien al apoyarse en asuntos afines como el de Job, cuyo carácter bíblico cambiaba ipso facto la situación del tema. De la filosofía pagana se pasaba automáticamente al estudio de libros sagrados. Entre la adversa fortuna y el castigo divino, entre la resignación senequista y la paciencia cristiana, había enlaces a la vez que distancias, de manera que los linderos de la fe no corrieran peligro. Pero en el caso del Inca la cuestión se encara de manera muy distinta que en sus amigos los padres Zárate o Pineda. Garcilaso no escribía tratados morales ni comentarios bíblicos, sino historia humanística; pero, sobre todo, importaba su misma idiosincrasia de mestizo, anuncio de una nueva cultura. Aquella resignación cristiana y judaica, tan grata al Inca, armonizaba con la paciencia y resignación del indio peruano: dos rasgos quechuas tan característicos como evidentes. Tradiciones bíblicas y clásicas venían a reunirse así con la sangre de sus venas. Cierta intuición certera lo llevaba a buscar, dentro del humanismo español posrenacentista, aquellas notas que resonaran conjuntamente con sus cuerdas íntimas. Ya tenemos aquí, desde sus primeros instantes, la firme aparición del mestizaje cultural, indudablemente hispánico y humanístico, pero también con raíces hundidas en suelo americano.

Difícil resolver, según puede advertirse, hasta qué punto el Inca Garcilaso recibía el influjo del estoicismo cristiano y hasta qué punto se hallaba él naturalmente predispuesto, tanto por herencia materna como por las mismas circunstancias de su vida. De un modo u otro, esa influencia existe, pero siempre armonizando con otra línea fundamental de sus ideas, el neoplatonismo florentino. Como que al fin y al cabo, ya el pensamiento ecléctico de León Hebreo asimilaba a Séneca entre sus fuentes y autoridades.¹⁰ Lo que sí podría pensarse es que, tras una primera etapa fuertemente influida por el neoplatonismo, el Inca unió luego a esta tendencia, sin perderla, una orientación cada vez mayor hacia un estoicismo cristiano. De una actitud espiritual — neoplatónica — característica del Renacimiento, pasaba a otra emparentada con las ideas que, cada vez más, iban a prevalecer en tiempos del Barroco.

Hasta el año de 1600, aproximadamente, el espíritu y la obra del Inca aparecen como típicas muestras renacentistas, en ideas, lengua y estilo. La adhesión al neoplatonismo de los *Dialoghi d'Amore*, que con tanto amor traduce, lo hacen identificarse con el autor, a quien llama "nuestro".¹¹ De esa armoniosa concepción platónica del mundo, de esa amorosa manera de entender la vida

¹⁰ Escribe León en el diálogo segundo: "...las Parcas, llamadas Clotos, Laquesis y Atropos, las cuales Séneca llama Fadas". Y una apostilla del Inca reza: "Séneca llamaba Hados a las Parcas". Justamente, como se ve, en lo tocante a asuntos mitológicos relacionados con el fatalismo.

¹¹ Aunque habla de su propia traducción, suenan a palabras afectivas aquellas del prólogo a la Historia general en que se refiere a "nuestro León Hebreo romanizado".

irá, cada vez más, hacia el desengaño. Ello no ocurrirá con violencia, y el desengaño será del mundo pero sin renegar de su antigua manera de entenderlo. No hay, pues, un claro desligarse de sus propias ideas, sino un cambio que ocurre, a su vez, con amor y armonía.

Literariamente, en líneas generales, el estilo sigue siendo el mismo, al igual que la lengua. Tampoco hay mudanzas en su manera de narrar, ni en el gusto por los sucesos y el relato; tampoco se altera su actitud al presentar al ser humano a través de los personajes que retrata. El cambio parece atestiguar en un solo asunto fundamental, las ideas. Y aquella mezcla de fatalismo y resignación acaba por configurar toda una desengañada concepción del mundo y pasa a ser el sentido mismo y la estructura misma de la *Historia General del Perú*, llegando a extremos que no habían ocurrido en sus obras anteriores.

La *Florida del Inca*, llena de pujanza épica e ilusión por la aventura, se concibió y escribió antes de aquellos años amargos que tanto afectaron a Garcilaso. Si en ese libro hallamos palabras desengañadas, ellas pertenecen, fundamentalmente, a la serie de adiciones tardías que forman la segunda redacción de la obra,¹² o bien a los añadidos finales. Uno de ellos, el del *Proemio al lector*, cuyo estoicismo cristiano evoca toda una corriente ideológica, que cobra especial fuerza en Europa a partir de los *Remedios contra próspera ya adversa fortuna*, de Petrarca, bien conocidos del Inca. Dicen aquellas palabras tardías de la *Florida*:

...Que cierto, confesando toda verdad, digo que, para trabajar y haberla escrito, no me movió otro fin sino el deseo de que por aquella tierra tan larga y ancha se extendiera la religión cristiana; que ni pretendo ni espero por este largo afán mercedes temporales; que muchos días ha desconfié de las pretensiones ["de mercedes"] y despedí las esperanzas por la contradicción de mi fortuna. Aunque, mirándolo desapasionadamente, debo agradecer mucho el haberme tratado mal, porque si de sus bienes y favores hubiera partido largamente conmigo, quizá yo hubiera echado por otros caminos y senderos que me hubieran llevado a peores despeñaderos o me hubieran allenado en ese gran mar de sus olas y tempestades, como casi siempre suele anegar a los que más ha favorecido y levantando en grandeza de este mundo. Y con sus disfavores y persecuciones me ha forzado a que, habiéndola yo experimentado, huyese y me escondiese en el puerto y abrigo de los desengañados, que son los rincones de la soledad y pobreza, donde, consolado y satisfecho con la escaseza de mi poca hacienda, paso una vida, gracias al Rey de reyes y Señor de los señores, quieta y pacífica, más envidiada de ricos que envidiosa de ellos.

¹² Cf. "La redacción de la *Florida del Inca*, cronología", loc.

Si ya en los postrimerías de la redacción de la *Florida* se afirma esta actitud espiritual en el Inca,¹³ ella asumirá mayor importancia en la primera parte de los *Comentarios reales*, pero sin llegar a constituir la clave misma de la obra y su centro de gravedad, como ocurre con la *Historia general del Perú*, segunda parte de los *Comentarios*. Aquí, con cruda conciencia, Garcilaso remata cada uno de los ocho libros con un hecho desgraciado, "porque en todo sea tragedia",¹⁴ hasta concluir por último con un cuadro del infortunio de conquistadores y soldados, más el suplicio del último inca de Vilcabamba, el primer Túpac Amaru.

En la primera parte de los *Comentarios*, concebida y empezada hacia 1586, continuada activamente hasta 1590, hay también una primera redacción cuyo espíritu inclinado hacia una visión neoplatónica de la vida, influirá sustantivamente en la obra. Puede así el autor trazar aquel magnífico cuadro del imperio incaico, idealizado e idealista, utópico de buena fe, como expresión directa de su manera de concebir aquel mundo extinguido. Luego asomarán decepciones y el fatalismo cobrará importancia mayor, como cuando recuerda el fin de la estirpe incaica, o en las páginas que añade, tardíamente, sobre la suerte desgraciada de Pedro de Valdivia entre los araucanos.¹⁵

Ya en la segunda parte o *Historia general*, el desengaño, la resignación y el signo fatídico reaparecen con pertinacia, de principio a fin; sin embargo, la obra no corta lazos con el amor a la vida terrena. Vuelven con alguna frecuencia anécdotas risueñas, como aquella de los galeotes que se escapan a Pero Niño, el disgusto de Francisco de Aldana con sus parientes pobres, los donaires de Carvajal o ciertos desafíos que acaban en hechos jocosos; vuelven también las anécdotas pintorescas, tan a menudo como antaño, narradas por un espíritu benévolo que conserva aún, por encima de todo, su viejo amor por la vida. Para nada hallamos el espíritu violento y negativo de Quevedo, o el ánimo amargado de Mateo Alemán. Porque este Inca será, a fin de cuentas y al mismo tiempo, el hombre que lleva en sus venas un conflicto histórico y el hombre que se acercó a las letras por razón de amor.

¹³ Ibidem. Por lo demás, existen abundantes pasajes de la obra de indudable sabor senequista, aunque, sin embargo, su sentido no tenga aún la amargura que aparece en el pasaje tardío arriba citado. Por ejemplo, recordemos el texto, ya conocido pero mal entendido aún, del lib. II, parte I, cap. XII: "¿Quién domará una bestia fiera, ni aconsejará a los libres y poderosos, confiados de sí mismos y persuadidos que, conforme a los bienes de fortuna tienen los del ánimo, y que la misma ventaja que hacen a los demás hombres en la hacienda que ellos no ganaron, esa misma la hacen en la discreción y sabiduría que no aprendieron? Otros muchos pasajes, de la misma *Florida* y de los *Comentarios*, citaremos en otra ocasión, al estudiar en datalle la influencia del estoicismo en el Inca: por ejemplo, en su continuo desdén por la opinión del vulgo. Otro estoico renacentista a quien leyó Garcilaso parece ser Girolamo Garimberto (cf. "La biblioteca del Inca", loc. cit., p. 250). Respecto a la idea de la fama en Garcilaso y en Séneca y sus seguidores (León entre ellos), cf. "La idea de la honra"...loc. cit.

¹⁴ Cf. *Historia general*, lib. VIII, cap. XIX.

¹⁵ *Comentarios*, lib. VII, caps. XX-XXV.

El influjo neoplatónico

Razón de amor al traducir los *Dialoghi*, "cebado de la dulzura y suavidad de su filosofía";¹⁶ amor al rendir con la *Florida* tributo a la amistad de Gonzalo Silvestre, adelantándose a terminar la historia antes de que el amigo e informante muriera; amor al mundo materno en la primera parte de los *Comentarios* y al mundo de su padre en la *Historia general*, según él mismo lo declara: "Habiendo dado principio a esta nuestra historia con el principio y origen de los reyes incas... como largamente, con el favor divino, lo hicimos en la primera parte de estos *Comentarios*, con que se cumplió la obligación que a la patria y a los parientes maternos se le debía; y en esta segunda, como se ha visto, se ha hecho larga relación de las hazañas y valentías que los bravos y valerosos españoles hicieron en ganar aquel riquísimo imperio, con que asimismo he cumplido (aunque no por entero) con la obligación paterna, que a mi padre y a sus ilustres y generosos compañeros debo".¹⁷ Ya tenemos en vivo al neoplatónico armonista y conciliador, preocupado por morir dejando en limpio sus cuentas con el pasado. Y hay la misma razón de amor, en suma, cuando solemnemente se dirige a sus hermanos los peruanos todos y les entrega, como legado espiritual, el aliento y ejemplo de una obra que vuelve sobre el ayer para pensar el mañana de aquellos que le sigan.

Junto al desengaño, pues, siempre razón de amor, y unida a ella, el apartarse del odio. "Por ser odiosa esta nota se borró", apunta el Inca luego de tachar una apostilla escrita por Gonzalo Silvestre en los márgenes de la *Historia* de Gómara.¹⁸ Y si esto hacía cuando su vocación histórica no se hallaba aún definida, luego se cuidará de faltar al amor, cuando tiene motivos para ello: "Dejamos esto en confuso, por ser materia odiosa", dirá una y otra vez, hasta las últimas páginas de su obra.¹⁹

Así, por esta supervivencia de su espíritu platónico más allá del desengaño, puede entenderse la hermosura de esta obra, llena a la vez de tragedia y serenidad,

¹⁶ Cf. la carta del Inca al licenciado Fernández Franco, publicada y comentada por Eugenio Asensio, "Dos cartas desconocidas del Inca Garcilaso", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, 1953, vol. VIII núm. 3-4, pp. 583 y ss.

¹⁷ *Historia general del Perú*, lib. VIII, cap. XXI. A este pasaje se han referido, muchas veces, Riva-Agüero, Porras Barrenechea y otros estudiosos, especialmente Miró Quesada.

¹⁸ Cf. Porras Barrenechea, *El Inca Garcilaso en Montilla*, op. cit., pp. 219 y ss.

¹⁹ Aunque este tema lo veníamos estudiando desde años atrás, y ya lo conocíamos (pues lo citamos en nuestra tesis *La idea de la honra en el Inca Garcilaso*, presentada en la U.N.M. de San Marcos de Lima, en 1949), nos ha sorprendido gratamente ver que Aurelio Miró Quesada, en el prólogo de su edición de los *Comentarios*, Buenos Aires-Lima, 1960, p. LXXVII, recoge abundantes textos al respecto. Por lo cual, no obstante que este distinguido estudioso omita a menudo la mención de sus fuentes, nosotros nos apresuramos a citarlo en este punto, aun cuando bien podríamos haber prescindido de ello.

de dolor y dulzura, en donde hasta el último desgarramiento puede aún salvarse por la armonía, y en donde la esperanza jamás se perderá. No sólo es el estoico y el cristiano, sino también el antiguo platónico, y al mismo tiempo, como si ello no bastara, descubriremos en él al indio andino, con su infinto don del sufrimiento, con toda su capacidad de paciencia, que es al cabo esperanza. Y el mestizo que quiere "cumplir" por igual con sus dos estirpes, será el mismo que busque el afán conciliador de León Hebreo. Aquel judío desterrado que armonizaba la ley mosaica con el pensamiento helénico y que, dentro de éste, conjugaba a Platón y Aristóteles, para después atender, entre los romanos, a doctrinas de Séneca. Porque esa *suma ecléctica de los Diálogos* concuerda admirablemente con las más íntimas necesidades de aquel escritor mestizo. Y, en señal de común destino, así como León Hebreo murió en Italia después de que su estirpe fuera arrojada de España y Portugal, así también el Inca Garcilaso, aun cuando hubiera abandonado el Perú voluntariamente, se sentía a la postre como un desarraigado por el destino. Y, entre sus varias disposiciones testamentarias,²⁰ se encuentra la de que manden decir sobre su tumba la misa de la Luz y del Destierro. ¿No desterraron acaso del Perú a sus hermanos los incas mestizos, por orden del virrey Toledo? Era una proyección de su propia suerte. Y el Inca, que sentía como una misma cosa su vida y la de su pueblo, se tenía a sí mismo por otro desterrado más, en quien, allá en España, se había cumplido el mismo destino.

Lo admirable, junto a este sentimiento, está en la capacidad para mantener constante equilibrio en medio de tan constante tensión. Porque aquel mestizo que muere *desterrado* y pensando en los suyos, jamás renegará de su abolengo de conquistadores, sino que, en verdadero esfuerzo de eclecticismo, logra armonizar los mundos opuestos de que proviene. Sólo así podrá escribir, al final de su historia, que "espero no haber servido menos en ella a los españoles que ganaron aquel imperio, que a los incas que lo poseyeron".

Años atrás, hemos observado, como rasgo de sincretismo neoplatónico, esta actitud conciliadora, ya subrayada inteligentemente por Sánchez Alonso, y ahora vuelta a señalarse por Menéndez Pidal.²¹ Ninguno de los dos repara

²⁰ El testamento y los codicilos anejos se hallan en José de la Torre y del Cerro, *El Inca Garcilaso de la Vega*, nueva documentación, Madrid, 1935. Agradezco al joven historiador Pablo Macera el que me haya hecho reparar en tan significativa manda.

²¹ Cf. J. Durand, "El Inca Garcilaso, platónico", en *Las Moradas*, Lima, 1959, núm. 7-8, pp. 122 y ss.; Benito Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española*, Madrid, 1946 vol. II, pp. 254 y 266; Ramón Menéndez Pidal, *La moral de la conquista del Perú* y el Inca Garcilaso de la Vega, en el volumen colectivo *Seis temas peruanos*, Madrid, 1960, pp. 37-39; Menéndez Pidal da la tesis del Inca como "providencial", y alude con ello a la interpretación providencialista de San Agustín, Prudencio y Dante para justificar cristianamente al Imperio Romano, que él mismo estudió en *El P. Las Casas y Vitoria*, Madrid, 1958, pp. 28-47. Pero también llama "armónica" a la tesis garcilasista como creemos nosotros que, a su vez, lo son San Agustín, Prudencio y Dante.

en la clara relación que este armonismo tiene con el pensamiento de León Hebreo, autor a quien Garcilaso tanto admiraba y a quien tan deleitadamente tradujo.

Para Sánchez Alonso, cuando Garcilaso expone la pugna entre conquistadores y conquistados, "aspira él a armonizarla en una admiración parigual a los dos pueblos contendientes. En sus obras alternan el orgullo por sus antepasados maternos, cuyo gobierno le parece el más venturoso que pudo haber, y el de pertenecer a un pueblo valerosísimo, destinado a la noble misión de evangelizar a sus coterráneos". Y prosigue, con fina comprensión: "Para que la armonización sea perfecta Garcilaso considera que la paternal acción evangelizadora de los incas, sacando a aquel pueblo del salvajismo en que vivía, fue una preparación, deparada por Dios, para que fácilmente fructificase la semilla cristiana. Ligada así la misión de ambas razas, eliminase todo motivo de roce y enemiga, y el mismo autor podrá loar con el más extremado fervor a los héroes de una y otra parte sin ajar en ningún caso susceptibilidades de nadie. Tal es la posición adoptada por el autor, si sacamos consecuencia total de palabras vertidas en varios pasajes de sus obras". Con alguno de esos pasajes ha coincidido, más tarde, Ramón Menéndez Pidal.

Es interesante advertir cómo en este mismo punto aparece una relación harto significativa con León Hebreo, a la cual se ha referido recientemente Carmelo Sáenz de Santa María, sin conocer, según parece, los puntos en que coinciden Sánchez Alonso y Menéndez Pidal. "Para comprender la actitud histórica del Inca en sus obras sobre el Perú", este autor repara en "la teoría de León Hebreo, que da al amor el oficio de civilizar a los pueblos y atribuye a Júpiter el haber desarraigado de los primitivos hombres los sacrificios humanos y el canibalismo. En los *Comentarios* este oficio de amorosos civilizadores será atribuido a los incas, sus antecesores."²²

Lástima que Sáenz de Santa María, no obstante la agudeza de su observación, no la concierte con el armonismo neoplatónico que, en general, caracteriza las ideas del Inca. Garcilaso, ya lo sabemos, se nutrió de sincretismo.²³ Sincretista —escribimos entonces— es la Academia Florentina de Marsilio Ficino, autor a quien el Inca leyó; y Ficino, al igual de sus seguidores, uno de ellos León Hebreo, tenían entre sus preocupaciones centrales el conciliar a Platón y Aristóteles, por una parte, y al dogma revelado con la filosofía especulativa. Sincretismo lo hay en toda la filosofía judeoespañola y arabigoespañola, empeñadas en armonizar la verdad filosófica y la verdad revelada: actitud que,

²² Cf. prólogo de Obras completas del Inca Garcilaso de la Vega, Madrid, Biblioteca de Autores Españoles, 1960, vol. I, p. XLIII.

²³ Cf. "El Inca Garcilaso, platónico", loc. cit., p. 128.

en épocas anteriores, ya se encuentra en Plotino,²⁴ aquel platónico tardío que anticipa gran parte del pensamiento neoplatónico de la Academia Florentina. Los averroístas de Padua (que tanto influyeron en Giovanni Picco della Mirandola,²⁵ pensador íntimamente relacionado con Ficino y con León Hebreo), eran otra vertiente más por donde el espíritu conciliatorio llegaba al Renacimiento.²⁶ Y León Hebreo, por verdadero nombre Yehuda Abravanel, era hijo del ilustre Isaac Abravanel, conocedor de las Sagradas Escrituras y aun comentarista de ellas; no sólo su propia raza, sino su propia familia lo entroncaba con la tradición intelectual judaica, la cual, no sólo en la filosofía de Maimónides, o en la de Avicebrón,²⁷ sino más lejos aún, en la de Filón de Alejandría, se encuentra basada en el sincretismo. Espíritu conciliatorio existe también Luis Vives, aquel "cristiano nuevo" a quien el Inca leyó. Eclecticismo es la filosofía del padre Suárez y la de los jesuitas españoles, justamente la orden con quien mejores relaciones tuvo durante sus días de escritor, en Córdoba y Montilla. Sincretismo, en fin, ve Menéndez Pelayo como rasgo característico de la filosofía española: "¡Siempre la misma tendencia al armonismo —exclama— en todos los grandes esfuerzos de la metafísica española, lo mismo en Abén Gabirol que en Raimundo Lulio, lo mismo en Sabunde que en León Hebreo o en Fox Morcillo!"²⁸

Por eso escribirá la propia pluma del Inca, al traducir los *Dialoghi d'Amore* de León Hebreo, que "como una verdad no puede ser contraria de otra verdad, es necesario dar lugar a la una y a la otra y concordarlas".²⁹ Era justamente lo que hizo en su historia y era, sin duda alguna, lo que su propia condición racial y familiar le exigía. Otra vez hallamos cómo su situación natural de mestizo lo impulsaba a encontrar, en el campo de las ideas, aquellas corrientes humanísticas que afirmaran su propia condición. Y actuando como el más típico humanista del Renacimiento, resolvía a la vez sus problemas de hombre americano.

²⁴ Cf. G. Mehlis, Plotino, pp. 28 y ss. A partir de Plotino el armonismo es frecuentísimo en la filosofía de su época y el Medievo.

²⁵ Cf. Ernst Cassirer, "Giovanni Picco della Mirandola", en *Journal of the History of Ideas*, Nueva York, 1942, vol. III, pp. 123 y ss.

²⁶ Cf. Carl Gebhardt, "León Hebreo", su vida, su obra", en *Revista de Occidente*, Madrid, junio-agosto de 1924; con Gebhardt concuerdan en este punto Heinz Pflaum, I. Klausner, Santino Caramella, J. de Carvalho y otros estudiosos.

²⁷ Cf. José Gaos, *La filosofía de Maimónides*, México, 1943, y Millás Vallicrosa, *Schelomo Ibn Gabirol*, Madrid, 1946.

²⁸ En su *Discurso de las vicisitudes de la filosofía platónica en España*.

²⁹ Cf. ed. de A. Bonilla San Martín, en M. Menéndez Pelayo, *Orígenes de la novela*, vol. IV, p. 301.

Concepción histórica y concepción literaria

Frente a los hechos que narra, el Inca se nos presenta, pues, en cuádruple papel: 1º el de hombre personalmente ligado a aquellos hechos, para el cual la historia se vuelve autobiografía; 2º el de cronista historiador que reúne noticias, las critica y ordena; tal como lo hacían, mejor que él, otros cronistas indios; 3º como admirable escritor, para quien la historia constituye un género literario, en el cual importa la verdad al par de la belleza, y en donde la imitación de los modelos clásicos es habitual en la época, así resulte en desmedro de la puntual exactitud; 4º y en fin tenemos al Inca Garcilaso como historiador humanista, preocupado por el sentido profundo y revelador de los sucesos que refiere, asunto particularmente grave para él, como viva y desgarrada encarnación que era de su propia historia. Aquí, en el campo de la visión interpretativa, lo mismo que en el de las galas literarias, la figura del Inca se eleva de manera singular entre los cronistas indios.

No es posible —y hay que repetirlo sin cesar— juzgar la obra de Garcilaso por sólo su valor historiográfico, sin atender a su sentido humanístico. En éste se resume, junto al valor literario, el pensamiento propio de un espíritu culto y la interpretación, llena de profundidad, con que se nos presentan épocas y personajes, guerras e instituciones, paisajes y sucesos. Hay tras ello toda una visión del mundo y de los tiempos, a la cual habremos siempre de atender, así los eruditos de hoy deploren que el Inca trabajase a menudo, como él mismo lo advertía, con materiales de segunda mano; o así las ideas del Inca, desde el punto de vista de la realidad histórica, parezcan equivocadas. Su valor queda intacto, como el de todas las concepciones profundas en cualquier campo de pensamiento, por más que se demuestre error o se adviertan fallas. No queda historiador, ni científico, ni filósofo, cuyas concepciones permanezcan, al cabo de unos años, con validez absoluta. Eso, que también ocurre con las obras históricas del Inca, no quita un punto al enorme valor que ellas poseen no sólo como noticia de una época, sino como expresión, encarnación e interpretación de ella.

Es necesario entender la obra del Inca a la luz del amor, aquella misma que él usó para escribirla. Es necesario no traicionar su mensaje y su sentido, vivos aún a través de los siglos, en nombre de pormenores inexactos o discutibles, frente a los cuales el Inca Garcilaso, como cualquiera de los grandes historiadores de su tiempo, tenía una actitud distinta de aquella que posee el científico de nuestros días.³⁰ Cada cual a su manera, con la misma rectitud de intención,

³⁰ Cf. Asensio, loc. cit.; es interesante la referencia a Edmundo O'Gorman, sobre la manera de entender la historia en el sabio jesuita Acosta, que recoge Miró Quesada en su prólogo a la Florida, México, 1956, ed. de E. S. Speratti Piñero.

Garcilaso en sus tiempos y el historiador actual tratan de fijar una imagen del mismo pasado. Sólo que en Garcilaso, junto al supremo don literario de mantener lozanos los tiempos que se fueron, aparece su propio juicio como un testimonio más, y de los más importantes, del sentido de aquellos tiempos con los cuales personalmente se hallaba identificado. Porque los *Comentarios*, mientras el mundo exista, serán la visión del pasado incaico escrita por uno de los suyos. Y la *Historia general*, la tragedia de los conquistadores en boca de quien la sufrió, entendió y supo cantarla.

No olvidemos la cultura humanística del Inca, ni la nobilísima pasión que puso durante largos años en escribir su obra. No se trata, simplemente, de versiones parciales, ni tampoco de bellas palabras regidas por una intención limitada a lo literario. Hombre de carne y hueso, Garcilaso escribirá, y no lo oculta, como hijo de una *palla* inca y de un conquistador; tales circunstancias, que restarán objetividad a sus puntos de vista, aumentarán el valor, para quien quiera comprenderlo, de ese inmenso testimonio autobiográfico que es su historia. Testimonio palpitante, dramático, profundo. En ninguno como en él se podrá percibir la ruptura del mundo del conquistador frente al mundo de virreinato; en ninguno, como se ha dicho tanto y tan justamente, logra expresarse el alma de los quechuas; y él es el único, según lo señaló Porras Barrenechea, que se atreve a entender el delito de insurrección en Gonzalo Pizarro.

Para que tal testimonio quedase, como ha quedado, de pie ante los siglos, el arte literario no era una gala, sino estricta necesidad. Acudirá a los modelos clásicos, tanto en lo histórico como en lo literario, pero ello responde no al solo artificio, sino al querer expresar los hechos que se asemejan al modelo encontrado. Esta actitud queda en claro en palabras del mismo Inca, en el lib. III, cap. X, de la *Florida*: ...Con este concierto pasaron el río y llegaron donde el gobernador estaba. Auto es éste bien al propio semejante, aunque inferior en grandeza y majestad, al de Cleopatra, cuando por el río Cindo, en Cicilia, salió a recibir a Marco Antonio, donde se trocaron las suertes de tal manera que la que había sido acusada de crimen *lesae majestatis* salió por juez del que la había de condenar, y el emperador y señor por esclavo de su sierva, hecha ya señora suya por la fuerza del amor, mediante las excelencias, hermosura y discreción de aquella famosísima gitana, como larga galanamente lo cuenta todo el maestro del gran español Trajano, digno discípulo de tal maestro; *del cual, pues se asemejan tanto los pasos de las historias, pudiéramos hurtar aquí lo que bien nos estuviera, como lo han hecho otros del mismo autor, que tiene para todos, si no temiéramos que, tan al descubierto, se había de descubrir su galanísimo brocado entre nuestro bajo sayal...*

El maestro a quien alude es, a todas luces, Suetonio.* Y, como lo dice sin escrúpulos, "pudiéramos hurtar", según costumbre de la época, pues "lo han hecho otros del mismo autor". Hay, por consiguiente, un proceso declarado

* No. Es Plutarco.

de elaboración literaria de la historia, cuando "se asemejan tanto los pasajes", y así lo hace de hecho el Inca en diversas ocasiones. No se trata, sin embargo, de simple adorno que embellece, sino de arte para *vitalizar* la historia, como edificio que debe conservar, en su plena *vitalidad*, los hechos de los hombres, librándolos del olvido.

De esa misma manera, la concepción literaria de las obras del Inca, muestra cómo ella se adecua a la correspondiente concepción histórica. En la *Florida* compuso una verdadera *epopeya en prosa*,³¹ cuya "sugestión invencible" — *dicho con palabras de Porras Barrenechea*—, proviene "de la técnica en cierto modo novelesca con que el autor maneja los personajes y las escenas".³² Esta obra novelesca y épica narra un asunto novelesco y épico a su vez, tal como se aprecia en la *Relación verdadera* del Hidalgo de Elvas, aunque con orfandad de recursos expresivos. En los *Comentarios reales*, la evocación amorosa del orden político incaico, de perfección cuasi utópica, dará lugar a algo que no sólo parece una utopía, sino que influye en la *Nueva Atlántida* de Bacon y en otras utopías posteriores.³³ Y en la *Historia general*, segunda parte de los *Comentarios*, un asunto trágico lo moverá a que conscientemente escriba algo que podría llamarse una tragedia en prosa. Ya el mismo Garcilaso lo dice a las claras. "Antepusimos de su lugar", escribe,³⁴ la ejecución de Túpac Amaru y el destierro del linaje incaico, "por contar a lo último de nuestra obra y trabajo lo más lastimero de todo lo que en nuestra tierra ha pasado y hemos escrito, porque en todo sea tragedia, como lo muestran los finales de los libros de esta segunda parte" (lib. VIII, cap. XIX).

El asunto histórico de los *Comentarios*, muy distinto del de la *Florida*, y ambos muy distintos también del de la *Historia general del Perú*, provocan la creación literaria de una obra literariamente muy diversa. El material histórico de estos tres libros difiere en esencia: la *Florida* es para Garcilaso el relato de una conquista en tierras que nunca vio. La escribe en estrecha unión con un amigo suyo, Gonzalo Silvestre, quien para ello le proporciona la inmensa mayoría de las noticias utilizadas. Los *Comentarios* narran el pasado fabuloso de la tierra en que nació y el fin de un imperio que en parte alcanzó a conocer, y al cual se sentía ligado por su sangre; acude a recuerdos, tradiciones que

³¹ Cf. "El Inca Garcilaso, platónico", loc. cit.; sobre estas mismas ideas, que publicamos en 1949, vuelve en 1956 Miró Quesada, sin mencionar nuestro trabajo en su prólogo a la *Florida*, op. cit., pp. XXXVIII y ss.

³² Cf. Porras Barrenechea, *El Inca Garcilaso de la Vega*, Lima, 1946, p. 9; cf. Miró Quesada, *ibidem*.

³³ Cf. Rafael Martí-Abelló, "El Inca Garcilaso de la Vega", en *Revista Hispánica Moderna*, Nueva York, 1951, vol. XVI, p. 107.

³⁴ Este importantísimo texto, que venimos citando desde 1949, en *El Inca Garcilaso*, platónico, ha sido atendido en todo su valor en 1960, por Miró Quesada, en su prólogo a los *Comentarios*, op. cit., p. LXXX y ss., lo mismo que otras ideas nuestras ya explicadas largamente en "El Inca Garcilaso, historiador apasionado", loc. cit., en 1950.

escuchó y a datos que le envían del Perú, más la parte importantísima que representan para él los cronistas indianos. La *Historia general* narra los sucesos que presenció en su niñez, y aunque para escribirla se sirva constantemente de otros cronistas, su entonación y su ánimo responden al hombre que está refiriéndose a su padre el conquistador, a los amigos de éste, y en general a gentes a quienes conoció en persona.

Razones literarias y razones históricas confluyen para que la *Historia general del Perú* recuerde a una tragedia, y no a una epopeya como la *Florida*, o a una utopía³⁵ como la primera parte de los *Comentarios reales*. Y en todo ello ha trascendido la cultura de un humanista que, como el Inca, era buen lector de los clásicos de la historia, y también de pensadores cristianos, platónicos y estoicos.

La mirada al futuro

Puede morir tranquilo: ya su obra está escrita y otorgadas las licencias de impresión. Faltan unos pocos meses para su muerte, que la espera tranquilo: hasta su tumba está dispuesta. Lleno de gozo, quiere dirigirse a los peruanos en el prólogo de su último libro, y lo hace como "hermano, compatriota y paisano". Quiere explicarles los motivos que lo han movido a componer su obra. "Por tres razones, entre otras —dice—, señores y hermanos míos, escribí la primera y escribo la segunda parte de los *Comentarios reales* desos reinos del Perú. La primera, para dar a conocer al universo nuestra patria, gente y nación".³⁶ Como portavoz que se sabe de un pueblo nuevo, quiere anunciarlo al mundo y cumplir su misión dignamente. Los hechos demuestran que la cumplió como ninguno. Para la posteridad, la palabra del Inca adquirió tal valor, que la visión suya del pasado peruano acabó por prevalecer, así no coincidiese en diversos puntos con lo que hoy se tiene por verdad científica. Al mismo tiempo la imagen propuesta por el Inca ha sido la más fecunda para robustecer el amor a lo propio y echar las raíces de aquella futura nacionalidad que ya intuía.

Patria solía ser entonces, como se sabe, la tierra de los padres y nación tenía también un sentido distinto, y en general más restringido del actual. Era la tierra o la "patria chica", pero ello equivalía para el Inca al mundo del imperio

³⁵ Claro está que, si bien la idea de una epopeya en prosa pudo hallarse en la mente del Inca al componer la *Florida*, o si se quiere ideas parecidas, la semejanza de los *Comentarios* con las utopías renacentistas —ya observada por Menéndez Pelayo— no es voluntaria de parte del Inca, sino, a nuestro juicio, fruto del platonismo que actuó igualmente en él que en San Agustín o Campanella.

³⁶A este pasaje mismo alude Porras Barrenechea en "El Inca Garcilaso de la Vega", loc. cit., p. 11.

incaico. Y era una tierra a la que dedica su obra y por la cual se preocupa hasta considerar largamente el origen de su nombre, ese *Perú* que muchos, hasta entonces, llamaban *Pirú*, y que, gracias a la autoridad del Inca Garcilaso,³⁷ quedó definitivamente como *Perú*. Tan grande era su fama y tan grande el respeto que merecía. .

Viendo al fin terminada su labor, el estoico mestizo, después de tantas zozobras, comprende que su vida no ha sido en vano. Lo atormentaba el pensar que sus historias quedasen malogradas y, justamente por ello, había pensado adelantar en la *Florida* las deducciones "del nombre Perú, temiendo me faltara la vida antes de llegar aquí. Mas pues Dios, por su misericordia, la ha alargado, me pareció quitarlas de allí y ponerlas en su lugar". Las vuelve así al libro primero de los *Comentarios*, y sin embargo, continuá temiendo dejar esta obra trunca. Allá por los dolorosos tiempos de 1603, cuando compone los capítulos del libro séptimo de los *Comentarios* donde narra la muerte de Valdivia y otras desgracias, sintiéndose enfermo, confiesa que teme "no poder llegar a fin de carrera tan larga como sería contar la conquista que los españoles hicieron de aquel reino".³⁸ Y por ello, como pensó hacerlo en la *Florida* con capítulos que correspondían a los *Comentarios*, publica en los *Comentarios* capítulos que, a todas luces, debían corresponder a la segunda parte de esa obra llamada luego *Historia general del Perú*. La pesadilla de la muerte, pues, lo desespera en aquellos años.

Pese a tan sombríos presentimientos, logra colmar sus ilusiones, así sea en las postrimerías de su existencia. Puede ahora esperar tranquilo el momento final. El viejo historiador se halla dispuesto: cristianamente en paz ante la eternidad y, en el siglo, seguro de que su obra arrostrará los tiempos venideros. Tal hondo sentido se esconde tras las palabras, al parecer de simple devoción usual que cierran su última *Historia*. Si se piensa en las circunstancias en que se escribieron, ya no será el habitual *Laus Deo* que se halla en cualquier libro de la época. Se ha cumplido la misión de una vida, no obstante contratiempos y tristezas.

³⁷Cf. J. Durand "Dos notas sobre el Inca Garcilaso, II, «Perú» y «Pirú» en el Inca", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, 1950, vol. III, núm. 2, pp. 284 y ss.; al mismo punto volví a referirme en el *symposium* realizado en Lima, en 1955 (cf. *op. cit.*, pp. 155 y ss.). Miró Quesada, en nota al lib. I de los *Comentarios Reales*, *op. cit.*, 1960, vuelve a referirse al punto, coincidiendo al parecer con nosotros. En octubre del mismo año, en una conferencia ofrecida en la Universidad Nacional del Cuzco, hemos vuelto a tratar sobre *La idea del Perú en el Inca Garcilaso*, trabajo que publicaremos en breve.

³⁸Cf. *Comentarios*, Lib. I, cap. VII y lib. VII, cap. XXIV; J. Durand, "Dos notas..." *loc. cit.*, pp. 282 y ss. Más adelante ofreceremos abundantes testimonios sobre la preocupación del Inca acerca del futuro; sobre su desaliento en no llegar al fin de su obra, hacia 1603; y sobre sus reflexiones de estoico cristiano.

Entonces, serenamente, el Inca Garcilaso puede tomar la pluma y escribir: "La Divina Majestad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y un solo Dios verdadero, sea loado por todos los siglos de los siglos, *que tanta merced me ha hecho en querer que llegase a este punto*. Sea para gloria y honra de su nombre divino, cuya infinita misericordia, mediante la sangre de Nuestro Señor Jesucristo y la intercesión de la siempre Virgen María, su Madre, y de toda la corte celestial, *sea en mi favor y amparo, ahora y en la hora de mi muerte*, amén, Jesús, cien mil veces Jesús". Y en efecto, cuando estas palabras se imprimían, espiraba el viejo mestizo que las había escrito.

[Lima, 1960. París, octubre de 1961. Impreso como prólogo a Inca Garcilaso, *Historia general del Perú*, Lima, 1962.



biblioteca
nacional
del Perú

V. La idea de la honra en el Inca Garcilaso

DE IMPREVISTO valor es el pensamiento del Inca Garcilaso sobre ideas que, como las de honra, fama y nobleza, se presentan en la España del XVI con rasgos, marcadamente nacionales. Su condición de mestizo y americano rinde aquí frutos del mayor interés, por desgracia inadvertidos para los estudiosos.

Bien conocida es la significación de la honra en la España de entonces. Base de la vida social, establece jerarquías entre las clase altas —títulos de Castilla, caballeros, hidalgos— y el villano; norma de conducta, rige los actos de esas clases y de hecho también los de la plebe; ligado a la misma historia de España, el honor requiere como condición previa al ser cristiano viejo, limpio de sangre de moros y judíos. La sociedad lo vive tan intensamente, que pasa a ser uno de los más eficaces temas del teatro, y hasta de toda la literatura. Interesan especialmente los dramas de honor conyugal, esto es, de la reputación familiar, porque, identificada entonces con la honra, la fama era garantía y fundamento de la sociedad española. Mucho más que una idea abstracta, la equivalencia entre honra y fama era un postulado de orden práctico, que normaba toda relación entre individuo y sociedad. Pero frente a ese principio hubo escritores —así el Inca— que no aceptaron tal naturaleza del honor: para ellos jamás podía estar la honra en la opinión ajena, sino en la virtud íntima de la persona, por encima de cualquier reputación. La honra, pues, rebasa la vida social, salta a la literatura y acaba por suscitar graves discusiones de carácter ético. La misma importancia tendrá cuando los españoles emprendan la aventura de Indias; sólo que, como se verá, ofreciendo nuevos matices genuinamente americanos, inexplicables para la Península.

Si el honor era el fundamento social, reparemos en que los conquistadores formaron una sociedad regida por distintos principios de la peninsular. Es de suponer, por tanto, que una variación paralela se operaría en el modo de concebir el honor, y que esta variación ocurriría dentro de un proceso más amplio en que juntamente evolucionaban otros principios morales, también a influjo de la nueva sociedad americana. Aunque la evolución debió ser lenta y paulatina, parece claro que América dejó huella profunda en sus primeros escritores. Tal ocurre en la crítica que del honor hace el Inca Garcilaso de la Vega.

Honra-nobleza

Sólo recibe honra, sólo es honrado el cristiano viejo, y hasta los plebeyos de sangre limpia se glorian de ella: honrados, aunque pobres. Pero, en sentido estricto, sólo se considera dignos de honra a los hidalgos, libres de la afrenta de pagar tributos, dedicados a honrosos menesteres —armas, letras, desempeño de cargos públicos— y nunca a oficios desdorosos, como el comercio o el trabajo manual. De esta condición del hidalgo se siguen también obligaciones: en tanto que la deshonra del pechero “en él se acaba”, por no ser de suyo acreedor a deshonra, la del hidalgo es afrenta para toda su familia, antepasados y descendientes. Así pues sólo para la nobleza —a partir del hidalgo—, corresponden justamente las leyes del honor. Pero aunque esas leyes no tengan vigencia más que para él, el sentimiento del honor vale para toda la nación española. Arraigado en lo más profundo de ella, ese sentimiento no es exclusivo de la nobleza, sino de todo el pueblo. Observa Vossler que entre los españoles de entonces, país de conquistadores, la honra hace las veces del deber, idea más propia de burgueses que de hidalgos. La honra es fe y moral del héroe, y siendo todo español aspirante a héroe, la moral de la honra a todos pertenece, si bien de distinto modo: el sistema de deberes y derechos sólo rige *legalmente* —digámoslo así— para la nobleza; pero el hombre común, ansioso de ser un hombre honrado, también concibe el mundo a través del honor, un honor a su manera, sin los mismos preceptos que el del noble, pero que dimana del mismo espíritu nacional.

El ansia de ganar honra une al plebeyo y el noble. La busca el uno para adquirirla, el otro para acrecentar la que ya tiene. *Ganar honra*, dentro del espíritu ético y social del español, es asunto decisivo, y así lo ha señalado recientemente Américo Castro. Desde el momento en que el noble es el sujeto honrado de por sí, la nobleza equivale al honor, y tratar de hacerse noble es tratar de hacerse honrado. La nobleza de sangre se alcanza mediante hechos ilustres, especialmente de armas. El esfuerzo bélico es para el español afán de ganar honra y nobleza. Así ocurre también en la conquista de América; sólo que ese afán se frustró, pues las normas para obtener nobleza no funcionaron con los soldados de Indias, al menos según lo acostumbrado.

Desde el primer momento, la aristocracia española rechaza al indiano. Inútiles las hazañas americanas, mayores que las que crearon esa aristocracia durante la Reconquista, para formar nueva nobleza; las puertas estaban ya cerradas. En cambio, en tierra americana, el conquistador goza privilegios de honra y hacienda. Ser viejo soldado en América, o descendiente de él, es timbre de honra que nadie discute, y la antigüedad en la tierra vale más que la antigüedad del linaje, creándose una sociedad de guerreros de caracteres marcadamente

típicos. Evolucionan así costumbres y ceremonias: los tratamientos honoríficos, especialmente el uso del *don*, se hacen generales, usándolos personas que, según las prácticas de la Península, no estaban en aptitud de hacerlo. Un proceso de nivelación se verifica ante el común denominador de ser todos gentes de guerra. Los plebeyos riñen en lances de honor —institución propia de la aristocracia— y no sólo entre sí, pero también con hidalgos. Y lo que para la época es más sorprendente: hay caballeros que acceden a tareas de suyo infamantes, como la carpintería, cuando los azares de la guerra obligan a ello. Más aún: existen testimonios abundantes, aunque prácticamente desconocidos, de que los hidalgos comerciaban en América desde los primeros tiempos del Virreinato, sin que eso se tuviera por afrenta; en España sólo comerciaron dos siglos después. El cambio de ambiente, según se ve, actuó sobre las costumbres; pero, de otro lado, quizá sea posible afirmar que, desde el momento en que las proezas de Indias no sirvieron para alcanzar la debida nobleza, todo el sistema de la honra había de entrar en crisis para los conquistadores. Ellos mismos tuvieron que hacerse justicia, no sólo en la práctica, sino en continuas protestas que aparecen en los cronistas. Y en algunos casos, el Inca especialmente, las protestas irán unidas a un alegato teórico de verdadero interés.

Las ideas del Inca sobre el honor como cosa privativa del noble, sobre el valor auténtico de la nobleza de sangre, sorprenden por el peculiar tono, enérgico y apasionado, con que están dichas. Tienen el particular interés de ser una violenta defensa de la nobleza americana; y aunque son ideas que se encuentran en escritores españoles desde tiempo atrás, llaman la atención en Garcilaso por el carácter francamente polémico que les imprime. La irrespetuosidad de Gómara por el pasado de Pizarro y Almagro lo hiere en lo más íntimo, como buen americano que es, lo impulsa a defender resueltamente la honra de los conquistadores. Comentando las noticias de Gómara y Zárate sobre el oscuro origen de Almagro, del cual se decía que era expósito, Garcilaso no se atiene al criterio social común, sino al de la iglesia, mucho más caritativo. "A los tales —recuerda— la iglesia católica los da por bien nacidos y los admite en todas sus dignidades y prelacias". Pero hay algo que verdaderamente lo indigna: "mas lo que Gómara añade, que decían que era clérigo, no se debe sufrir; debían ser algunos envidiosos de malas entrañas y de ánimas condenadas los que lo decían, que, no pudiendo deslustrar sus grandes hazañas, le hiciesen con sus lenguas ponzoñosas mal nacido, sin averiguar ni apariencia de verdad". Y continúa con la misma vehemencia, exponiendo ahora un criterio de valor general: "los hijos de padres no conocidos deben ser juzgados por sus virtudes y hazañas, y siendo sus hechos tales como los del adelantado y gobernador don Diego de Almagro, se ha de decir que son muy bien nacidos, porque son hijos de su virtud y de su brazo derecho. A los hijos de padres muy nobles, ¿qué les aprovecha su nobleza, si ellos la desmerecen, no confirmándola con sus virtudes? De manera que podemos decir con mucha verdad que don Diego de Almagro fue hijo de padres nobilísimos, que fueron sus obras, las cuales

han engrandecido y enriquecido a todos los príncipes del mundo".¹ Este criterio usado por el Inca parece ser frecuente en la época, al menos entre los mejores, pues el la *Jornada de Omagua y el Dorado*, atribuida al bachiller Francisco Vásquez, se aplica al traidor Lope de Aguirre. Ignorados los padres de éste, Vásquez niega que pudiera ser hidalgo, pues "juzgándolo por sus obras, fue tan cruel y perverso que no se halla ni puede estar en él cosa buena ni de virtud". Por los demás, ahora sabemos que el origen de Almagro fue menos indigno de lo que se creyó en su tiempo. Pero el Inca, sin saberlo a ciencia cierta, convertido en apasionado defensor de Almagro, da su hipótesis por un hecho: afirma que, aunque no se conozca el linaje de Almagro, "sus obras tan hazañosas y generosas dicen que fue nobilísimo, porque ese es el que las hace tales, y por el fruto se conoce el árbol". Estas palabras se encuentran en el capítulo primero de la *Historia general del Perú*, capítulo que significativamente se titula "Tres hombres nobles aspiran a la conquista del Perú". Alude a Pizarro, Almagro y Luque. Claro está que ni Pizarro ni Almagro podían entonces llamarse nobles, pues los títulos y honores que después de ganado el Perú recibieron fueron su efectiva nobleza. En otro lugar vuelve a increpar a Gómara, que dice que Pizarro no sólo era hijo natural, sino que en su infancia fue porquerizo; y concluye enérgicamente: "Así que de un príncipe tal, que puede igualarse con todos los de la fama, no se permite decir cosas semejantes, aunque fueran verdades".²

En estas ideas del Inca conviene distinguir varios aspectos: 1º Consideración del mérito de guerra como fuente irrecusable de nobleza, aun para los de más bajo origen. Esta era opinión general en la España de entonces. "Armas, que en el mundo no las hay más nobles que las que gana el dueño con su propia espada": palabras de Lope. 2º Se tomaba en aquella época por cosa excepcional que un noble no respondiese a su nobleza, tanto en la vida civil como en el esfuerzo guerrero; y recíprocamente, que un villano tuviese cualidades superiores a su baja condición. Así el mismo Inca, refiriéndose a su amigo el conquistador Gonzalo Silvestre, dice que "era hombre noble, hijodalgo, y como tal se preciaba de tratar verdad en toda cosa". También el Inca, al describir un episodio de la *Florida*, hace ver que cierto soldado cuyas carnes reventaron después del combate por lo esforzado que fue, era hidalgo, y que otro que murió de puro miedo era villano; ³ Garcilaso presenta esto en confirmación de una creencia general. Sirva de ilustración un pasaje de la *Coronación de Mena*, que el Inca leyó, y que estudia María Rosa Lida de Malkiel. Refiriéndose al desconocido linaje de Safo. Mena dice que "se presume ser ella de alta estirpe, siquier de limpia genealogía", a juzgar por su elevado saber. Apoyándose en esta idea

¹*Historia general del Perú*, lib. II, cap. 39.

²*Historia general del Perú*, lib. III, cap. 9.

³*Florida*, proemio; *ibid.*, lib. III, cap. 30.

general, el Inca no vacila en usar de un *quid pro quo*, en defensa de Almagro: si bien el heroísmo da nueva nobleza, el acto heroico prueba a su vez que los antepasados del héroe fueron *necesariamente* nobles. 3º La crítica propiamente dicha del concepto de nobleza. Siguiendo una vieja tradición clásica, viva en España durante la Edad Media, pero remozada por el humanismo renacentista, el Inca niega toda nobleza que sea ajena a la virtud. Lo importante es que esta idea tenía especial valor para él, a juzgar por lo mucho que se repite en su obra. Escribe Garcilaso, en la dedicatoria de los *Comentarios* a la duquesa de Braganza: "cuán alta sea la generosidad de vuestra alteza consta a todos, pues es hija y descendiente de los esclarecidos reyes y príncipes de Portugal aunque no es esto de lo que vuestra alteza hace mucho caso, cuando sobre el oro de tanta alteza cae el esmalte de tan heroicas virtudes".

Es importante observar que en la *Genealogía de Garci Pérez de Vargas*, primitivo proemio-dedicatoria a la Florida, insiste en lo indispensable que es la virtud a la nobleza. El puro hecho de escribir genealogías revela el aprecio de su autor por la nobleza misma, aprecio que vemos también en su aceptación de la creencia general de que son propias de los nobles las más altas virtudes. Pero tal estima no le hace excusar los pecados de la nobleza. No se olvide que Garcilaso era hijo natural, mestizo, y que vivió buena parte de su vida en condición inferior a la que él creía merecer por su ilustre sangre. Esto, que también influye en su defensa de esclarecidos bastardos como Pizarro y Almagro, es causa también de que al tratar de sus linajudos parientes no olvide recordar algo que dirá en el propio texto de la *Florida*: que "no puede haber nobleza donde no hay virtud"⁴ Por eso afirma que, cuando no se imitan sus hechos, "parece mal preciarnos de los padres y abuelos por ilustres que sean, porque más es vituperio que honra". La honra, como la nobleza, está para el Inca en la virtud. Insiste en la misma *Genealogía* en que sus parientes, "viendo su natural y forzosa obligación", tomen por modelo al famoso Garci Pérez, "para que, imitando estas sus virtudes y obras que tuvo, puedan preciarse dignamente de ser hijos y descendientes de este excelente varón". Otro pasaje hay, el más enérgico de todos, desconocido hasta hoy por estar cuidadosamente tachado en el manuscrito por el mismo Inca. Arrepentido sin duda de la aspereza de su pensamiento, decidió suprimir el párrafo que es como la culminación de las ideas anteriormente transcritas, también de la *Genealogía*. Las tachaduras son minuciosas y llegan a traspasar el papel y hasta a romperlo, pero merced a una reconstrucción paciente nos es posible ofrecer este importantísimo texto. Subrayamos las palabras dudosas: "Los descendientes viles y bajos que por sus abominables bajezas e infames codicias se hacen indignos de esta sucesión y honras semejantes, no teniendo veneración ni respeto a la nobleza de sus padres y abuelos, ni a la limpieza de su sangre, es muy justo borrarles de la sucesión de ellas y dejarles en perfecto olvido, como a infames y nefandos,

⁴Lib. III, cap. 30.

porque con sus deshonras no manchen lo que de suyo más resplandece, como la limpieza y nobleza del linaje".

Consecuente con sus ideas, el Inca decide suprimir los nombres de quienes deslustran su estirpe. Dato revelador, que explica, dentro de la mente del Inca, cómo armonizaba su estima de la nobleza de sangre por sí misma con su creencia en el viejo principio de "sólo la virtud es verdadera nobleza". Por lo demás, recordemos que este "dejar en perpetuo olvido" era práctica muy del agrado de Garcilaso, hasta el punto de que Aurelio Miró Quesada sugiere que puede ser de origen quechua: los incas borraban de su historia a los malos soberanos. La hipótesis se ve confirmada, muy probablemente, en este ignorado pasaje de la *Genealogía*.⁵

No puede existir la honra donde no hay nobleza de sangre; pero no hay esa nobleza, según un principio que Garcilaso sostiene con ardor personal, cuando se carece de virtud. La virtud, el mérito personal, lo pueden todo. Es que el Inca antepone a toda consideración los méritos del individuo. Más adelante veremos que Garcilaso, movido al parecer por ideas renacentistas, tiende a encumbrar lo individual por encima de lo social y colectivo.

Honra-fama-virtud

Según Santo Tomás, "honor es la manifestación de reverencia en reconocimiento de la virtud"; pero hay "otras cosas que están por debajo de la virtud" y "se honran en la medida en que coadyuvan a la obra de la virtud"; así "la nobleza, el poder y las riquezas". Ahora bien, como recibir honra es recibir la reverencia ajena, el honor es cosa que no depende de nosotros, sino de los demás: la honra se pierde cuando perdemos la consideración de nuestro prójimo. De ahí que el español de los siglos de oro identificase la honra con la fama, e hiciese de esta idea la base de su sistema social. Pero muchos de los grandes escritores, influidos por el pensamiento renacentista, discrepaban de este parecer: el honor no puede depender de la opinión del vulgo. Depende tan sólo de la virtud y está por encima de la gloria, de la nobleza y de las riquezas materiales.

La traducción de los *Diálogos de amor*, de León Hebreo, vincula íntimamente al Inca Garcilaso con este pensamiento renacentista. El tema del honor, en los humanistas y filósofos de la época, formaba parte de consideraciones éticas más amplias, como puede verse en un pasaje de León: "así como hay tres

⁵La idea de Miró Quesada ha sido criticada por J. B. Avallé-Arce, en el prólogo a su *Antología vivida de los Comentarios reales*, Madrid, 1964, pp. 18-19; cita allí textos que alegamos en 1953; creemos el asunto más complejo y lo tratamos en "Los silencios del Inca", en *Mundo nuevo*, París, noviembre-diciembre de 1966, núm. 5.

clases de bien, el útil, el deleitable y el honroso, hay tres clases de amor: el amor al deleite, el amor al provecho y el amor a la honra". Los resultados a que llega el humanismo son claros: la honra no debe depender de la opinión del vulgo, sino de la propia virtud. "El propio fin de la pura honestidad —dice el mismo León— no puede consistir en la opinión de los hombres que ponen la honra y gloria en la memoria de las historias que conservan la fama, y menos debe consistir en el fantástico deleite que el glorioso toma de la gloria y el famoso de la fama... Loarse debe la virtud por su honestidad, pero no debe obrarse la virtud por ser loado". Dentro de un sistema ético —pues el honor, según León, corresponde al bien deleitable— se estudia la naturaleza de honra y fama. "El honor es de dos modos: el uno es falso y bastardo, y el otro verdadero y legítimo. El bastardo es el lisonjeador de la potencia; el legítimo el premio de la virtud."⁶

Traductor de estas ideas, es indudable, pues que los fundamentos teóricos de la crítica de Garcilaso al concepto tradicional del honor, provienen —como los de Cervantes, como los de Mateo Alemán— del humanismo renacentista, que el Inca conoció con amplitud: en la línea del pensamiento estoico, Petrarca —Garcilaso también leyó al propio Séneca—; entre los humanistas italianos de su época, Guicciardini y Castiglione; de los españoles, Vives y Mateo Alemán. En cada uno de ellos pudo encontrar un punto de vista acerca de los temas del honor, la fama, la nobleza.

La virtud, el mérito del varón esforzado, ya vimos que son para el Inca criterio decisivo en cuestiones de nobleza y, subsiguientemente, de honor. Del mismo modo que niega que baste la sangre al noble, niega también que sea la fama lo que hace la honra: es la virtud, la honra y la nobleza. Influido por el Pórtico al igual de León, Garcilaso rechaza ese valor de la fama, que no es sino opinión del vulgo. Su desdén por ella queda bien claro cuando dice que "la Fama publicó por todo aquel imperio el castigo severo y riguroso...; juntamente publicaba, con verdad o con mentira (que ambos oficios sabe hacer esta gran reina), que el mariscal hacía información contra otros delincuentes". No está la honra en el acatamiento de los demás, y Garcilaso aprueba tácitamente al sarcástico Carvajal, cuando dice a Gonzalo Pizarro que "ninguno hacía honra a otro por méritos suyos, sino por su necesidad, y que viéndose fuera de ella negaba todos los beneficios recibidos".⁷ Carvajal, experimentado conocedor del corazón humano, mereció la admiración del Inca.

Garcilaso no trató nunca detenidamente temas de honra conyugal; la naturaleza de su obra así lo dispuso y a ello se debe que no abunden más los textos que reprueban esa idea *heterónoma* de la honra, como dependiente

⁶Diálogo I.

⁷*Historia general*, lib. VII, cap. 1.

de la opinión ajena. Vemos, sí, que el Inca propende a situar el honor en altas regiones, y que acepta la fama cuando, de acuerdo con lo aprobado por León Hebreo, es honesta consecuencia de la virtud. Tal ocurre cuando nos habla de su vocación de escritor: "espero en Dios —escribe— que estos trabajos me serán de más honra, y de mejor nombre, que el vínculo que de los bienes de esta señora [Fortuna] pudiera dejar". Confiesa asimismo que una de las causas que lo movieron a escribir los *Comentarios* es "lograr bien el tiempo con honrosa ocupación, y no malograrlo en ociosidad, madre de vicios, madrastra de virtudes, raíz, fuente y origen de mil males, que se evitan con el honesto trabajo del estudio, digno empleo de buenos ingenios, de nobles ánimos".⁸ Las letras, como las armas, eran honrosas, y en las primeras el Inca buscó y alcanzó legítima gloria. También en otro lugar vuelve sobre el tema: Roma, afirma, tuvo hijos "no menos ilustres por las ciencias que excelentes por las armas; los cuales se honraron al trocado unos y otros; éstos, haciendo hazañas en la guerra y en la paz, y aquéllos escribiendo las unas y las otras, para honra de su patria y perpetua memoria de todos ellos, y no sé cuáles de ellos hicieron más, si los de las armas o los de las plumas... También se duda cuál de estas dos partes de varones famosos debe más a la otra".⁹ Miró Quesada ha reparado en el gusto del Inca por el verso de su tío y homónimo Garcilaso "tomando ora la espada, ora la pluma", al que alude repetidas veces. No olvidemos que el Inca en su juventud fue guerrero.

Considerar las letras como fuente de nobleza era común entonces. Ya se sabe que para don Quijote "dos caminos hay... por donde pueden ir los hombres a llegar a ser ricos y honrados: el uno es el de las letras, el otro el de las armas". En el Inca, la honra por las letras no se presenta como un bien apetecido por sí mismo, sino, siempre de acuerdo con León, como consecuencia de la virtud. "Enterradas las pretensiones —nos confiesa— y despedida la esperanza de ellas, me pareció más seguro y de mayor honra y ganancia no salir de mi rincón, donde con el favor divino he gastado el tiempo en lo que después acá se ha escrito", y añade, refiriéndose a la opinión ajena: "aunque no sea de honra ni provecho. Sea Dios loado por todo".¹⁰ Garcilaso juega aquí con dos acepciones del concepto de "honra": la primera la de valor inmanente, la del sujeto mismo, que es la que le importa y mueve su decisión; la segunda, como vimos, ante los demás. En el primer caso es la honra como virtud, en el segundo, como fama, en frases que suponen —sea o no retóricamente— que su obra no gozará del favor del vulgo. Esa "hez del vulgo" cuyas pláticas se niega siempre a recoger en su obra. El pasaje, en fin, guarda relación con otro de León Hebreo: "Bien es verdad que, aunque la honra es premio de la virtud, pero no por esto es debido fin de los actos honestos y

⁸Florida, proemio; *Historia general*, proemio.

⁹*Comentarios reales*, lib. VII, cap. 8.

¹⁰*Historia general*, lib. VIII, cap. 15.

virtuosos: porque el fin de lo honesto consiste en la perfección del ánimo intelectual, la cual con los actos virtuosos se hace verdadera, limpia y clara, y con la sabiduría se adorna de divina pintura”.

Honra—rey

La libertad y audacia de pensamiento que muestra Garcilaso al expresar sus ideas sobre el honor, prescindiendo del valor social que éste tiene, llega a superar, en instantes, a los atrevimientos mayores de su tiempo; así al tratar de la honra como cosa dependiente del rey.

Era el rey el sujeto digno de honra por excelencia. Más aún: su poder de crear nobles lo convertía en “creador de hombres honrados” —según feliz definición de Américo Castro—. Siendo “fuente suprema del honor y el más honorable de los hombres”, el rey es base y cúspide de todo el sistema de la honra hispánica. Sería una contradicción que el noble adoptase una postura de superioridad sobre el rey, y de allí, al menos en parte, el profundo sentido de la fidelidad española por el rey. Menéndez Pidal insiste en que todo interés estaba supeditado al honor, honor que únicamente dependía del rey; por eso no se vengan las ofensas que haga el rey a sus vasallos. Y añade Menéndez Pidal que “la venganza del honor es la defensa del bien social que hay que anteponer a la vida propia o de los seres queridos; sólo cede ante el respeto al rey, o sea ante el *bien común de la patria*”. Las protestas por los actos del rey lesivos al honor ajeno, como las conocidas frases de Pedro Crespo en el *Alcalde de Zalamea*, no son, a juicio de Castro, sino discusiones sobre la potestad regia que no pasan del terreno verbal. Obsérvese, además, que se trata de casos de injusto agravio, y que jurídicamente son protestas legítimas, al menos en cierto sentido. Pero en el Inca se encuentra un texto en que, juzgada la cuestión en abstracto, trascendiendo el campo jurídico, se llega a sostener que aun cuando un acto sea en deservicio del rey —esto es, en contra del “bien común de la patria”—, seguirá siendo valioso y loable por su propia e inmanente naturaleza, implica virtudes y esfuerzo en grado sumo: loable aun por encima del rey. Atreverse a esto es colocar lo valioso del honor en una instancia más absoluta, prescindiendo de los más respetados preceptos sociales del estado monárquico español. Sólo se explica que la censura pasase por alto tales peligrosas ideas si se advierte que el censor de la obra, el jesuita Francisco Castro, fue íntimo amigo de Garcilaso. Escribe éste:

Yo me satisfago con haber dicho verdad, tomen lo que quisieren, que, si no me creyeren, yo paso por ello dando por verdadero lo que dijeron de mi padre para honrarme y preciarme de ello, con decir que soy

hijo de un hombre tan esforzado y animoso... que se apease de su caballo y lo diese a su amigo [Gonzalo Pizarro], y lo ayudase a subir en él; y que juntamente le diese la victoria de una batalla tan importante como aquella, que pocas hazañas ha habido en el mundo semejantes. Este blasón y trofeo tomaré para mí, por ser la honra y fama cosa tan deseada y apetecida de los hombres, que muchas veces se precian de lo que les imputan por infamia; *que no faltará quien diga que fue contra el servicio del rey, a lo cual diré yo que un hecho tal, en cualquiera parte que se haga, por sí solo, sin favor ajeno, merece honra y fama.* [Historia general del Perú, lib. V, cap. XXIII]

Las ideas brotan en momentos de exaltación, en defensa de la honra de su padre, unidas a recuerdos dolorosos, que tanta importancia tuvieron en su vida: por creerse que el capitán Garcilaso salvó la vida de Gonzalo Pizarro en la batalla de Huarina, y que le dio así victoria contra el rey, el Consejo de Indias denegó ciertas mercedes que el Inca solicitaba para él y para su familia. Mas no porque su tono sea exaltado puede creerse que se trata de ideas ocasionales. El texto es tan valioso que merece análisis detenido.

Cierto es que el Inca llega a decir que los grandes hechos, aun cuando fuesen contra el rey, merecen todo honor; pero lo dice luego de dar por hipotética verdad algo que él cree que es falso: que en efecto su padre le hubiera salvado la vida a Gonzalo al principiar la batalla. En el ejemplar de Gómara que poseyó el Inca, conservado hasta hoy, pueden verse espontáneas anotaciones, escritas de su puño y letra, en las que desmiente esa versión de la batalla de Huarina. No hay duda, pues, de que Garcilaso era sincero al desmentir a Gómara — y con él al Palentino — en las páginas de su *Historia general del Perú*. ¿Podrán, pues, tomarse en serio, esas ideas sobre la honra ganada contra el rey?

Por otra parte, vemos que esas frases son parte de una paradoja. Toma lo que es baldón, a mucha honra; insiste, sarcástico, en que tanto gustan los hombres de la honra, “que muchas veces se precian de lo que les imputan por infamia”; y luego, ya en franca paradoja, prueba que este preciarse de infamias puede sostenerse con muy serias razones. ¿No es todo una paradoja, sin más importancia que su amargura?

Parece difícil, sin embargo, que no sea más que eso. La intención del Inca, declarada por él mismo, es demostrar que su padre, aun cuando hubiese salvado la vida de Gonzalo, era digno de respeto por el gran esfuerzo que esta acción requeriría. Usa para ello de paradojas, pero en toda paradoja hay siempre un elemento de verdad. Aquí lo paradójico es el planteamiento del asunto; la solución, con toda su fuerza probatoria, es lo verdadero: un hecho tal que por sí solo merece honra y fama.

Lo que en realidad ocurre es que la ocasión ha hecho aquí al ladrón. Esas ideas, atrevimiento mayúsculo, son parte que concuerda con todo el pensamiento del Inca, desperdigado a través de su obra. Ha bastado un momento de intensidad efectiva como éste, para que el Inca, sólo por un instante, nos revele lo que piensa y calla. El momento emocional provoca la expresión de su pensamiento; pero a la vez que lo disimula en paradojas no carentes de dramatismo, lo presenta como puras explosiones de hombre indignado y herido. Hay más, sin embargo; porque esas ideas, repetimos, se relacionan con otras muchas, unas acerca del honor que ya hemos visto, otras sobre el concepto jurídico y social del rey, que aparecen repetidamente en sus escritos. Y por si ello no bastase, advertimos que en otro lugar, casi sin duda, vemos huella de las mismas audaces ideas.

Vencido el rebelde al rey Francisco Hernández Girón, lo desamparan sus soldados y cae preso. Pero hay dos que unen su suerte al rebelde: su cuñado y Gómez Suárez de Figueroa, tío del Inca. No tiene reparo en mencionarlo; antes bien, el Inca presenta los hechos de modo que la lealtad de su tío a Girón sea lo que impresione: "lo cual visto por los de Francisco Hernández, se pasaron todos, que no quedaron con él sino dos solos: el uno fue su cuñado fulano de Almaraz, y el otro un caballero extremeño llamado Gómez Suárez de Figueroa". De su parentesco con éste nos habla en otro lugar:

Gonzalo Pizarro, cuando supo que se había ido Garcilaso, le pesó mucho, pero mostró no sentirlo por no desmayar los suyos. Y topándose con un primo hermano de mi padre que se decía Gómez Suárez de Figueroa, le dijo: Garcilaso se ha ido, ¿pareceos que queda bien librado si vencemos?¹¹

Ni siquiera le era necesario al Inca confesar explícitamente su parentesco: Gómez Suárez de Figueroa se llamó él mismo por verdadero nombre, que usó hasta llegado a edad adulta, y que en Córdoba sabían que era el suyo cuando escribía esa historia: en muchos protocolos notariales hechos en esa ciudad, incluso en su testamento, aparece como "García Laso de la Vega, que otro nombre me solía llamar Gómez Suárez de Figueroa". Suárez o Juárez, apellido de la casa del conquistador Garcilaso, era también el que llevaba su manceba, la madre del Inca, Chimpu Ocllo por nombre indígena e Isabel Suárez por nombre cristiano. Y en fin, el elusivo "un caballero extremeño", refiriéndose a su tío, es también un elogio de la calidad de la persona, elogio que hace de quien fue traidor al rey. Ahora bien: que no excusase mencionarlo, a pesar de que fue rebelde tan empeinado que ni por salvar su vida volvió al bando real, señala claramente que el Inca presenta este acto como digno de aprecio. En todas las rebeliones que narra muestra especial repugnancia por la deslealtad,

¹¹*Historia general*, lib. VII, cap. 29; lib. V, cap. 35.

por aquel continuo pasarse de un bando a otro al grito de ¡viva quien vence! Nombrar elogiosamente a su tío como uno de los dos que fueron fieles a Girón hasta el fin —el otro, subraya, cuñado del capitán rebelde—, no puede mirarse más que como franco elogio, cuya fuente es la misma del texto anterior: “un hecho tal que en cualquiera parte que se haga, por sí solo, sin favor ajeno, merece honra y fama”.

No se trata, pues, de cosas sin importancia; no son cosas de pura exaltación, ni meras paradojas. Es actitud acorde con la que él mismo tiene cuando juzga a otros heroicos rebeldes. Por otra parte, hay serias razones para pensar que su concepto del rey ha largamente madurado. En la *Florida*, escrita varios años antes que la *Historia general*, trata severamente a los reyes tiranos. Al señalar estos juicios, José de la Riva-Agüero los presenta como censuras a la política de Felipe II en la revuelta de Aragón, a raíz de la fuga de Antonio Pérez. Habla el Inca de los soberanos que, violando “las leyes y fueros de sus reinos, y sin respetar su propio ser y grado... y con menosprecio de la fe jurada y prometida (cosa indigna de tales nombres), sólo por vengarse de sus enojos, entregaron los que no les habían ofendido por haber los ofensores, dando inocentes por culpados: como lo testifican las historias antiguas y modernas, las cuales dejaremos por no ofender oídos poderosos y lastimar los piadosos”. Y luego, refiriéndose al cacique Hirrihigua, cuya generosidad dio pie al comentario: “baste representar la magnanimidad de un infiel para que los príncipes fieles se esfuercen a le imitar, y sobrepujar si pudieren; no en la infidelidad, como lo hacen algunos indignos de tal nombre, sino en la virtud y grandezas semejantes, a que por la mayor alteza de estado que tienen están más obligados”. Es significativa la interpretación de este pasaje que trae la *Tabla de cosas notables* de la edición de 1723, hecha seguramente por el historiador Andrés González de Barcia (Gabriel Daza de Cárdenas por seudónimo): “Fe y seguro quebrantado daña la honra”.

Riva-Agüero señala además otras censuras a Felipe II, en las que Garcilaso parece referirse al rigor que se usó para reprimir la insurrección de Flandes:

Para que los príncipes, reyes y monarcas adviertan... y se recaten de no permitir que se hagan leyes tan rigurosas, ni elijan jueces tan severos que obliguen y fuercen a sus vasallos y súbditos a que les pierdan el respeto, y nieguen la obediencia que les deben, y a que busquen y pretendan otros príncipes que les manden y gobiernen. [Y acentuando su justificación de las sublevaciones, prosigue:] Pues por las historias divinas y humanas, antiguas y modernas, tenemos larga experiencia que ningún reino se rebeló contra su rey por buen tratamiento que le hiciese, sino por su aspereza, crueldad y tiranía, y demasía de pechos y tributos.¹²

¹²*Florida*, lib. II, p. 1^a, cap. 5; *Historia general*, lib. III, cap. 20.

Carlos Daniel Valcárcel cree ver animadversión contra Felipe II en las dedicatorias de la *Florida* y los *Comentarios* al duque y a la duquesa de Braganza, Catalina, que en cierta famosa ocasión rechazó la mano de Felipe.

Hubiese o no alusiones directas a éste —que lo cierto parece sí las hubo—, el hecho es que Garcilaso se permite juzgar con mucha acritud ciertas acciones de los reyes, poniendo sobre ellos, sobre su valor jurídico y social, los valores morales. Es que Garcilaso se define aquí, manifiestamente, acerca de un importantísimo problema, muy debatido durante el Renacimiento, la doctrina de la *razón de estado*.

Sabido es que, según Maquiavelo, Guicciardini y otros teóricos de la política, el rey, representante del bien común del estado, tiene un poder absoluto que le permite pasar por encima de los derechos individuales. Inclusive, según Maquiavelo, puede faltar a sus compromisos cuando lo que pretende es el beneficio de la nación. Dentro de la polémica que esta doctrina despierta en toda Europa, se elevan en España las voces de dos ilustres historiadores: el padre Ribadeneyra y el padre Mariana; el uno, en su *Tratado del príncipe cristiano*, el otro en *Derecho et regis institutione*. Ambos contradicen a Maquiavelo partiendo del principio de que los derechos de la persona son inalienables, del principio de la dignidad del hombre. Idea que, a más de ser de vieja tradición, es también evidentemente renacentista, tanto como la doctrina de la razón de estado, pues es parte del espíritu individualista propio de la época. y el Inca, precisamente, participa de ese individualismo en grado extremo. Lo dice el mismo espíritu del pasaje ya mencionado: un hecho heroico del individuo es meritorio aun cuando sea contra la sociedad.

El Inca parece conocer muy bien los problemas de la razón de estado. No sabemos si leyó a Maquiavelo. Leyó, sí, a Guicciardini, y lo cita en sus escritos; tampoco si conoció directamente las obras de Mariana y Ribadeneyra, con cuyas ideas coincide en muchos puntos. Al menos, por su amistad con los jesuitas, es de suponer que tuviese noticias de las doctrinas de esos dos célebres historiadores, que conmovieron a España por aquellos tiempos. Es posible también que tales coincidencias se deban a una fuente común; ella podría ser la obra. *De regis institutione et disciplina*, de Jerónimo Osorio da Fonseca, que el Inca parece que poseyó y circulaba mucho por entonces.

Hay otro pasaje en que el Inca censura abiertamente la razón de estado. Al referir una desleal astucia de Valdivia, conquistador a quien Garcilaso siempre alaba calurosamente, dice que fue una "hazaña semejante a otras que hoy se usan en el mundo, a que los ministros del demonio dan color con la nueva enseñanza que han inventado, llamada razón de estado".¹³

¹³*Historia general*, lib. V, cap. 29.

Vemos, pues, que si el Inca considera que las proezas realizadas en rebeldía contra el rey son dignas de honra, es porque considera, por encima de todo, el valor de la persona humana individual. Es por esto, también, por lo que censura enérgicamente la doctrina de Maquiavelo. El Inca, coincidiendo con Mariana, niega, aunque tácitamente, el origen divino del rey. Con todo, pese a conocerse la audaz ideología de la época, sorprende el valor con que se permite justificar el heroísmo contra el rey. En la sociedad monárquica de entonces, no lo olvidemos, el rey era la sociedad misma. Llega así el Inca a algo a que nadie había llegado hasta entonces, y aun mucho después. Gran revuelo provocó Mariana al considerar lícito el homicidio de tiranos; pues bien: es un homicidio que se comete en nombre del bien común. Pero el Inca alaba algo contrario al bien común. Sólo un hombre solitario, alejado del mundo y desengañado de él, pudo pensar en cosas semejantes.

El rey en Indias

Cuando en la historia de España nos hallamos con un hecho insólito, y ese hecho proviene de un indiano, aunque el indiano sea del siglo XVI, nada más lógico que volver a América con la pregunta. Y en efecto, dos cosas hay en la vida del Inca que pudieron alimentar conclusiones tan atrevidas. Una, de la época de su llegada a España; la otra, al parecer decisiva, el clima espiritual que respiró en América, dentro del cual creció y en el cual aprendió a pensar. primero, su desengaño en la corte al pedir mercedes por los servicios de su padre; el Inca cree que el rechazo sufrido fue injusto, y lo doloroso de la impresión que le produjo se echa de ver en repetidas alusiones a través de toda su obra; los ataques a Felipe II arriba mencionados pueden servir de ejemplo.¹⁴ Segundo: la rebelión de Gonzalo Pizarro, la más importante tentativa de la época hecha por una comunidad de españoles para independizarse de la corona. Vemos ahora, nuevamente, la influencia de América en los conceptos sociales del Inca. Porras Barrenechea subraya que el Inca es el único cronista que no sólo disculpa a Gonzalo Pizarro, sino que tiene la audacia de elogiarlo; asimismo demuestra simpatía por otros grandes rebeldes contra el rey, como los Contreras, sublevados de Tierra Firme, y en particular por el *demonio de los Andes*, Carvajal, a quien llama "bravo soldado y gran capitán".¹⁵

El proceso de la sublevación de Gonzalo Pizarro muestra cómo fue apareciendo, paulatinamente, la idea de una rebeldía absoluta: Gonzalo se presenta como libertador de las tiranías de Núñez Vela, el primer virrey.

¹⁴Cf. *infra*, nota 12.

¹⁵Para los Contreras, *Comentarios*, lib. IX, cap. 29; sobre Carvajal ver particularmente. *Historia general*, lib. IV, caps. 26 y 40; lib. V, caps. 22 y 39; sobre Gonzalo, *ibid.*, lib. V, cap. 43.

Conforme aumenta su poder surgen las primeras insinuaciones, de parte de Carvajal y el oidor Cepeda. Ambos se deciden a negar la legitimidad de la soberanía del monarca español. Pero el propio Gonzalo nunca se atrevió a tanto, porque el llegar a la absoluta deslealtad al rey era amargo y difícil para un soldado. Era un proceso como el de las herejías, con retrocesos y avances. Era época de confusión y alboroto, en que ningún hombre encontraba base segura para mantenerse, sin peligro de vida, en una línea de conducta fija. Todas las ideas éticas y sociales estaban sujetas, por necesidad, a permanente inestabilidad. Carvajal, como los pícaros de que habla Américo Castro, significa en su propia vida una terrible y sarcástica revisión de la moral y costumbres de su tiempo. Este fue el mundo de la niñez de Garcilaso, y la deslumbrante figura del cruel Carvajal lo seduce tanto, que no puede menos de ser imparcial con él —imparcial admirador— y asumir la defensa de sus actos, pese a que fue mortal enemigo de su padre. Actitud muy diferente a la del cronista Gutiérrez de Santa Clara, con Garcilaso, el que más datos trae sobre Carvajal.

Que la rebelión de Gonzalo contra el rey encontró eco propicio en América, nos lo dicen en primer lugar las conexiones que tuvo en el Paraguay, de que trata Ulrico Schmidl; luego, otras dos insurrecciones, si bien de menor importancia: la de los Contreras en Nicaragua y la conjuración de Martín Cortés en México. Esta última, ahogada antes de nacer, parece haber tenido importancia doctrinal, pues, según cuenta Suárez de Peralta, contó con el apoyo de teólogos. Pero a los viejos soldados no dejó de repugnarles el desacato de Gonzalo; era hecho inusitado, que no todos miraban por igual. Por eso Bernal Díaz antepuso México a la Nueva Castilla, “porque bien sabemos que en las cosas acaecidas del Pirú siempre los capitanes y gobernadores y soldados han tenido guerras civiles, y todo revuelto en sangre y en muertes de muchos soldados; y en esta Nueva España tenemos, y tenemos para siempre jamás, el pecho por tierra, como obligados a nuestro rey y señor”. Olvidaba quizás Bernal la reciente conjura del marqués del Valle, a que él mismo se refiere en otro lugar.

Este intento peruano de emancipación constituyó, pues, una importante experiencia. La lealtad al rey venció, la vida social pudo restablecerse lentamente; pero el recuerdo de que la soberanía del monarca español en América pasó, de hecho, a materia de disputa, estuvo vivo por muchos años. De allí el cuidado que tuvieron los virreyes Hurtado de Mendoza y Toledo por reducir a los últimos incas, Sairi Túpac y Túpac Amaru, refugiados en las montañas de Vilcabamba; de allí también su recelo contra soldados y conquistadores. De allí, sin duda, las altivas ideas del Inca en materia de realeza.

Observaciones finales

Las lecturas humanísticas del Inca no bastan para explicar, por sí solas, la libertad de juicio de este recién llegado a Europa. Aun cuando es indudable que Garcilaso se apoya en ellas —hasta el punto de que parecería imposible que, sin

esta base previa, hubiese llegado a conclusiones como la de separar el honor del rey—, el tono afectivo con que las expresa muestra que su pensamiento está relacionado con su propia vida, personal y de americano. Su defensa de Almagro y Pizarro, tachados por su bastardía, llega a encenderse hasta usar violentamente de la paradoja cuando replica: “no se sabe de qué linaje, mas sus obras tan hazañosas y generosas dicen que fue nobilísimo”.¹⁶ Es, no cabe dudarlo, la defensa de la nueva nobleza americana hecha por un americano que supo cómo se ganó esa nobleza, y que por sí mismo sabía, de un modo u otro, qué significaba la sangre de quien para los incas era inca, y para los españoles un bastardo. Si Garcilaso se permite criticar abiertamente al rey es porque se llevó del Nuevo Mundo el recuerdo de un país de infortunios, sacudido incesantemente por luchas intestinas. Por eso dirá que “tenemos larga experiencia que ningún reino se rebeló contra su rey por buen tratamiento que le hiciese”; por eso querrá ser indulgente con Pizarro y Carvajal. Y el indulgente con estos rebeldes será el mismo que defiende el valor de los grandes hechos, por encima de la lealtad a la corona.

Surgen sus ideas con vivacidad y calor de polémica, pero articulándose armónicamente. Aparecerán desperdigadas por todo el curso de su historia, y un tanto al desgaire, pero cargadas de intención y llevando en sí el sabor de la entraña humana de que nacieron. Además, puede verse, poseen un vigor lógico innegable; de ningún modo hay esa ingenuidad y falta de sentido crítico que algunos creen ver, todavía, en la obra del Inca.

Y estas ideas, en que tanto insiste Garcilaso, no aparecen aisladas en sus escritos. El tema honra-rey está ligado a censuras a la razón de estado; el atribuir la honra a la virtud y no a la fama, el considerar que no basta la sangre para que haya nobleza, se incluyen en la reflexión de cuestiones éticas más amplias: vanidad de los bienes del mundo, felicidad en el cumplimiento de su propia vocación (de nuevo aquí reminiscencias de León Hebreo: “los bienes exteriores deben depender del destino, la felicidad debe depender del hombre”). Y el tono de alguno de esos pasajes, por ejemplo aquel en que con cierta amargura pone su honra en su oficio de escritor, es el mismo del desengaño del mundo que en Garcilaso, al igual que en las grandes figuras del XVII español, es raíz que nutre importantes ideas y que engendra un motivo continuamente repetido, el de “cómo paga el mundo”. Tal abundancia de preocupaciones, centradas claramente en un punto, en lo ético, y desarrolladas con audacia y vigor, nos revela un Inca Garcilaso cuya riqueza espiritual no se queda en los hechos que narra, sino que les infunde un hondo sentido teórico y poético, poético en cuanto la poesía es, como la historia, contemplación del destino humano. Riva-Agüero, el crítico que reivindicó la veracidad de las afirmaciones históricas del Inca, habla de la “evidente ingenuidad” de un escritor que, sin embargo, él mismo llama “prudente y

¹⁶*Historia general*, lib. I, cap. 1.

reservado”, de un escritor que trata su materia “con una discreción infalible y un buen gusto nativo”; y añade que, en Garcilaso, la materia poética se halla dispuesta de acuerdo con una “inspiración de suavidad continua, que arregla los contrastes, previene los descensos, agrupa y distribuye reflexivamente las citas”. Este cuidado del Inca por quitar los andamios una vez hecha la obra, ha ocultado la íntima conexión de muchas lúcidas ideas, nada ingenuas por cierto, que, aunque parecen unidas al hecho ocasional que relata, obedecen a una orientación ética definida. Y a un afán de vislumbrar las más hondas leyes de la conducta humana, que sitúa al Inca Garcilaso en la estirpe de los grandes historiadores.

[México, 1947; incluido en la tesis doctoral “La idea de la honra en el Inca Garcilaso”, Lima, 1949; aparecido en *Cuadernos Americanos*, México, núm.LX, noviembre-diciembre de 1951.]



biblioteca
nacional
del Perú

VI. El duelo, motivo cómico

ERA EL Inca Garcilaso hombre de sólida formación humanística. Por eso, aunque su obra original esté en libros de historia, siempre se advertirá en él una honda preocupación por los más diversos temas: éticos, religiosos, políticos y hasta puramente científicos. Garcilaso sigue en todo la tradición clásica de hacer de la historia una obra que reúna con la verdad de los hechos, bellezas literarias y un espíritu grave y moralizador. En pocas cosas puede verse tan definidamente el carácter humanístico de la obra del Inca como en su interés por aclarar el sentido de los vocablos quechuas, fuente de innumerables confusiones en los historiadores castellanos. Describe la pronunciación de cada vocablo como un fonetista experto y en todo momento se los muestra como seguro conocedor de la gramática, quechua o española. Hoy que conocemos la amistad que tuvo con un filólogo tan insigne como Bernardo de Aldrete, podemos estar ciertos de que su cuidado por tales asuntos lingüísticos no era para él cosa de poca monta.¹ Bien sabido es que uno de los intereses centrales del humanismo —con Erasmo a la cabeza— fue la perfección en el conocimiento de los textos y en la fidelidad de las traducciones. La versión castellana de los *Dialoghi d'Amore*, de León Hebreo, hecha con rara maestría por el Inca Garcilaso, es buen ejemplo de ello: el inca no sólo es fiel traductor, sino que, sin despegarse de la letra, llega a mejorar el estilo original. Otra muestra del mismo celo por la recta interpretación de los idiomas es, indudablemente, esta preocupación por evitar los muchos equívocos que origina el quechua entre los españoles.

Se dirá que tal celo no es peculiar del Inca, sino propio de todos los cronistas postoledanos: Blas Valera, Morúa, etcétera. Cierto es, pero obsérvese que todos ellos, frailes, gentes que hablaban latín y leían a los clásicos (sobre todo Valera,

¹ Cf. José Durand, "La biblioteca del Inca", en *Nueva Revista de Filología Hispánica*, México, julio-septiembre de 1948, vol. II, núm. 3, pp. 239-264; Aurelio Miró Quesada S., "Un amigo del Inca Garcilaso", en *Mar del Sur*, Lima, año I, núm. 2, pp. 20-26. Entre las lecturas del Inca, figuran un comentario a Nebrija, los diccionarios de Nebrija y Cristóbal de las Casas, una gramática griega, las *Elegancias de las lenguas toscana y latina*, de Aldo Manuzio "el joven", los *Ragionamenti* de Aretino y varios libros de retórica: la clásica obra de Aristóteles la de su amigo el jesuita Francisco de Castro, y *De arte dicendi*, seguramente de Vives.

que entre éstos es el único a quien leyó Garcilaso) eran hombres que, de un modo u otro, también pertenecían al movimiento humanístico. No en balde toma en cuenta Garcilaso la importancia de esta corriente, trasplantada a la historia de Nueva Castilla. Como humanista que era, mejor formado que cualquier otro cronista peruano de su tiempo, sabía muy bien hasta qué punto era válido un argumento histórico fundado en la nueva y recta interpretación de un vocablo. Podrá a veces abusar en sus alegatos lingüísticos, pero eso no empece a que esta actitud sea la propia de un humanista: el humanismo entero cayó en errores semejantes por llegar a puras argucias en sus interpretaciones filológicas.

Dentro de la obra histórica de Garcilaso, las continuas digresiones sobre temas humanísticos generales, bien pueden parecer a primera vista cosa puramente ocasional. Pero basta seguir una de estas ideas, cualquiera, a través de toda su obra, para advertir la solidez de sus puntos de vista, su inmejorable conocimiento de los temas que trata y también, muchas veces, su gran originalidad. Garcilaso era hombre de profunda vida interior, había madurado largamente sus ideas sobre los hombres y el mundo. Buscó en los escritores del Renacimiento la mejor información posible. Fueron sus lecturas obras de León Hebreo, Marsilio Ficino, Castiglione, el cardenal Bembo, Piccolomini, Guicciardini, Jean Bodin, Ludovico Dolce, Girolamo Muzio, Nicolao Franco, Paolo Manuzio, Stefano Guazzo, el comendador Aníbal Caro, Nebrija, Vives, Aldrete, el portugués Jerónimo Osorio da Fonseca, el padre Vitoria y su discípulo Domingo de Soto, Huarte de San Juan, Mariana, Ribadeneyra y muchos otros.² Dentro de su condición de historiador, procuró formarse en las más claras tradiciones, como que conoció largamente a los historiadores clásicos de la antigüedad.

No cabe, pues, la ligereza de olvidar las ideas del Inca, dándolas por cosa pasajera, ocasional. Por el contrario, siempre se apoyan en un sustrato de conceptos largamente madurados. Véanse, por ejemplo, los dos textos sobre la conducta de los príncipes que recoge Riva-Agüero en su *Elogio*,³ comentándolos en parte. Reprueba en ellos Garcilaso la deslealtad de los reyes y su excesivo rigor al reprimir sublevaciones. Pues bien: ambos pasajes se hallan impregnados, matiz por matiz, del espíritu de una importantísima corriente ideológica española: la de los opositores a la *razón de estado*, que adquiere su máxima importancia a fines del XVI. Entre ellos figuran los jesuitas Ribadeneyra y Mariana, a quienes el Inca parece utilizar como fuente de ambos textos.

Es significativo que, deteniéndose el Inca muy pocas veces a narrar un duelo, éste sea siempre un hecho risible o digno de burla. El mismo Garcilaso parece

² Cf. mi artículo citado *La biblioteca del Inca*.

³ Cf. *Florida*, lib. II, parte I, cap. IV; *Comentarios*, parte II, libro III, cap. XIX.

indicarlo: "Otros muchos desafios hubo en aquella tierra..., que yo conocí algunos dellos cuyas pendencias pudiéramos contar. Pero baste por todas ellas la que se ha referido".⁴ Ahora bien, el desafío escogido en esta ocasión, dándolo como ejemplo, es graciosamente pintoresco: los padrinos se agravian al discutir sobre el lance, de donde surge nueva pendencia entre los padrinos, y termina el paso en verdadera batalla, pues éstos combaten con más denuedo aún que los mismos desafiados. Al relatar este suceso cuida el Inca de mostrar al lector, a guisa de ejemplo provechoso, sus tristes resultados: "Lo diremos más largo como ello pasó, porque conocí a uno de ellos, que lo vi en Madrid año de mil quinientos y sesenta y tres, con las señales y buenas ganancias que sacó del desafío, que fué escapar manco de ambos brazos, que apenas podía comer con sus manos". Se refiere al conquistador Pedro Núñez.

Es muy notoria la burla que hace Garcilaso de estos puntillos de honra:

Entre los muchos desafios que entonces hubo, passaron algunos dignos de memoria que pudiéramos contar, que unos fueron en calcas y camisas, otros en cueros de la cinta arriba, otros con calzones y camisa de tafetán carmesí, por que la sangre que saliese de las heridas no los desmayasse. Otras invenciones sacaron muy ridiculas. En fin, cada desafiado sacava la invención y armas que mejor le parecían. Reñían con padrinos, que cada uno llevaba el suyo. Salíanse a matar al campo por que en los poblados no los estorvassen.⁵

El único desafío por cuestiones de honor conyugal que narra, tampoco pasa de ser una pintoresca anécdota. Los soldados de Charcas deseaban una nueva revuelta en el Perú y la buscaban por todos los medios. Uno de ellos fue provocar pendencia entre el corregidor, Pablo de Meneses, y un rico vecino, Martín de Robles, para lo que hicieron correr voces de que el corregidor adulteraba con la mujer de Robles. Llegado el día del desafío ya se había "intimidado el delito muy mucho, assí por los soldados que acudieron al un vando como por los que acudieron al otro". ¿Cuál fue el resultado? Que quedaron "los soldados del un vando y el otro muy burlados y agraviados", porque "Pablo de Meneses, dando satisfacción de que era testimonio falso el que le havían levantado, dixo que, para que se viesse la mentira clara y notoria, él casaría con una hija de Martín de Robles, niña de siete años, que aún no los había cumplido, y él passava de los setenta". Y no sólo acabó en boda el desafío, sino que al poco tiempo murió Meneses y heredó la niña su cuantiosa fortuna.⁶

⁴ *Comentarios*, ed. de Angel Rosenblat, Buenos Aires, 1943-1944, vol. V, pp. 63 y ss.

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Ibid.*, vol. V, p. 65.

Otro duelo cuenta el Inca en que también queda todo en excusas y satisfacciones. Cuando la rebelión de Gonzalo Pizarro, supo Rodrigo de Salazar el *Corcobado* que Pedro de Puelles iba a alzar bandera por el rey. Quiso ganarle la honra y provecho de aquella hazaña y envió a varios amigos suyos para darle muerte. Tuvo éxito el *Corcobado* en sus planes y el presidente — Gasca elogió su fidelidad al monarca, prometiéndole además las deseadas gratificaciones. Pero un amigo de Puelles, Diego de Urbina, sabía la verdad del hecho, como que él mismo fue quien, confiando en Salazar, le dio a éste noticias de la conjuración. Urbina desafía entonces al *Corcobado* a singular batalla. Salazar se excusa diciendo que era verdad lo que decía Urbina de Puelles, que se iba a levantar a favor del rey, "pero que con todo eso se había anticipado a matarle por sospecha que tuvo que pues Pedro de Puelles dilatava el hecho, que podría arrepentirse entretanto que llegava el día señalado". Tan deleznales excusas se aceptaron, y la lealtad de Urbina a Puelles quedó en bien poco: "con lo cual y con que el Presidente lo aprobó, quedaron satisfechos Diego de Urbina y otros soldados principales que eran de su vando... Otros dixeron que se habían satisfecho con muy flacas razones para desafio de batalla singular, y que a muertos y a idos hay muy pocos amigos."⁷

El Inca usa del duelo sólo como tema cómico, y nunca le da importancia bastante para que merezca un análisis detenido. Y aun le dedica comentarios francamente despectivos: "otras invenciones sacaron muy ridiculas".

Nunca analiza un duelo Garcilaso, ciertamente; nunca nos dice su opinión positiva al respecto. Cuando mucho, se limita a mostrar sus lastimeros resultados. Pues bien, aun en este caso en que ni siquiera existen las ideas sino tan sólo la actitud, ésta se basa en doctrinas que conoció detalladamente: vemos figurar en el inventario de su biblioteca dos volúmenes titulados *El duelo*. En uno de ambos casos se trata, sin duda, de la célebre obra *Il duello*, de Girolamo Muzio; de ella hubo traducción española, por Alfonso de Ulloa (Venecia, 1582). Muzio reprueba enérgicamente la terrible práctica de los desafíos. Hubo toda una serie de escritos condenatorios, de los que anotamos, entre los españoles, el *Tractatus de duello*; *Remedio de desafíos*, de Jacobo Castillo, y *Contra la pestilencia de los duelos*, de Pedro de Tolosa.⁸ Uno de éstos puede ser, creemos, el otro *El duelo* que también figura en el inventario.⁹

⁷ *Ibid.*, vol. IV, pp. 171 y ss.

⁸ Cf. Benedetto Croce, *España en la vida italiana del Renacimiento*, Buenos Aires, 1945, pp. 189 y 242.

⁹ Por cierto que no es Garcilaso el único americano de su tiempo que censura los desafíos. En esto, como también en la gloria de ser los dos más grandes clásicos de nuestra literatura hispanoamericana, lo acompaña el mexicano Ruiz de Alarcón. Ya lo advirtió el maestro Henríquez Ureña: "Alarcón llega a pronunciarse contra el duelo, y sobre todo contra el deseo de matar".

Importa advertir, en fin, que es peculiar en Garcilaso resolver por la vía irónica temas que ha madurado con la mayor seriedad. Así muchas veces, no halla mejor paliativo para las atrocidades de los heroicos, pero terribles conquistadores, que presentarlas desde el punto de vista pintoresco. La sensibilidad del Inca para captar el colorido de un suceso no tuvo límites. De allí que, condenando los duelos en lo íntimo de su espíritu, quiera, de una sola vez, reprobarnos mediante el ridículo y sacar partido de ellos en sabrosos relatos no menos cómicos que verídicos. [México, diciembre de 1947. Lima, enero de 1949. Publicado en Mar del Sur, Lima, núm. 4, 1949, p.p. 30-33.]



biblioteca
nacional
del Perú

VII. Un rasgo humanístico del Inca Garcilaso

LO MISMO al ocuparse de labranza que de construcciones arquitectónicas, tanto al discernir vocablos como al hablar de música o detenerse en cuestiones morales: siempre un trasfondo humanístico deja su impronta en las páginas de ese noble mestizo que, allá en su vejez, escribía las cosas de su tierra. Lo grande y lo menudo revelan por igual el espíritu de Garcilaso. En ello hay delicia y también un sentido profundo, que escapará al lector actual, pero que entonces debió contribuir firmemente a la fama del autor.

Recordemos algunos puntos. El Inca quería componer historias elevadas, capaces de salvar del olvido los grandes hechos, proponiéndolos a la admiración del universo. Esa tarea histórica requería virtudes literarias y de hecho se convirtió en literatura. Pero no en literatura de intención meramente estética o recreativa, pues belleza y amenidad son aquí sólo aspectos de una gran visión del mundo. El Inca será menos objetivo y más arbitrario que algunas crónicas, como suele ocurrir con toda obra de tesis, la cual difícilmente puede limitarse a *crónica*. Aquí interesará la concepción que un autor genial tuvo de la historia que narra, no obstante ser historia en parte idealizada y en parte deformada por una intención polémica.

Muchas veces la intención se halla oculta. El mestizo ladino, para quien sepa leerlo, no sólo discute con otros autores cuando lo declara abiertamente. Hay otra disputa que se mantiene, por ejemplo, cuando presenta a los indios como nobles intachables, esos mismos indios a quienes Oviedo y Gómara acusaban de *no tener honra*. Los alegatos en favor de la nobleza india americana van desde la portada de su primer libro en 1590 hasta el capítulo final del último, que dio a la imprenta al tiempo de morir.

Este hombre amante de las confidencias era también indio que, muy a la manera de su raza, sabe a cada paso callar y eludir. Comprender tales sutilezas resulta a menudo tarea complicada. La afirmación tajante de que esas obras contienen historia pura o pura novela resulta falsa e ingenua. Para el Inca la historia es algo tan peculiar que al cabo se convierte en su historia propia, como hijo de palla inca y de conquistador español. No tendremos aquí la actitud autobiográfica del héroe que escribe, como César o Cortés, sino el relato de tiempos idos y perdidos, como lo eran ya entonces los mundos de incas y conquistadores. La autobiografía adquiere otro sentido, más difuso y amplio,

pero igualmente íntimo. Literatura, historia, humanismo resultan así como partes de un todo. El cual, como entraña viva, no puede dividirse ni cortarse sino a costa de su muerte.

Si nos resignamos a perder al historiador, lleno de admirables atisbos que trascienden sus propias noticias; si dejamos también al escritor, aquel cuya maestría nadie discute, nos quedará aún el humanista: tanta es su riqueza. Toparemos con el curioso insaciable, fruto del Renacimiento tardío; con el hombre que, por encima de todos los desengaños, ama siempre la vida y los modos humanos de vivirla, conocerla, admirarla. Lo tendremos registrando las cronografías y repertorios de los computistas, que hoy aparecen en el inventario de su biblioteca, para establecer fechas lejanas. O bien traduciendo magistralmente, en labor humanística ejemplar, los *Dialoghi d'Amore* de León Hebreo. En sus ideas sobre honra, fama, nobleza, rey, fortuna, riquezas, desengaño del mundo, guerra justa, edad de oro y muchas más, participará del mejor pensamiento de su época (salvo el erasmismo, de cuyo espíritu crítico careció). Neoplatonismo, estoicismo cristiano, petrarquismo, providencialismo, influyen de hecho en sus concepciones históricas. Ya lo veremos en otra ocasión.

Henchido de curiosidad humanística, Garcilaso se complace en descubrir lo nuevo o, al recordar lo antiguo, gusta en todo propiedad, quiere tener noticia de artes, ciencias u oficios. Aun oficios manuales, como cuando describe la técnica de los incas para hacer un zurcido. Esta actitud ante faenas tenidas por villanas, que extrañaría a un hidalgo peninsular, aparece aquí no sólo como rasgo humanístico, sino también como actitud propia de un americano. Los españoles en Indias, según cuenta Garcilaso, aun los más nobles, trabajaron en ocasiones con sus manos y, corrientemente, comerciaron: él también comerció, en la misma España. De otro lado, recuérdese que la nobleza incaica estaba obligada a aprender a fabricar personalmente armas y calzado (*Comentarios*, lib. VI, cap. XXV). Si su condición de mestizo influía en la amplitud de su criterio respecto a "bajos menesteres", ello se confirmaba en las corrientes humanísticas y literarias, amantes de poetizar a los humildes. Y no olvidemos que el Inca leyó copiosamente a fray Luis de Granada, de cuyo amor a la naturaleza participa, prodigando admiración a las últimas criaturas. Desde el zurcir hasta la teología, todo resultará para Garcilaso digno de conocerse y saborearse. Digamos, en fin, que, fuera del pensamiento cristiano, también aquí vuelve a contar León Hebreo, en cuya concepción emanatista del universo las líneas que bajan de Dios a la materia y de ésta suben a Dios, ligan a todas las criaturas del orbe, empaçadas de amor.

Lengua: arcaísmo y renovación

No se conoce aún con justeza el español que se hablaba en el Perú durante el siglo XVI. Garcilaso vivió en el Cuzco hasta los veinte años de su edad

y luego pasó definitivamente a España: un par de años en Madrid, unos veinticinco en Montilla, pueblo de la provincia de Córdoba, y finalmente arraigó en Córdoba misma. Cuando llegó a esta ciudad, ya había escrito sus primeros libros y completado su formación. Nadie ignora que el habla rural —la de Montilla y también, en este caso la del Cuzco—, suele tener tendencia arcaizante. De otro lado, el oficio de historiador lo inclinaba en ese mismo sentido, según puede comprobarse en ilustres ejemplos, empezando por el padre Mariana. Nada más natural, según ello, que el Inca emplee arcaísmos con alguna frecuencia. No sólo *ca*, *asaz*, *aíña*, *acaeceder* y *mesmo* (que alterna con *mismo*), sino también *bocayuso*, *do non*, *son*, *cabe*, *dende*, *catar* y otros, los cuales aparecen a lo largo de toda su obra, pero especialmente en la traducción de los *Diálogos* (1590): allí mismo encontramos formas como *parecerme*, *hía* o *seguirse hía*, de arcaísmo manifiesto. Por lo demás, ello era tan frecuente entonces que iguales arcaísmos hallamos en Cervantes.

Este rasgo sólo puede apreciarse mirando su contrapartida: la soltura con que el Inca, desde los mismos *Diálogos*, recurre a latinismos y neologismos, cuando la necesidad lo pide. Volviendo los *Dialoghi* a lengua castellana, no vacila en poner estas palabras en boca de Sofía: “¿Pudíeráse conocer la cosa que por el *conociente* no se comprehende?” (ed. NBAE, p. 297a); tampoco vacila en usar *iluminante* (p. 299a). Del mismo modo acudirá a latinismos como *agible*, *propincuo* o *alienigeno*, en todos sus escritos. Asimismo usa *pungitivo*, *pungente* y *pungimiento*. Sabemos que Lope fue lector de los *Diálogos*, si bien no consta que lo fuese, como Cervantes, en la versión del Inca: Lope, autor en quien abundan latinismos, habla de “*pungentes* laberintos” en la primera silva de *La Gatomaquia*.

Como se ve, el Inca participa al mismo tiempo de corrientes arcaizantes y renovadoras, lo cual adquiere mayor significación si se tiene presente su amistad con el doctor Ambrosio de Morales. Estudiando esta amistad, Eugenio Asensio señala que los ideales literarios de Morales, en su *Discurso de la lengua castellana*, coinciden con la práctica del Inca: gusto por “un lenguaje copioso y galán, tan remoto de la vulgaridad como de la afectación”. Junto a tan acertada observación, hay que añadir otro matiz, que revela la independencia del Inca dentro de este sentido general, pues Morales combate los latinismos y defiende el romance contra prácticas como aquellas que, en ocasiones realizaba su amigo.

Siempre hallaremos a Garcilaso manteniendo a la vez posiciones diversas, lo mismo en este rasgo de lengua que en sus ideas (por ejemplo, respecto a la vieja polémica sobre la guerra justa). Es arcaizante, sí, pero moderadamente; y a la vez, sin estridencias, su vocabulario aportará novedades. Al reseñar el *Diccionario académico* (edición de 1925), Américo Castro señala, entre otras palabras usadas por los clásicos y no registradas allí, una del Inca en los *Diálogos*:

lustror en el sentido de “brillo” (RFE, XII, p. 406). Garcilaso no sólo usó *lustror* en su primer libro (p. 300b), sino también en otros posteriores (*Florida*, lib. II, p. II, cap. 13). El oscuro “indio antártico”, como él mismo se llama alguna vez, participa así en la renovación de la lengua paterna.

...y nada humano le es ajeno

Anda por el libro quinto de los *Comentarios reales* y se ha detenido a ofrecer detalles sobre el nombre de la *palla* Mama Runtu. Y apunta: “Los curiosos en lenguas holgarán de oír estas y otras semejantes prolijidades, que para ellos no lo serán. Los no curiosos me las perdonen” (cap. 28). Porque él, que continuamente proclama su afán de no ser *prolijo* (“largo en razonar”), siente a la vez la atracción invencible de esas minucias reveladoras. Hay en ello un afán intelectual y estético, muy a su manera y muy de acuerdo con la actitud renacentista. Escribiendo la *Florida del Inca*, tiene ante sí un hecho “extraño”, bello, sugestivo, aunque de corta importancia histórica. Garcilaso no lo desdeña y proclama que tales sucesos no merecen caer en el olvido (lib. III, cap. 7). Y cuando quiere elogiar colmadamente a un compatriota, mestizo como él, le llama “el curioso y muy docto padre maestro Blas Valera” (*Comentarios*, lib. V, cap. 10)

Toda una actitud de época, propia de los mejores espíritus, se halla en esta “curiosidad”, capaz de remontar o descender lo divino y humano, desde los grandes temas hasta las últimas minucias. El pormenor adquiere así auténtico sentido y plena sazón estética. Recordemos el deleite con que nos habla del modo de zurcir que tuvieron los incas:

Con una aguja hecha de una espina, que no supieron hacerlas de metal, y una hebra de hilo del mismo color y del mismo grueso de la ropa, la vuelven a tejer, pasando primero los hilos de la urdiembre por los mismos hilos rotos, y volviendo por los de la trama, quince o veinte hilos a una parte y a otra adelante de lo roto, donde lo cortaban y volvían con el mismo hilo, cortando y tejiendo, siempre la trama con la urdiembre y la urdiembre con la trama, de manera que, hecho el remiendo, parecía no haber sido roto. Y aunque fuese la rotura como la palma de la mano y mayor, la remendaban como se ha dicho, sirviéndose de bastidor de la boca de una olla o de una calabaza partida de por medio, para que la tela estuviese tirante y pareja. Refíanse del remendar de los españoles: verdad que es diferente tejido el de los indios, y la ropa española no sufre aquella manera de remendar. [*Comentarios*, lib. IV, cap. 14]

No es tampoco casual, ni impertinente, sino típicamente humanístico, el ufanarse de hablar con propiedad, recurriendo al léxico particular de cada arte u oficio. El mozo que había andado por los sembradíos cuzqueños, que montaba a caballo como diestro jinete en el juego de cañas, que recibió de su padre una chacra de coca llamada *Havisca*, sentía por la tierra un amor tan grande como por las armas o las letras. Ya en España, cuando vivió veinte años en Montilla, país de viñateros y criadores de potros andaluces, se distingue en la crianza de caballos y uno suyo gana un premio. Según Porras Barrenechea, parece que administró (y luego en parte heredó), los bienes de su tío don Alonso, los cuales incluían olivares y viñedos. Tierra de jacas cordobesas y vinos amontillados. No extrañe, pues, que este amante del campo y lector del padre Granada, describa luego el paisaje cuzqueño como ninguno lo hizo, antes ni después. Tampoco sorprenda que en su biblioteca aparezca, junto a las *Reglas de caballería y de la brida, y para conocer la complexión y naturaleza de los caballos*, de Federico Grisone, la conocida obra de Pedro Fernández de Andrada *De la naturaleza del caballo*, y otro libro más, que parece *La gloria del caballo*, de Pasquale Caracciolo. Luego, cuando en sus obras refiera proezas ecuestres, recurrirá por igual a su propia experiencia y a la culta erudición.

Por ello lo vemos a menudo buscando el término propio. Los incas —dice, por ejemplo— dividían “las provincias en tres o cuatro partes u *hojas*, como dicen los labradores, de manera que cada año cazaban la tierra que había holgado tres años” (*ibid.*, lib. VI, cap. 6). Con más razón lo hará si se trata del noble ejercicio de la caza, cuando relata un pormenor en la *Florida*: “Y aunque por entonces no vio, por causa de las matas, el tiro que había hecho, todavía sintió que no había sido malo, por quedarle *la mano sabrosa*, como dicen los cazadores que la sienten cuando han hecho algún buen tiro a las fieras, de noche” (lib. II, p. 1, cap. 2). Asimismo se deleita con la palabra precisa, al describir al *corquenque*, cuyas famosas plumas “son del tamaño de las de un halcón baharí prima” (*Comentarios*, lib. VI, cap. 28). Habla ahora como ducho conocedor de cetrería, otro noble ejercicio. La actitud se repite si acude al léxico marino: él, cuya única travesía fue la del Callao a Lisboa, con trasbordos y tropiezos. Sin duda ayudado por su amigo Gonzalo Silvestre, más experimentado que él en asuntos de la mar, Garcilaso cuenta cómo los soldados de la *Florida* “aquella noche durmieron en las carabelas sobre los *ferros*” y que, al “levantar de las anclas, se les quebró una *gúmena*”: mala suerte, pues “el ancla quedó perdida, porque no le habían echado *boya*”. Y agrega: “No tenían carta de marear, ni *aguja*, ni *astrolabio* para tomar el altura del sol, ni *ballestilla* para la del norte” (lib. VI, cap. 11). Sin embargo, no sabía mucho de marina, pues alguna vez confundió “a *babor*” con “a *estribor*”, según subraya Emma Susana Speratti Piñero.

A cada paso se nos muestra docto y curioso. Y si la ocasión lo invita a hablar de la guerra —otra gran pasión—, se explayará a sus anchas al describir armas, narrar batallas o al referirse a los usos de la milicia. Un ejemplo entre

muchos: se trata de un arma incaica, que presenta como tiradera, pero "que se podrá llamar bohordo, porque se tira con amiento de palo o de cordel" (*ibid.*, lib. VI, cap. 25). Y cuando, por primera vez en su vida, su pluma tiene que pintar una gran batalla, la de Vitachuco, lo hará con lujo de detalles, rasgo típico a la vez del humanista y del guerrero (*Florida*, lib. II, p. 1). Asimismo, en la *Historia general del Perú*, procura siempre relatar por extenso las batallas, aprovechando sus fuentes hasta el máximo y aun el exceso. Toda una serie de factores, literarios y personales, vienen a influir en ello.

El Inca y la música

Otra vez debe hablar de armas exóticas y explica cómo los indios floridos preparan las cuerdas de sus arcos sacándolas de cueros de venados. Tuercen las tiras y las cuelgan con un peso, hasta que se ponen "como una de las cuerdas de las gruesas de un violón de arco, y son fortísimas" (lib. I, cap. 4). Nos ha informado del arma y a la vez deja entrever sus conocimientos musicales, que los tuvo.

Nadie ignora que la música española vivía entonces una buena época, quizás la mejor. Los polifonistas, los maestros del órgano y la vihuela, llámense Cabezón, Salinas, Narváez, Enríquez de Valderrábano o Milán, brillaron como compositores, instrumentistas y, en algunos casos, como escritores. Allí está, por ejemplo, el *Cortesano* de Luis Milán, obra que al parecer leyó el Inca, sin contar el *Cortigiano* de Castiglione.

A semejanza de otros ingenios literarios, entre ellos Cervantes, el inca demuestra conocer diversos instrumentos musicales, así como algunos principios teóricos que suponen estudio. De música, escribe los incas

alcanzaron algunas consonancias, las cuales tañían los indios collas, o de su distrito, en unos instrumentos hechos de cañutos de caña, cuatro o cinco cañutos atados a la par; cada cañuto tenía un punto más alto que el otro, a manera de órganos. Estos cañutos atados eran cuatro, diferentes unos de otros. Uno de ellos andaba en puntos bajos y otro en más altos y otro en más y más, como las cuatro voces naturales: triple, tenor, contralto y contrabajo. Cuando un indio tomaba un cañuto, respondía el otro en consonancia de quinta o de otra cualquiera, y luego el otro en otra consonancia y el otro en otra, unas veces subiendo a los puntos más altos y otras bajando a los bajos, siempre en compás. No supieron echar glosa con puntos disminuidos; todos eran enteros de un compás... Tuvieron flautas de cuatro y cinco puntos, como las de los pastores; no las tenían juntas en consonancia, sino cada una de por sí, porque no las supieron concertar. [*Comentarios*, lib. II, cap. 26; ver lib. IV, cap. 23]

Ignoramos hasta dónde llegaron sus conocimientos musicales, y también desde cuándo los adquirió. Resulta interesante al respecto un pasaje de los *Comentarios*, donde descubrimos al autor en su infancia, a los doce o trece años, rondando con sus condiscípulos en torno a un organista español. Los otros cantan en el coro, y él no, al menos en aquella ocasión. Garcilaso narra la escena tras hablar del estribillo o “retruécano *hailli*”, propio de himnos incaicos, y cuenta que:

pareciendo bien estos cantares de los indios al maestro de capilla de aquella iglesia catedral, compuso el año de cincuenta y uno, o el de cincuenta y dos, una chanzoneta en canto de órgano para la fiesta del Santísimo Sacramento, contrahecha muy al natural del canto de los incas. Salieron ocho muchachos mestizos, de mis condiscípulos, vestidos como indios, con sendos arados en las manos, con que representaron en la procesión el cantar y el *hailli* de los indios, ayudándoles toda la capilla al retruécano de las coplas. [Lib. V, cap. 2]

He aquí un ejemplo de cómo ocurría en el Cuzco, a mediados del XVI, el mestizaje cultural. Son, de otro lado, los primeros recuerdos musicales que refiere el autor. A los cuales agregaremos aquel tan conocido de la flauta india que llama a la amada con tierna melodía (lib. II, cap. 26)

En carta dedicatoria al príncipe Maximiliano, el Inca habla de su entusiasmo por los *Dialoghi* de León Hebreo. Busca una comparación y el libro le parece música:

También se podrá advertir que muchas veces la materia de que va tratando la concluye no con buena satisfacción, y es artificiosamente hecho, como cuando en la música se da la consonancia imperfecta para que tras ella la perfecta suene con mayor suavidad y sea mejor recibida.

Nada más revelador, sobre todo cuando se piensa que León, ecléctico por principio, junta su platonismo con la vieja idea pitagórica de la música de las esferas. En el diálogo segundo, junto a la apostilla “Opinión de Pitágoras en el movimiento del cielo”, que pone el Inca en su traducción, escribe León Hebreo:

Pitágoras decía, que moviéndose los cuerpos celestiales, engendran excelentes voces, correspondientes la una a la otra en concordancia armónica. La cual música celestial decía ser causa de la sustentación de todo el universo en su peso, en su número y en su medida. Señalaba a cada orbe y a cada planeta su tono y su voz propia, y declaraba la armonía que resultaba de todos.

Pasa luego a resolver una duda: “Razón por qué no oímos la armonía del movimiento del cielo”, de acuerdo con la apostilla de Garcilaso; recuerda León que Pitágoras:

decía ser la causa que nosotros no oyésemos ni sintiésemos esta música celestial, la distancia del cielo a nosotros o la costumbre della, la cual hacía que nosotros no la sintiésemos, como acaece a los que viven cerca del mar.

Luego pensará el Inca, como vemos, que en León Hebreo hay también una secreta música de razones concertadas. Años antes de esta traducción, según se sabe, el texto italiano inspira la oda *A Francisco de Salinas*, de fray Luis de León. No sólo coinciden en la tesis platónica de las reminiscencias ("el alma, que en olvido está sumida..."), sino también en la idea pitagórica ("basta llegar a la más alta esfera..."), fundamental en el poema. Una y otra vez, el texto de León mueve a los escritores a hablar de este arte supremo.

También la arquitectura

En el Siglo de Oro español ¿quién no había leído el Vitrubio y algún otro tratado arquitectónico?

En la biblioteca que el Inca dejó al morir, cuyo inventario conocemos, aparecen dos volúmenes de arquitectura. Uno, sin duda, el clásico Vitrubio; el otro pudo ser el Leone Battista Alberti, citado por León Hebreo en los *Diálogos*, o bien otro difundido tratado, compuesto por Giacomo Barozzo de Vignola, manjar del ratón quevedesco. Hubo por entonces muchos libros de arquitectura, como los de Andrea Palladio, Gamuzzi, Serlio y otros más. Vemos de nuevo juntarse así en Garcilaso curiosidad y erudición humanística, dando frutos en su obra histórica. Habla en los *Comentarios* de un edificio incaico y explica cómo la puerta "estaba en medio del hastial", y añade puntualmente: "y porque no supieron aquellos indios hacer bóveda para hacer soberado encima della, hicieron paredes de la misma cantería, que sirviesen de vigas". Luego anota que "pusieronlas a trechos", y que el tejado lo cerraron "por alto, en lugar de tablas, con lasas" (lib. V, cap. 23).

También observa los materiales de construcción que había entre los incas, y corrige a quien diga que usaban cal, "porque los indios del Perú no supieron hacer cal, ni yeso, tejas ni ladrillo" (*ibi.*, lib. VI, cap. 1). Otras veces describe los métodos de construcción, y allí tenemos el pasaje en que refiere cómo echaron el famoso puente colgante del Apurímac, valiéndose de mimbre en criznejas. Explica la obra en todos sus detalles: estribos, vigas, pretiles, maderas atravesadas "y puestas en su orden en forma de zarzo"; luego advierte que, por ser colgante, por mucho que tiren de ellas, las criznejas del puente siempre hacen "vaga y queda hecho un arco". Y concluye, entusiasmado: "Obra por cierto maravillosa e increíble, si no se viera como se ve hoy"; pues la necesidad hizo que, en tiempo de españoles, la mantuvieran sin arruinarla, como tantas otras obras de los incas (*ibid.*, lib. III, cap. 7).

Curiosidad humanística y propiedad al tratar de cada arte: una y otra vez se muestra enterado, bien hable de paredes que los incas “las hacían aviadas adentro, porque no supieron trabar una pieza con otra, ni echar tirantes de una pared a otra, ni supieron usar de la clavazón”; o bien cuando cuente que, al techar, “sobre esta primera madera echaban la que servía de costaneras y cabios” (*ibid.*, lib. VI, cap. 4). Todo lo cual le complace, y esta complacencia ensancha su léxico y acrecienta la propiedad. Una época entera se retrata en ello y el viejo mestizo se ufana de mostrar su cultura en asuntos del Viejo y Nuevo Mundo.

Huellas en su obra histórica

Tales variados conocimientos le servirán al escribir sus libros históricos. Todo este saber grande y menudo, que ha ido adquiriendo a lo largo de una vida, se pone en juego para hablar de las Indias y del Perú. Todo contribuirá a señalar semejanzas y diferencias entre América y Europa, o bien para apreciar extrañezas, dignas de salvarse del olvido. Nada humano le es ajeno y todo lo humano servirá para ennoblecer la visión de aquellos incas peruanos, los cuales para él no eran “bárbaros” ni “infieles”, sino “gentiles”. Sabe que en esta palabra estriba el fundamento de largas disputas sobre el modo de enjuiciar a sus antepasados peruanos. *Infiel* es la morisma, contra la cual lucharon sus mayores y luchó él también en las Alpujarras, ganando en ley de guerra una joven esclava mora. Y al descubrir su ataúd Raúl Porras Barrenechea, halló los restos con los pies cruzados, tal como se enterraba a quienes pelearon en lucha contra infieles. Mientras los cronistas en general, hasta el jesuita mestizo Blas Valera, llaman “bárbaros” a los indios americanos, inclusive mexicanos e incas, Garcilaso reserva este nombre para ciertas tribus, como algunas que los incas conquistaban y civilizaban. Los incas, sin duda por asemejarse a los romanos, no serán bárbaros, sino gentiles. Muchas implicaciones quedan aquí cifradas, y ello aparece como idea largamente madurada en él: según indicios, desde antes de componer sus historias. En el ejemplar de Gómara que poseyó, entre otras apostillas que parecen escritas antes de que Garcilaso fuese historiador, hay una en que expone esta idea importantísima. Ya tenemos, desde entonces, al sutil humanista, siempre dispuesto a encerrar en el uso apropiado de un vocablo toda una intención especulativa, de proyecciones amplísimas. En este uso adrede de *gentiles* coincide con unos pocos autores. Lo importante es el valor que él le da a ello.

En los últimos años se ha hablado frecuentemente del Inca Garcilaso como hombre renacentista y como representante del humanismo de su tiempo. Quizá convendría hablar en él de Renacimiento tardío, por guardar mejor la cronología y también porque en sus obras, sobre todo en las últimas, se acentúa la idea

del desengaño del mundo, hondamente emparentada con el pensamiento barroco. De un modo u otro, tenemos al humanista, carácter del cual, que sepamos, ningún estudioso duda en la actualidad. Ese humanismo, sin embargo, conviene mirarlo en vivo y mirarlo en detalle, siguiendo las líneas de sus ideas y actitudes. Cuando esta labor se complete, tendremos una imagen cabal que facilitará la comprensión del Inca, más allá de indicios y conjeturas.

Olvidemos por un momento —decíamos— la belleza de su prosa, la cual nadie discute; olvidemos el profundo testimonio que nos da sobre su tiempo, no sólo como cronista informante, sino como intérprete admirable, arbitrario en su misma genialidad; dejemos todo ello, y aun así nos quedará entero el humanista. El primer gran humanista, además, nacido en tierra americana. Sólo que este humanismo, al conocerlo, nos forzará a entender de nuevo el sentido de esa obra, así en lo histórico como en lo puramente literario.

[Lima, 1958. París, 1961. Aparecido en *Cuadernos*, París, núm. 64, 1962, pp. 36-42.]



biblioteca
nacional
del Perú

IMPRESO EN LOS TALLERES GRAFICOS
DE **EDITORIAL NAVARRETE S.A.**

MANUEL TELLERIA N° 1842 — Telf. 31-9040
R. L.: 15-07293-C - Ch. Ríos — LIMA - PERU



**ESTILO
SICAN MEDIO
(850 — 1 050 d.C.)**

Adorno de oro, laminado, recortado, repujado y soldado. Figura antropomorfa con máscara de venado y tocado semilunar sosteniendo lo que parece ser dardos en las manos a modo de cetros, con adornos colgantes.
Altura 3.5 cms. Peso 7.4 grs.

SALVEMOS NUESTRO PATRIMONIO CULTURAL